

RICCARDO BRACCAIOLI

SPAGHETTI ALBÓNDIGAS Y VENDETTA

EL RESTAURANTE DE LA MAFIA



UN THRILLER CULINARIO DE GILDO FALCONE

Riccardo Braccaioli

Spaghetti, Albóndigas y Vendetta: El Restaurante de la Mafia

Un Thriller Culinario de Gildo Falcone

First published by EDITORIAL ESCRITOR TOKENIZADO 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2412170399262

First edition

*This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com*



A mi tía Luisa.

“No hay amor más sincero que el amor a la comida.”

George Bernard Shaw

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“ ★ ★ ★ ★ ★ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“ ★ ★ ★ ★ ★ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“ ★ ★ ★ ★ ★ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“ ★ ★ ★ ★ ★ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“ ★ ★ ★ ★ ★ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“ ★ ★ ★ ★ ★ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“ ★ ★ ★ ★ ★ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo....
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“ ★ ★ ★ ★ ★ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALOS EXCLUSIVOS:

1) Al final de este libro descubre el apartado de: **RECETAS DE LA NOVELA**.
Donde podrás encontrar las recetas que aparecen en este libro.

2) En las últimas páginas de este libro te regalaré la primera novela de mi saga
Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo***, El primer thriller del inspector de la policía
investigativa, ambientado en Barcelona.

...Y alguna sorpresa más.

Además, ¿quieres saber más sobre mi proceso creativo, qué me inspira o qué
hago en mi día a día como escritor?

Te dejaré el link a **mi Podcast** realizado con Pablo Poveda.

**Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad,
con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.**

Te presento la saga del inspector chef Gildo Falcone, pero antes de

Conspiración en Roma, hay:



[Descárgate GRATIS el recetario de Gildo.](#)

Esta es la recopilación de las 50 recetas que encontrarás en las novelas de la saga del investigador chef Gildo Falcone. Cada investigación incluye varias de las recetas que encontrarás.

Un **RECETARIO EXCLUSIVO** ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Riccardo Braccaioli!

¡ÚNETE GRATIS!

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\)](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

[El Último Criptograma](#)

[Un Cadáver en Llamas](#)

[El Secreto del Pantano](#)

[Vivo Porque Mato](#)

[A Rey Muerto, Rey Puesto](#)

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

[Última Salida](#)

Serie Gildo Falcone

[Muerte en Roma](#)

[Muerte entre Viñedos](#)
[Spaghetti, Albóndigas y Venganza](#)
[Conspiración en Roma \(Cuento de Navidad\)](#)

Serie El Forense

[El Forense](#)
[Los Muertos También Disparan](#)
[Un Mundo de Sombras](#)
[Las Marcas del Pasado](#)

BIBLIOGRAFÍA

SERIE

ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO
9. VIVO PORQUE MATO
10. A REY MUERTO, REY PUESTO

SERIE

GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS
3. SPAGHETTI, ALBÓNDIGAS Y VENDETTA.
4. UN FUNERAL EN ROMA
- + CONSPIRACIÓN EN ROMA (CUENTO DE NAVIDAD)

SERIE

BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

SERIE

EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN
3. UN MUNDO DE SOMBRAS
4. LAS MARCAS DEL PASADO
- + ASESINATO EN LA ACADEMIA



1

Roma.

Roma es como un viejo libro de recetas, siempre descubres cosas nuevas.

Así se sentía Gildo al circular por esa calle empedrada que hacía vibrar el manillar de la vieja Vespa roja. Iba desacelerando, debía estar en las inmediaciones de su destino.

Hacía mucho tiempo que no iba por esa zona de Roma, el Testaccio. Ese día no acudía por un encargo ni por un trabajo, sino por curiosidad. La información de Aurelio le había despertado una insana curiosidad por saber qué se ocultaba detrás de ese restaurante.

El Testaccio era un barrio auténtico y tradicional. Estaba al sur del centro histórico y al otro lado del río Tíber, respecto a su comisaría. Un lugar que, si no fuera por una cuestión personal, no abarcaba, *a priori*, su jurisdicción como inspector.

Mientras recorría la vía, recordaba los orígenes de ese barrio de almacenes y actividades portuarias. Ahora convertido en una de las zonas de más tendencia de la capital; cultura, diseño y mucha gastronomía se daban cita en modernos locales y otros antros inhóspitos con cocinas alucinantes.

Modas que llegan y se van. En aquel momento, ese barrio era el que marcaba tendencia.

Gildo había ido allí buscando el restaurante Spaghetti & Polpette. Según el amigo y periodista Aurelio, era la tapadera y el nido de una mafia con tentáculos en la construcción.

Decidió ver qué había, qué lugar era, qué se respiraba, incluso comer algún día si le apetecía o le inspiraba.

Era mediodía. Había salido antes de la comisaría para ir a casa de su madre a comer, pero antes se desvió.

El GPS en el manillar lo informaba de que faltaban pocos metros. Pasó al lado de la plaza Orazio Giustiniani, donde el edificio del homónimo nombre se alzaba en pleno esplendor.

Las indicaciones lo llevaron hacia la derecha por la estrecha vía. Pasó por debajo de las ramas de un imponente álamo que regalaba una sombra y un espacio verde. Dejó a la izquierda una casita casi ridícula, aislada, donde vendían tabaco, y siguió recto hasta aparecer delante del local.

El *ristorante* se ubicaba debajo de una escalera que daba acceso a un pequeño domicilio de una planta con hiedra que cubría unos antiguos muros de piedra. Debajo del rellano, una doble puerta con forma de arco, de cristal y rejas, estaba abierta. Al lado, una placa de hierro oxidado ponía el nombre: «Ristorante Spaghetti & Polpette».

Un lugar oscuro y casi poco recomendable.

Lo había encontrado.

Aparcó la Vespa justo después de la entrada, al lado de otro imponente árbol. En una zona que simulaba una acera, pero que, en definitiva, era el mismo empedrado delimitado por unos pilones de metal.

Gildo cogió el móvil del manillar y comprobó que tenía un mensaje del comisario. Le indicaba que fuera lo antes posible a la central, había un caso para él, un homicidio. «Un omicidio che scotta», decía textualmente. Que quema.

Suspiró y pensó que primero tenía que seguir con su investigación paralela.

Levantó la mirada hacia el restaurante y lo primero que pensó fue: «Muy romano». Y lo segundo: «Nunca comería en un restaurante así».

Miró el horario del restaurante y estaba abierto. Desde fuera, no había posibilidad de ver la carta, muy típico de los restaurantes romanos, no para turistas.

En fin, solo iba a echar un vistazo.

Comprobó que su cazadora estuviera cerrada y que no se viera la placa. Tenía que mantener la compostura y disimular lo máximo posible su identidad. Lo que no podía ocultar era su camisa hawaiana, que ese día era una

composición de vasos de cócteles verdes sobre un fondo amarillo. Antiestético, antielegante, pero muy Gildo.

Empujó la puerta.

En cuanto puso el primer pie en el local, el sitio le gustó.

No sabía por qué. Quizá por la energía, por el olor a alcachofas, a queso fundido y a trufas. Por el ambiente: terciopelo rojo, sofás y sillas de respaldos altos con mesas de madera maciza. Paredes viejas de piedra y cuadros de arte. Una barra de mármol y filas de botellines de Campari en el techo que difundían una luz tenue y relajada.

Si eso era una cueva de mafiosos, se habían gastado mucho dinero.

El camarero, al verlo, fue hacia él mientras le indicaba con el dedo que no pasara.

Al segundo paso, el inspector se detuvo. Le dio tiempo de estudiar más su alrededor antes de que le alcanzara el camarero. En todas las pocas y carísimas mesas, había un cartel de reservado.

—Acabo de pasar la fregona. ¡*Porca miseria!* —le gritó, enfadado.

Gildo miró el gres oscuro y, al girarse, vio un cartel que lo advertía.

Levantó los brazos.

—*Mamma mia*, lo siento, no lo había visto.

—Preste atención, que no estamos aquí solo para limpiar suelos —respondió con agresividad.

—Lo siento, de verdad, no lo había visto —insistió, juntando las manos en señal de disculpa al mismo tiempo que se preguntaba: «¿Así se trata a un cliente? Esto no es normal».

—Estamos completos. Solo reservamos por teléfono —replicó el trabajador.

Gildo arrugó el ceño, eso le resultaba muy extraño. Antes de dirigirse al local, se había informado en internet y no aparecía ningún teléfono ni página web. Solo en una aplicación de *foodies* aparecían unas estupendas reseñas con platos estelares. Al instante, entendió que todo era un teatrillo, comentarios pagados por los mafiosos dueños de ese caro local perdido y, sobre todo, aparentemente falso.

—¿Completos?

—Sí. Llame para reservar otro día.

—Pero la verdad es que no he encontrado el número de teléfono. ¿Podría indicármelo?

—Lo encontrará en internet —espetó.

Gildo comenzó a sulfurarse, no por la política discutible de cómo llevar un restaurante, sino por la manera en que lo estaba tratando el chico. Las ganas de sacar la placa eran muy fuertes. Pero, sin embargo, sacó el móvil.

—Mire, en la web no está el número.

—No lo sé, yo soy un camarero, ¿no lo ve? Hablaré con mi jefe —le dijo, apoyando la mano en el hombro del cliente mientras le indicaba la puerta.

—¿No podría darme el teléfono o una tarjeta de visita para reservar otro día?

—Está... —El camarero fue interrumpido por una persona que llegaba por detrás de él.

—¿Gildo? —preguntó a viva voz—. ¿Eres tú, maldito perrazo?

El policía se giró y el camarero dejó de empujarlo. Conocía esa voz, pero no podía dar crédito a que fuera él de verdad.

2

La voz le devolvió a años atrás.

En un instante, Gildo regresó arrastrado por la máquina del tiempo hasta la escuela de hostelería. A aquella época cuando aún quería ser chef. No cocinero, sino chef.

La diferencia era sustancial. Lo aprendió en una de las clases de la escuela.

Un buen cocinero coge una receta y la ejecuta a la perfección. Sin un ápice de interpretación, sin modificar las cantidades, sin un producto de más ni uno de menos.

Un chef, que era en lo que la academia pretendía convertir a los alumnos, era un creador, un inventor, un interpretador. Alguien que coge el testigo de la tradición y le da una vuelta como a un calcetín.

Un Ferrán Adrià, un Bruno Barbieri, un Massimo Bottura, un Joan Roca.

Pero Gildo resultó ser más investigador de policía que un chef. Chef, sí, pero a su manera.

La voz lo derivó a ese momento cuando aún la gastronomía era su prioridad. Esa voz era la de un compañero que siguió la senda de la cocina.

Pero no podía ser él, era demasiada coincidencia.

—¿Marco?

—¡Gildo! —exclamó, aún más sorprendido—. ¿Qué cojones haces en mi restaurante?

Entonces el camarero soltó a Gildo y este se fue hacia el cocinero.

Los dos se abrazaron y el cocinero lo besó en la mejilla.

—¿Qué demonios haces aquí?

Gildo encogió los hombros.

—Pasaba por aquí y he entrado.

El cocinero lo miró de soslayo mientras arrugaba el ceño.

—¿Cómo puede ser que un tipo como tú acabe dejándose caer por aquí? —dijo, lo agarró del brazo y lo arrastró hasta la barra—. ¡A Fe! Pon un par de vasos de nuestro vino —ordenó al camarero—. Venga, Gi, dime la verdad, ¿qué haces por aquí?

El policía tragó saliva.

—Estaba buscando un restaurante para un evento con amigos y me han dicho que esta zona está de moda.

—¡Claro! —aseguró mientras le daba una sonada palmada en la espalda—. Cuando quieras, ¿cuántos sois y para cuándo?

—Son amigos que vienen de fuera, tienen que acabar de confirmar —mintió rápidamente, sin saber de dónde salía eso que se acababa de inventar.

—¿Qué tenías pensado? ¿Algo de primera categoría? ¿Trufas, caviar, ostras? Conozco a un pescador que me trae unas langostas que son de escándalo.

—No, no, algo más tradicional.

—¿Unos *bucatini*? ¿Una triste carbonara de toda la vida?

Gildo asintió y lo apuntó con el dedo.

—Sí, pero ¿cómo haces la carbonara?, ¿con queso *pecorino* o con *parmigiano reggiano*?

El cocinero subió las cejas y las manos.

—Con *parmigiano*, como los buenos, como la tendencia, ¿verdad?

—¡Sacrilegio! —gritó a pleno pulmón el hombre—. Estás dándome la vuelta al estómago, Gildo. ¿Has perdido toda la tradición de nuestra cocina? ¿Cómo puedes profanar nuestro plato estrella con un queso que no es de nuestra tierra? La tradición es lo primero —predicó como un cura desde el púlpito.

Gildo respiró mientras el hombre seguía con el sermón. No estaba allí para discutir de tradición o innovación o en las varias experiencias que hubiera tenido en los restaurantes esparcidos por Europa. Él iba por otra cosa.

Mientras Marco seguía con su teoría, sobrepasando la línea del aburrimiento y casi el fanatismo gastronómico, el camarero vertió dos copas de vino Cèsarus.

Gildo observó la botella y luego, a su amigo.

—¿Tú también sirves este vino en tu restaurante? —comentó.

—Por supuesto. Conocía muy bien la bodega y a Giulio Pappalardo, ¿qué otro vino quieres que sirva? Bebe, bebe.

Gildo agarró la copa y se la acercó a los labios, necesitaba más de un trago para soportar a ese hombre, pero este lo detuvo.

—Espera, brindemos —dijo, interrumpiendo el discurso, mientras levantaba la copa del mismo vino que recientemente había cerrado el asesinato del bodeguero.

Mientras sostenía la copa y decía unas palabras en honor al pasado, a Gildo le vinieron *flashes*.

Según Gildo, aquel hombre con poco pelo, barba descuidada y muchos kilos de sobrepeso fruto del trabajo en cocina, era algo bipolar. Por momentos era una persona y en otros era otra. Se relacionaba poco con él, porque cuando te enganchaba, te acorralaba y no te soltaba, inundándote de discursos abstractos o de vivencias al borde de la incredulidad.

Tintinearón las dos copas y bebieron.

Gildo, a pesar de que sabía que el vino venía del extranjero, lo encontró muy bueno.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Gildo.

—Pues me contrataron los dueños.

—Pensaba que era tuyo.

El hombre hizo un gesto que venía a decir algo como «menuda tontería».

—Me ficharon en uno de los mejores restaurantes de Roma.

—¿Y te viniste aquí?

—Sí. Aquí hago lo que quiero y me pagan mejor.

Gildo miró el reloj. Tanto su actitud como la situación eran extrañas. A las doce y media, hora punta de las comidas en la capital y con todo reservado, no había nadie y el cocinero, de cháchara con un amigo en la barra.

A Gildo eso no le gustó.

—¿Quiénes son los dueños de este restaurante?

Marco se rascó la nuca.

—Inversores.

«Qué va, tío, son mafiosos, ¿qué me cuentas?», se dijo el policía en sus adentros.

—¿Inversores? —preguntó con un tono de incredulidad.

—Sí, gente que compra un restaurante y mete pasta, ya sabes.

«Vaya, un lugar donde lavar dinero y comer tranquilos», pensó mientras asentía.

Gildo miró a su amigo mientras pensaba qué bajo había caído. Dos inicios iguales, dos destinos diferentes.

—¿Y tú, amigo mío? —preguntó Marco—. ¿Dónde has acabado como cocinero? —preguntó con un cierto retintín, como diciendo «a ver si me superas».

Gildo decidió dar un trago y dejar a la mitad el vino; ya era hora de irse.

—Dejé la gastronomía.

—¿Ah, sí? Pobre. ¿Y a qué te has metido ahora? —preguntó con lástima el amigo.

Gildo cogió su placa y la dejó encima de la barra.

—Academia de policía. Inspector Falcone —espetó, y se quedó mirando los ojos del cocinero.

El hombre tragó saliva y al camarero se le cayó un costoso vaso. Al tocar el suelo, explotó en miles de trocitos de color turquesa.

—Me tengo que marchar, Marco. ¿Cómo decías que puedo realizar la reserva para la comida con mis amigos? —preguntó con tono sarcástico.

3

En Italia, la *mamma* es una cosa seria.

Muchas personas critican las relaciones entre los hijos y las madres del país transalpino. Sin embargo, visto desde la tradición autóctona, es diferente.

La *mamma* manda y el hijo obedece. Normalmente. O, por lo menos, finge que lo hace.

Es decir, el hijo tiene que decir que «sí» para tener paz familiar. Cuando la *mamma* llama, hay que acudir y comer lo que ella se haya propuesto que comas.

Si la *mamma* dice que es mejor que uno u otro partido político gane las elecciones, no hay que llevarle la contra.

En pocas palabras: la *mamma* es como un cliente, siempre tiene razón.

Por eso es una cosa seria.

Pero la *mamma*, en Italia, es una institución independiente. Es una fuente de conocimiento y de sabiduría a los ojos de los hijos. Y, a menudo, uno se da cuenta cuando ya no la tiene. Por eso, en Italia y en casa de Teresa Falcone, delante de la puerta de acceso a su casa, había una alfombra con el siguiente mensaje: *Benvenuto alla Repubblica Indipendente della Mamma*.

Ese mediodía, como casi todos, Gildo se dirigía a comer a casa de su madre. Entre sus manos, la vieja Vespa hacía los honores de colarse por las filas de coches parados en los semáforos. Por la derecha y por la izquierda, adelantaba pitando para que la gente, de alguna manera por ciencia infusa, se moviera para avanzar.

Cruzó el Coliseo y llegó a Piazza Venecia, dejando en el retrovisor el monumento a Vittorio Emanuele II.

Recorrió Via del Corso hasta el desvío hacia el Pantheon. Saludó al dueño del pequeño puesto de venta de sombreros y recuerdos y siguió.

Era un día más caluroso de lo normal. Se dio cuenta cuando aparcó al lado de la puerta del señorial edificio. La música de Luciano, en la *Tosca*, se propagaba por la calle a todo volumen.

Gildo miró hacia arriba. No fallaba, era la ventana del tercer piso, fácil de reconocer por las plantas de albahaca que se distinguían sobre el fondo de la fachada color terracota.

Su madre había dejado la ventana abierta, regalando ópera a los vecinos y a los transeúntes.

Mientras aseguraba la Vespa, observó que varios grupitos de turistas asiáticos y americanos hacían fotos o vídeos, señalando el piso de donde salía la música.

Gildo sonrió.

Subió las escaleras y, al entrar por la puerta, se dio cuenta de que el volumen estaba altísimo.

—¡*Mamma*, baja ese viejo trasto! —gritó Gildo.

No hubo respuesta. Dejó el casco y las llaves y se fue al baño a lavarse las manos. Luego, se acercó a la cocina. En la sala de estar, al lado de la mesa, estaba el tocadiscos dando a tope de sí. Giró la ruedita del volumen y al instante comenzaron a filtrarse por el ambiente ruidos propios de una casa.

—*Mamma*, cada día estás más sorda.

Ella, que se había girado al bajar la música, le regaló una sonrisa al verlo.

—¿Qué dices? Estoy compartiendo con el mundo la música de mi Luciano.

—*Mamma*, ¿no has pensado que los demás, a esta hora, pueden preferir escuchar el telediario o disfrutar del silencio?

Teresa, que sujetaba con una mano una copa de vino tinto, le hizo con la otra un gesto que venía a decir «déjate de tonterías».

El hijo sonrió y se vertió vino en su copa. Poco, un par de dedos, solo para acompañar a la madre.

Se acercó a la cocina y miró qué se cocía en la sartén.

—¿Qué tenemos hoy en el menú? —preguntó él.

—Tenemos *paccheri* con tomate fresco del mercado y calamares. ¿Te parece?

Él silbó de agrado.

Acercaron sus copas y los cristales tintinearón.

—¿Ya no miras el telediario?

—Llevo todo el día mirándolo, necesitaba un respiro.

Él subió las cejas.

—¿En serio?

—Todo el día que si la basura de los contenedores está por las calles. Que si los jabalíes de las afueras vienen a comer basura. Es un no parar. La mala gestión de este alcalde está brillando con luz propia.

—Decías el otro día que el alcalde tan guapo, tan buena persona, tan no sé qué...

Ella se aclaró la voz.

—Decías así, ¿no? Tú y tu amiga del segundo piso.

En ese momento se le cayó una cuchara de madera.

Gildo se acercó para limpiarlo.

—¿Entonces?

—Bueno, creo que es muy bueno, pero su equipo no sabe gestionar esto.

—Claro, él es maravilloso porque lo dice la del segundo piso, pero quien falla son los de su equipo, ¿verdad?

—Shhh. Quieres bajar la voz.

Gildo se rio; cuando daba en la diana, su madre se enfadaba y le decía que bajara la voz.

Cogió la sartén con la pasta y la dejó en la mesa.

—Venga, ¿te has lavado las manos? —preguntó cambiando radicalmente de tema.

—Sí.

—No te he oído, ¿con jabón?

—¡Mamma!

—Ni *mamma*, ni *mammo*. Venga, a lavarte las manos, que te oiga, y con jabón.

Gildo no tenía ganas de discutir y regresó a lavárselas. Podía haberle dicho que se las había lavado cuando la música estaba tan alta, ya que, si hubiera entrado una excavadora, ella no se habría dado cuenta. Pero no lo hizo, porque la primera regla de la *Repubblica* es que la *mamma* tiene siempre razón.

Lavadas las manos por segunda vez, se sentó. El plato ya estaba lleno de pasta con calamar. Eso olía a gloria. Ni en un restaurante de estrella Michelin

se podía comer una *delicatessen* de ese calibre.

El primer bocado fue una sinfonía en el paladar. Tomate *pacchino*, albahaca, guindilla, calamar fresco, aceite de oliva virgen extra de las colinas de Roma y una buena dosis de amor.

Gildo primero cerró los dedos en forma de piña y se los besó. Luego juntó el índice y el pulgar haciendo el signo del OK y los movió a la altura de la mejilla.

—Creo que tiene razón tu comisario.

Gildo paró de masticar y se quedó mirándola con los carrillos llenos. De repente, el sabor se volvió amargo al oír nombrar a su jefe.

—¿Cómo? —preguntó con la boca llena.

—Sí, deberías dejar esa vieja Vespa. Usarla los fines de semana a lo sumo.

—¿Y qué debería hacer? ¿Moverme en metro?

—En coche.

—¿Y dónde aparcaría para venir a comer al mediodía, en el Eur, a más de diez kilómetros? —respondió, asombrado.

—Algún día te puede salir uno de esos jabalíes y mandarte al hospital. Piénsalo.

Gildo dejó el tenedor y con las dos manos hizo los cuernos, apoyando en la madera el meñique y el índice.

—¡*Mamma!*

—Es verdad, tienes que ir con cuidado con ese trasto rojo.

—Lo es la Vespa, y no este gramófono que tiene más años que yo emitiendo música.

—¡No toques a mi *meraviglia*! Ya no hay música como la de los LP. Ni *compact disc*, ni DVD, ni YouTube, ni nada.

—Los DVD son de películas, *mamma*.

—Lo que sea. Pero mi amiga también tiene razón, en Vespa, es peligroso conducir. Entre agujeros y jabalíes, te puedes caer.

—Así que tu amiga te ha dicho eso.

—Da igual, mi amiga no tiene nada que ver.

—Pero si lo acabas de decir.

—Da igual.

Gildo se calló y siguió comiendo antes de que la situación se desmadrara aún más.

—Me lo pensaré.

—Gracias —espetó, y cambió de tono, como si no hubiesen hablado en los últimos diez minutos—. ¿Qué has hecho hoy?

El hijo acabó de tragar la pasta y cogió la copa.

—He ido a ver un restaurante que es más una tapadera que otra cosa.

Ella asintió.

—Hay un tal Marco, un excompañero de la escuela de hostelería —explicó él, la madre fue a abrir la boca y él la apuntó con el índice—. Si quieres que siga con la historia, ni una palabra de por qué dejé la carrera de chef, ¿está bien? —advirtió, ella rio y él suspiró antes de beber un trago de vino. Dejó la copa y siguió—. Total, que es una tapadera y hemos discutido.

—¿Por qué has discutido con tu viejo compañero? ¿Por temas legales o por algún viejo amor en la academia? Por cierto, es hora de que te vuelvas a casar, Gildo. ¡Se te va a pasar la pasta!

Él puso los ojos en blanco.

—¡No! Hemos discutido por si lleva parmesano o *pecorino* la carbonara.

Los ojos de la madre empezaron a abrirse de par en par. La herejía que acababa de escuchar era monumental a los ojos de la madre y levantó los brazos, con voz de *mamma* italiana dijo:

—¡Herejía, sacrilegio!

Al escuchar eso, Gildo se tapó la cara recordando que Marco dijo lo mismo. La *mamma* y la tradición, en Italia, son una cosa seria.

4

La *mamma* de Gildo se había enfadado.

Había pilares de la tradición que, según ella, no tenían discusión.

En España, por ejemplo, la cebolla en la tortilla divide a la población.

En Francia, si las crepes deben ser saladas o dulces.

En Alemania, si las salchichas se acompañan con mayonesa o con ketchup.

En Portugal, si el pastel de nata va con o sin canela.

Cada país tiene sus conflictos gastronómicos.

Pero en Italia, aparte de la piña en la *pizza*, es la salsa carbonara.

—¿Cómo que el *parmigiano* en la carbonara? Es que no pareces hijo mío. No puedes tergiversar las cosas como se te antojen.

—*Mamma*.

—¡*Mamma* nada! El *parmigiano* no es romano, déjaselo a los del norte. Y punto. Déjate de reinventaciones, de reinterpretar las cosas. Roma y sus recetas van con *pecorino romano*. ¡Punto! —afirmó sin ápice de discusión, y enseguida respiró.

—Te va a dar un infarto.

—Pues será culpa tuya y del *parmigiano*.

Gildo volvió a poner los ojos en blanco y siguió comiendo.

«Llego a saberlo y no le digo nada», pensó.

Pensó también que su madre era de cocineros, no de chefs. Gildo tenía alma de lo segundo. Pero ella era una gran ejecutora de recetas tradicionales, como bien demostraba con sus platos.

La madre tomó un generoso trago de vino mientras él miraba el reloj.

—¿Tienes prisa? ¿Has quedado con alguien?

—Con el comisario, tengo una reunión con él —dijo. Aquella conversación podía alargarse y tenía que cortarla lo antes posible con disimulo.

—A ver, imagínate que tienes una primera receta base de la cocina romana, la de los *spaghetti con cacio e pepe*, ¿sí?

—Sí, *mamma* —murmuró. «Me lo has dicho mil veces».

—*Bene*. ¿Con qué queso hacemos la *cacio e pepe*?

—Con *cacio*, es decir, *pecorino*.

—Bien. Si a esta le añadimos *il guanciale*, ¿qué conseguimos?

—La *grigia*.

—Exacto. Es decir, mismos elementos de *cacio e pepe*, pero solo con la añadida de la buena panceta. Luego, paso siguiente, si a la *grigia* añadimos tomate, ¿qué conseguimos?

—La *amatriciana*.

—Bien, y si, en cambio, a la *grigia* le añadimos huevos, ¿qué conseguimos?

—La carbonara.

Gildo, mientras escuchaba a la madre, había acelerado la ingesta de la pasta.

—Exacto. Entonces, ¿en algún momento te he dicho de cambiar el *parmigiano* por *pecorino*?

—No, *mamma*.

—Exacto, ¿entonces...?

—Entonces lo he entendido —aseguró, acabó de dar un trago al último dedo de vino que quedaba en la copa y se levantó.

—¿Qué haces?

—Me voy, es tarde —mintió.

—¿Por qué?

—Tengo una reunión superurgente con mi comisario y casi se me escapa el tiempo.

—Pero, Gildo —dijo sin levantarse mientras él daba la vuelta a la mesa y le daba un beso en la frente—, he preparado *pannacotta*.

—Cómela con tu amiga del segundo piso —sugirió mientras cogía el casco.

—¿Ni un *caffè*?

—No, lo tomo en la cafetería de delante de la comisaría. *Grazie*.

—¡El próximo día hacemos *spaghetti con cacio e pepe*! —gritó.

—Claro, *ciao* —se despidió, cerrando la puerta, y bajó las escaleras trastornado de tanto discurso sobre tradición.

Arrancó la Vespa entre jóvenes turistas que le hacían fotos, pensando en el mensaje del comisario: «Un homicidio que quema».

5

Después de haber aparcado la Vespa entre dos árboles, se tomó cinco minutos para tomar un café.

Cuando en Roma cambiaba el tiempo, desayunaba dentro del *Lettere Caffè* y tomaba el café después de comer fuera. Un cambio debido a la climatología.

Sorbía el líquido mientras el sol le calentaba la cara, mirando al fondo de la calle, hacia la iglesia de San Francesco di Ripa.

Fue rápido, casi sin intercambiar palabras con Marzia. Solo las miradas picantes de siempre y el habitual «a ver cuándo repetimos la cena».

Pagó y se fue a la comisaría.

Estaba pensando en el cadáver importante, el que quemaba, cuando Lillo lo saludó.

—¡A Gi!

El inspector se sobresaltó.

—¡*Porca miseria*, Lillo! Me has dado un susto de muerte.

—Perdona, Gi. No era mi intención.

—¡Nunca es tu intención! —espetó, y se acercó a la garita—. ¿Qué haces?

El hombre, vestido siempre de uniforme, se apartó la gorra azul y se rascó la cabeza. En la mesa donde normalmente había papeles, una revista y el teléfono, había un ordenador de sobremesa. Había sacado la carcasa y lo tenía solo conectado a la placa base con cables.

—Estoy intentando reparar el ordenador del comisario —respondió con voz tímida, casi avergonzada.

—No sabía que fueras un manitas con la informática.

—Con lo que haga falta —dijo mientras se levantaba haciendo el saludo militar con un destornillador en la mano.

—Siéntate. Me voy arriba.

—Por cierto, Gi, el comisario quiere verte.

—Ya —dijo, e indicó el monitor con la barbilla—. Suerte de los tutoriales de YouTube, ¿verdad?

El agente rio sin responder.

Gildo subió y, al segundo paso por el pasillo, esperó el consiguiente grito del comisario.

Y efectivamente...

—¡Ermenegildo! —gritó desde el despacho del fondo.

El inspector tocó la puerta y entró; al ver la ventana abierta, agradeció que se fuera el olor de cigarrillo que dominaba el ambiente.

—Jefe, ¿los vecinos están podando?

Er Bufo miró la ventana.

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Porque huele a rastros quemados —dijo tosiendo mientras movía la mano delante de su nariz como para apartar el olor.

—¡Siéntate, Erme!

—¿Qué ha pasado tan urgente? —quiso saber, y se dio cuenta de que sobre la mesa estaba la carpeta con el informe de la viuda de Villa der Colli.

—¿Me ha llamado por esto?

—En parte.

—¿Entonces?

Raffaele Esposito, alias *Er Bufo*, abrió la carpeta y buscó una línea de su informe.

—He visto que has identificado a un concejal del ayuntamiento de Roma y lo has relacionado con la trama de corrupción.

—¡Virginia Ruota! Exacto. Fue quien firmó la revalorización de las tierras de la bodega para que se pudiera construir un centro comercial.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Está escrito en el dossier.

El jefe bajó la mirada y tosió.

—Explícamelo tú.

—Tengo mis informadores en el ayuntamiento.

—¿Nombre?

—Regla número uno —dijo Gildo con voz grave, imitando la del mismo jefe—. Las fuentes de información son sagradas y hay que protegerlas.

—Me importa un pito lo que te dije el primer día que entraste por esa maldita puerta, Erme. ¿Cómo se llama?

—No se lo voy a decir, jefe. No puedo. ¿Por qué quiere saberlo?

El hombre cerró la carpeta de un golpe.

—Esta mañana han encontrado a Virginia Ruota muerta en su apartamento del centro de Roma.

Gildo se metió la mano por la abertura de la camisa con estampado de cócteles y se rascó los pelos de su pecho. Luego silbó en modo de sorpresa.

—No tenía ni idea.

—Justo ahora se está comunicando a la prensa. Va a ser una noticia bomba y hay que preservar que no se difundan falsas noticias.

Gildo se encogió de hombros.

—¿Y por qué deberían difundirse? Al fin y al cabo, era una ciudadana como cualquier otra —contestó Gildo, y observó cómo el jefe empezaba a hacer un tic extraño.

Parecía que le guiñaba el ojo de forma rara. No era un acto voluntario, sino fruto de la presión nerviosa, seguramente.

¿Por qué le aparecía ese tic al jefe? Muchas opciones pasaron por su cabeza, pero la más sensata era que alguien lo tenía que haber llamado para que tratara el caso con guante blanco.

—Era una trabajadora pública de renombre.

Gildo no profundizó. Si algo había aprendido, era que había cosas que era mejor no saber en Roma. Reglas no escritas que en el manual de la academia no estaban, pero en el manual de la calle sí.

—OK, ¿entonces? —añadió Gildo cuando relacionó que era la misma persona que había firmado el destrozo del rincón del Foro Máximo, donde iban a construir el chiringuito de SPQR Food.

«¿Coincidencia?», pensó.

—Tú has tratado con ella. Quizá un caso está relacionado con el otro.

—Jefe, ¿por qué yo? ¿No puede dárselo a alguien más?

—¡A quién!

—A Fabio, por ejemplo.

—Está a punto de jubilarse. Necesitamos gente joven.

—Entonces, a Luca.

—Demasiado joven.

Gildo desistió.

—No es ninguna coincidencia que su nombre aparezca en esta carpeta. Pero cuidado con lo que descubras. Quiero estar al corriente de la investigación. ¿Está claro?

—Sí.

—¿Está claro? —gritó.

—No hace falta que grite, jefe. Siempre lo mantengo al corriente —mintió con desfachatez.

El comisario emitió un sonido gutural que lo decía todo.

—Palazzo Cisterna. Via Giulia, 163.

—¿Qué es?

—La dirección de la difunta. La científica hace rato que te está esperando.

—¿Via Giulia? ¡Cómo se cuidaba la concejala! —afirmó el inspector, y se levantó—. Le dejo fumar tranquilamente —dijo, y se aclaró la voz—. Quiero decir, trabajar, comisario. Trabajar —rectificó mientras cerraba la puerta, y volvió a bajar por las escaleras.

6

Via Giulia.

La calle paralela al Tíber, construida por los papas en el siglo XVI. Estaba cortada por la policía. Una cinta blanca y azul advertía de la escena de un crimen.

No permitían que nadie entrase en la calle, creando un auténtico caos por la zona.

A Gildo le pareció de lo más exagerado, pero él no tenía ni voz ni voto en esa decisión.

Un agente, al ver la placa, levantó la cinta y lo dejó pasar.

Fue avanzando lentamente. En el barrio tranquilo, sin la masificación de los turistas, se respiraba una tensión que se percibía en el ambiente.

De los balcones señoriales de hierro forjado, elegantes personas se asomaban para ver qué estaba sucediendo y quién viviría allí.

La visita de la muerte, aunque sea silenciosa, deja siempre un rastro inequívoco.

Pasó por delante de la pequeña iglesia y aparcó detrás de la furgoneta de los servicios forenses.

Dejó el casco y bajó de la Vespa.

Al darse una vuelta, aparecían por todas partes escudos papales en las fachadas, rastro de la historia de la emblemática calle.

El Palazzo Cisterna tenía tres pisos más el entresuelo. La fachada estaba dividida en dos partes. La parte inferior, forrada por mármoles y el resto, por un color crema. En el primer piso, en el centro de la vivienda, un balcón señorial sujetado por un escudo de la familia Cisterna.

Gildo suspiró y entró por una enorme puerta de madera.

El acceso a un estupendo patio interno era anticipado por un vestíbulo con una verja de hierro de un metro de alto y que, a causa de la macabra ocasión, estaba abierta.

El patio era una amalgama de decoración clásica y arcos con estatuas talladas en mármol. La vieja Roma, la de bien, se presentaba ante los ojos de Gildo con todo su vetusto y pasado esplendoroso.

Un agente de la policía científica le indicó que tenía que seguir las escaleras hasta el ático.

Gildo levantó las cejas y la cabeza. Una escalera interna lo llevó hasta la planta del presunto asesinato.

Subiendo las escaleras, la maquinaria investigativa de Gildo arrancó.

¿Cuánto cobraba un concejal del Ayuntamiento de Roma?

¿Se podía permitir eso un funcionario?

Preguntas que por momentos se hacían más vívidas. Al llegar al rellano del ático, se encontró con la puerta del apartamento abierta.

En la sala de estar encontró la energía que había dejado la muerte a su paso y que no invitaba a entrar. A pesar del esfuerzo en la elegancia de la decoración y la riqueza, la vivienda olía a soledad y a defunción.

El lugar era un bullicio de gente que iba y venía.

Compañeros de la científica con trajes blancos que fotografiaban el apartamento. Otros que, con papeles en mano, miraban el piso en general.

El suelo era de mármol blanco. En las paredes había cuadros con marcos dorados de enorme valor. Muebles antiguos y bustos.

En una pared, había viejos libros y una maceta que daba un toque de vida al ambiente.

Al fondo, una ventana daba al Tíber y al Trastevere. Era uno de los áticos más bonitos que había visto.

Virginia Ruota, la concejala, se ocultaba bajo una manta blanca. Se había quedado inerte, bajo un velo, en el suelo de su casa, en medio de tanta belleza que ya ni le servía ni se podía llevar al otro lado.

La alfombra persa de inestimable valor mostraba una mancha roja. Alargada, casi un metro desde el extremo del cadáver. Las salpicaduras, identificadas con varios carteles con números de la científica, alcanzaban varios metros.

Gildo se quedó en silencio al ver esa imagen dantesca.

—Al fin has llegado. Te estábamos esperando, Gildo.

—¿Nos conocemos? —preguntó al girarse con un tono algo sorprendido.

—No, pero tu pelo y tu camisa hawaiana no dan lugar a duda —dijo el hombre con ropa blanca de la científica.

Gildo se miró extrañado, pensando que tampoco era tan raro ver a una persona con una camisa divertida y colorada.

—¿Er Bufo te lo ha dicho? —preguntó, y rectificó—. Quiero decir, el comisario.

—Te esperábamos hace rato.

—Me ha pillado en medio de otra cosa.

El otro asintió y se giró hacia el bulto tapado.

—Bueno, no te asustes por la mancha, es vino.

—¿Vino? —preguntó Gildo al mismo tiempo que entendía por qué esa enorme mancha no había inundado el ambiente de olor a óxido.

El agente de la científica se acercó a la sábana y la levantó.

La mujer estaba estirada en la alfombra y boca abajo, con la cabeza ligeramente torcida. Un brazo erguido hacia delante y otro plegado, al lado del costado. A pocos centímetros, una copa de vino se había roto.

—Suponemos que estaba bebiendo vino y cayó. La mancha que ves es del vino que estaba en la copa. Tenía que estar aquí, creo —explicó el policía de pie, como si estuviera sujetando una copa invisible.

Detrás, un sofá de terciopelo de color granate y un libro apoyado con una página abierta. Delante, en cambio, había una mesita de madera maciza con papeles, notas y una botella.

—No falla, un Cèsarus, de Villa der Colli —espetó Gildo.

El hombre no lo entendió, pero tampoco quiso saber de qué estaba hablando.

—En fin. Se cayó allí donde estaba. En consecuencia, se rompió la copa y vertió el vino.

—¿Toda esa cantidad de vino cabía en la copa? —preguntó, sorprendido.

—Pues eso parece.

Gildo arrugó el ceño, mosqueado.

—¿Qué más has descubierto?

El de la científica negó con la cabeza.

—Poco más. No había nadie más en la casa cuando entró el conserje.

—¿Dónde está el conserje?

—En el piso de abajo.

—¿Abajo? ¿Qué hace abajo, vive aquí?

—No, está con la señora Golfoni.

—¡Golfoni!

—Es la señora que ha llamado al conserje y él, a su vez, nos ha llamado a nosotros.

Gildo asintió mientras se acercaba para ver el rostro de la concejala. Aún estaba maquillado. El pelo largo y oscuro se extendía por la alfombra, casi como si alguien se lo hubiese peinado. Una sensación y una deducción extraña, admitió. Debajo de la americana negra, una camiseta roja de encaje con un sujetador también rojo. Un conjunto provocador. Entre la prenda abierta se veía parte del pecho. Gildo apartó la vista por respeto.

—¿Has encontrado alguna nota o algo interesante?

—Nada. Ni en los pantalones ni en la mesita ni en el sofá.

—¿No ha habido apuñalamiento, ni un golpe ni un disparo?

—En el cuerpo no hay nada. Ni los vecinos han oído nada.

—Ya.

«Virginia Ruota. ¿Qué ha pasado para que estés tendida en esta alfombra? Cuando uno juega con mafiosos, se quema», pensó Gildo, mirándole la cara.

Luego se levantó y echó un vistazo alrededor.

—¿El resto de la casa está bien?

—A simple vista, no falta nada. No parece ni una agresión ni un robo. El forense confirmará la causa de la muerte. En el piso no hay indicios de nada.

—¿En la puerta tampoco?

—No, el conserje entró con su llave. La puerta no estaba cerrada por dentro ni tenía la llave puesta, obviamente.

Gildo asintió y se acercó al de la científica.

—¿Cuándo se lo llevan? —preguntó el inspector, indicando el cadáver.

—Estamos esperando, eso es relativo, en una hora o en diez minutos.

—¿Me dejarías unos guantes por si necesito volver?

El de la científica los sacó de su maleta de inspección y se los pasó. Gildo se los metió en el bolsillo. Luego se dio la vuelta y dio un paso hacia la puerta.

—¿Golfoni?

El otro policía asintió.

—Vamos a ver qué nos dice la señora del segundo piso —comentó Gildo, y bajó.

Con esa señora, comenzaban los interrogatorios.

La señora Golfoni era una anciana de otra época, una aristócrata de otros tiempos que no se había adaptado.

Vivía sola, por lo que parecía.

El apartamento de la señora era mucho más oscuro que el de la concejala, ya que, siendo un segundo piso, las ventanas daban al edificio de enfrente. El de Virginia, al estar en el tercero, sobrepasaba el techo del edificio que daba al río Tíber.

Techos altos con frescos desteñidos y algunos arrancados por la tiranía del tiempo y la humedad.

La señora intentaba cubrir el hedor de las filtraciones con un fuerte perfume que recordaba el olor a laca para el pelo y a lavanda marchita.

En las paredes, un popurrí de cuadros, tapices y objetos de arte entre vasos chinos y otros elementos que Gildo nunca había visto.

Las ventanas estaban cubiertas en gran parte por pesadas y polvorientas cortinas con rebordes trabajados.

La señora lo recibió sentada en un sillón en el centro de la sala de estar, al lado de una librería, de un piano de cola y un sofá. En el sofá, el que parecía el conserje se abanicaba.

—El señor Trildo Galdone, de la policía de Roma —anunció la mujer de la limpieza, desganada, con un acento extranjero y vestida con un uniforme de principios del siglo pasado.

La señora levantó una mano y le hizo una señal para que se acercara.

—Es Gildo Falcone, inspector —corrigió mientras la mujer del servicio interno se iba a otro lugar.

—Venga, agente, acérquese.

Él se sentó en una silla al lado del sillón, el que debía ser el de la mujer de servicio.

—Señora Golfoni, necesitaría hablar con usted —dijo Gildo, mirando al conserje—. A solas.

Este levantó la barbilla y con una expresión contrariada miró a la mujer.

—Señora, si no le importa, puedo quedarme a ayudarla.

—Váyase, Roberto, si tengo necesidad, le volveré a llamar. Gracias por sus servicios.

—Pero, señora...

—¿Ha oído lo que le he dicho?

El hombre se levantó aún más molesto y se fue de la estancia.

—Cierre la puerta, gracias —espetó la señora, y esperó a que el hombre la cerrara—. Cuanta más confianza entregas al personal, más pretenden —comentó, mirando la puerta y, dicho eso, se giró hacia el policía.

Los dos se miraron. La señora lo estudió en pocos segundos, sin cambiar de expresión ni decir palabra.

—¿Cómo ha muerto?

—No lo sabemos. Estoy aquí para indagar. Para preguntarle.

Ella soltó un sonido gutural. Tenía el pelo corto de un color gris azulado, con rizos fruto de muchas horas de rulos en la peluquería. Su rostro, de piel blanca y lleno de arrugas, daba la impresión de rozar los noventa años. Llevaba un vestido color verde oscuro con botones dorados. Y, a pesar de la calefacción, una manta de estampado rojo escocés le cubría las piernas y un caliente cuellos de pelo de armiño. Gildo tenía enfrente a una pieza de la casta romana que ya no existía.

—¿Qué quiere saber? —ladró la señora.

—¿Qué pasó? Empiece desde el principio, por favor.

—Escuché un golpe, sordo. Extraño. No me gustó.

—¿Por qué no le gustó?

La mujer se tensionó.

—Porque no era un ruido habitual.

—¿Se refiere habitual en la señorita Virginia?

—Me refiero habitual en cualquier persona.

—¿Cómo fue?

La mujer, entre molesta y pensativa, se tomó unos instantes antes de contestar.

—Como si cayera un saco de patatas.

—¡Un saco de patatas!

—Un peso muerto. No hace falta que le explique qué es eso, no tengo tiempo que perder.

Mientras decía eso la anfitriona, apareció la sirvienta con una bandeja de plata que aún olía a abrillantador. La dejó en la mesa que estaba delante. Llevaba un platito de pastas y galletas perfectamente ordenadas, y una tetera y unas tacitas.

—¿Quiere una taza de té? —preguntó la señora Golfoni, y en ese preciso momento un reloj al otro lado de la estancia sonó en perfecto horario.

—¿Para qué?

—¿La quiere o no?

El hombre suspiró y asintió a la mujer de servicio. Esta le sirvió hasta la mitad. Luego, le acercó las galletitas.

Gildo negó, dando las gracias.

—Yo de usted las cogería —afirmó, decidida, la señora—. Son de la pastelería Carasole de Via dei Condotti, las hacen con la receta de mi segundo marido, que en paz descansa.

«Segundo marido, ¿cuántos habrá tenido esta señora?», pensó Gildo, pero justo después de asentir a la mujer de servicio, le hizo una pregunta más importante para el caso.

—¿Usted también ha escuchado el ruido sordo del piso superior?

La sirvienta, que era delgaducha y la ropa cándida le iba hasta grande, miró a la señora mientras le pasaba su taza de té.

—Ella no habla muy bien italiano —dijo, y le dio permiso para marcharse con un gesto—. Hace poco que está aquí. Pero ella también lo ha escuchado.

Gildo cogió la taza, se acercó una galleta y primero la olió. Vainilla y mucha, muchísima, mantequilla llevaba ese postre.

—Están espectaculares, tenía razón —afirmó en cuanto tragó el primer bocado.

—¡Lo sé!

—¿Decía que su tercer marido era inglés?

—Segundo marido, inspector. Segundo —afirmó, contrariada.

Gildo lo había entendido bien, pero a veces, para saber la verdad y entender cómo es una persona, hay que hacerse pasar por tonto.

—Perdón, me había distraído con tanta maravilla.

Ella arrugó las cejas mientras lo miraba sorber el caliente brebaje.

—Mi segundo marido era de Londres, de Notting Hill, exactamente. Era muy riguroso con las tradiciones y con las formas. Él es el culpable de que me haya aficionado al té de las cinco y de las galletas de mantequilla. Él decía que el té amargo con las galletas era un placer que solo los aristócratas podían permitirse y tenían que saborear.

—¿Y ahora dónde está su segundo marido?

—¡Murió!

—*¡Porca miseria!* —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Aquí?

—¿Está aquí para investigar el asesinato de la furcia de arriba o para rebuscar en mi pasado, señor investigador?

—Simplemente, preguntaba, señora Golfoni.

La señora apoyó la taza en el plato que sujetaba con la mano izquierda.

—¿Por qué furcia? —preguntó Gildo.

8

La señora Golfoni levantó la babilla y arrugó la nariz.

—Esa chica nunca me gustó.

Gildo se rascó la nuca y movió el culo de la silla, provocando que esta emitiera unos sonidos típicos de madera vieja rechinando.

—¿Le importa que me siente en el sofá?

Ella asintió con un gesto elegante y altivo. Gildo se levantó y se sentó en el diván.

—Mucho mejor. Me estaba explicando, ¿por qué nunca le gustó?

—El primer día vino y no se presentó. A mí, que llevo aquí en este *palazzo* desde casi antes de que lo construyeran. Casi me ignora al pasar.

—Entiendo que para usted es muy importante.

—La educación es lo más importante. Luego viene la cultura, pero en segundo lugar. Esa chica era una engreída.

—¿Engreída? Interesante. ¿Qué más?

—No tenía respeto ni decencia.

—¿Por qué?

—Cada noche venían hombres diferentes.

—¿Y cómo lo sabe?

La mujer se puso seria y lo miró directamente a sus pupilas.

—Jovencito, tengo una edad. Sé reconocer a todas las personas que suben esas escaleras. Sus pasos y el tono de voz. Le sabría decir quién es en un segundo mejor que su propia madre. Me irritan las personas desconocidas.

—Yo la irrito.

—¡Mucho! —afirmó sin un ápice de duda, y dio un sorbo al té de una forma que solo se ve en las películas de la regencia inglesa o en escenas de la película *El Gatopardo*—. Pero entiendo que usted hace su trabajo.

—Entonces no quiero molestarla más de lo debido. Así que usted piensa que era una mujer promiscua.

—Mucho. No me extraña que uno de esos fornicadores a domicilio viniera para desaprobarnos sus actos impuros.

Gildo intentó contener la risa comiéndose otra galleta.

—¿Anoche vino alguien?

—Por supuesto.

—¿Alguien que no había oído antes?

—Sí. Un hombre pesado, que arrastraba los pies.

—¿Sobre qué hora vino?

La mujer se lo pensó. Luego sacó de su vestido un reloj de bolsillo.

—Sobre las nueve de la noche, y se fue más tarde de la diez.

—¿Cómo está tan segura?

Esa pregunta no le gustó a la señora, se vio muy claro en su cara.

—A las nueve estaba aquí, leyendo un libro. A las diez, me dirigí hacia mis aposentos y apagué la luz.

—Y no sabe a qué hora se fue ese hombre.

—No. Desde que la furcia contaminó la tranquilidad del *palazzo*, duermo con tapones.

Gildo se imaginó cómo esa señora estaría durmiendo con tapones en las orejas, antifaz posicionado en los ojos y colocada como una momia, con las sábanas perfectamente dobladas. Incluso, ya que la mujer de la limpieza no hablaba bien italiano y, en consecuencia, no podía revelarlo a nadie, seguro que dormía con los rulos puestos.

La imagen dantesca lo asustó.

—¿Por qué llevaba tapones?

—Por las noches de fornicación. Horrible. Vergonzoso. Inaceptable.

—La entiendo.

—Usted, inspector, no entiende nada. Hace cuatro días que ha nacido, no conoce la Roma auténtica, la de mi época. La que valía la pena vivir, y salir, y relacionarse. Esta farsa y desmesurada perversión de hoy en día es reprobable. ¿Qué cree, que no leo los periódicos?

—Lo siento, señora Golfoni, pero nos estamos desviando —dijo con educación, aunque hubiera seguido hablando de todo eso en otro momento sin

el yugo de un posible asesinato—. Por lo tanto, un señor con sobrepeso llegó a las nueve y no sabemos cuándo se fue. Sin embargo, ¿a qué hora oyó el ruido del saco de patatas?

—Sobre media mañana.

—Ya —afirmó él con poca convicción—. Creo que lo tengo todo claro.

Ella apretó la boca formando hondas arrugas en las comisuras.

—Pues es el que ha entendido más de todos nosotros.

Él dejó la taza en la mesita e indicó el platito de galletas.

—¿Puedo coger una para después?

—Usted mismo.

—¿Cómo se llaman? —dijo mientras se guardaba una galletita dentro de un pañuelo limpio.

—¿Perdón?

—Si voy a la pastelería Carasole, ¿qué galletas tengo que pedir para comprarlas?

Ella se rio.

—Se equivoca. Las hacen solo para mí. No están a la venta. Solo por encargo y solo para mí. Por eso le dije que las probara.

—Entonces cogeré dos —afirmó, y metió en el pañuelo una con una media cereza junto a la de chocolate que ya tenía—. Hay una cosa más, señora. Desde que entré en el *palazzo*, una cuestión me ronda la mente y la verdad es que me está provocando un dolor de cabeza terrible. Mire, este lugar es refinado, costoso y exclusivo. ¿Cómo diablo se puede permitir una concejala un ático aquí?

La mujer negó con la cabeza.

—Perdóneme, pero es usted muy ingenuo. Una mujer guapa, en Roma, si sabe bien cómo jugar sus cartas, puede conseguir lo que se proponga.

Él asintió.

—Gracias. ¿De quién es el inmueble?

—Tendrá que averiguarlo, inspector.

—Usted no lo sabe.

—¿Usted cree que soy una cotilla?

Gildo se alejó levantando las manos. Se acercó a la puerta y, antes de pasar, se dio la vuelta.

—Señora Golfoni, una última pregunta.

—Si es necesario...

—El conserje.

—¿Sí?

—¿Es de fiar?

Al escuchar la pregunta, la señora sonrió de forma casi imperceptible.

—Averígüelo usted.

9

En cuanto salió del domicilio de la señora Golfoni, sacó el móvil.

Escribió un mensaje instantáneo a Aurelio.

«Necesito verte».

Se quedó por unos instantes esperando si tenía respuesta. Y la tuvo.

«¿Qué ha pasado?».

«Han encontrado muerta a la concejala Virginia Ruota».

«Me había llegado la noticia, pero no daba crédito. Tengo a un periodista y a un fotógrafo desplazados a su domicilio».

«Yo estoy ahí».

«No me digas que...».

«Sí, lo llevo yo. Necesito que me ayudes en un tema».

«Dime».

«¿En el sitio de siempre?».

«19:00 h».

«OK».

Gildo guardó el móvil y bajó hasta la entrada. Buscó al conserje. El hombre vivía en una casita dentro el *palazzo*, pero debajo de las escaleras. Tocó la puerta y apareció su cabeza por la ventana que daba a la entrada. Lo miró extrañado y abrió.

—¿Sí?

—Inspector Gildo Falcone.

—¿Necesita algo más?

—Hablar con usted.

—Estoy ocupado.

Gildo miró a su alrededor y no vio a nadie excepto a personal de la policía.

—Demasiado trabajo, ¿verdad? —preguntó con un tono de asco.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya. Escúcheme, ¿puedo pasar o sale usted?

—¿Puede ser más tarde?

—No. Necesito hablar con usted ahora, será muy breve, ya verá. ¿Tiene cámaras este *palazzo*? No las veo —preguntó sin darle oportunidad de evitarlo.

—No. Por lo que sé, la junta de propietarios nunca autorizó la profanación de estas piedras para la instalación de cámaras.

—Ya. ¿Quién es el propietario de la finca de la señorita Ruota?

—¿Usted cree que yo sé esas cosas?

—¿Quién va a las reuniones de propietarios?

—No lo sé.

Gildo sonrió y, con un tono calmo y dulce, insistió.

—Por favor, ayúdeme, no estoy aquí para fastidiar.

El hombre miró hacia otro lado y bufó.

—Lo gestiona un administrador de fincas.

—Gracias. ¿Cuál?

—Creo que tengo la tarjeta de visita —afirmó de mala gana, la buscó entre sus papeles y, después de unos instantes, la sacó—. Haga una foto, solo tengo una.

—Gracias —murmuró Gildo mientras procedía con su móvil—. Necesito saber... A las nueve, la señora Golfoni dice que entró un hombre y subió hasta el ático de la señora Ruota. ¿Usted lo vio?

—No. Estaba cenando.

—Ya. ¿Entró con llave o le abrió?

El hombre arrugó el ceño y se acercó la mano a la cara para pensar.

—No lo sé, tenía la televisión puesta. No tengo ni idea.

—Ya. Gracias. ¿Qué tal la señorita Ruota? ¿Tenía algún trato con ella?

Al hombre, de repente y de forma instantánea, se le tiñó el rostro de color rojo.

—¿Qué quiere decir?

Gildo arrugó el ceño.

—Quiero decir que si la ha tratado de cerca.

El hombre comenzó a ponerse nervioso. Debía tener unos cincuenta mal llevados. Vestía una camisa blanca y un traje azul. Pelo corto y engominado.

No llevaba alianza de casado ni reloj. Lo que parecía un hombre sencillo, pero, dentro de su sencillez externa, al inspector le dio la impresión de que le gustaban los chismorreos y los culebrones del edificio. Quizá ese hombre fuera los ojos y los oídos de la señora Golfoni.

Pero a lo mejor tenía una dicotomía interna entre las dos; sabía que la Golfoni le daba estabilidad y sus dosis de chismorreos, incluso una succulenta cesta de navidad. Pero la Ruota era una mujer muy atractiva, de cuerpo esbelto y con curvas bien proporcionadas. Desde luego, al pasar por la calle, no dejaba a nadie indiferente.

—¿Usted se ha acostado con la señora Ruota?

El hombre primero se sonrojó aún más y rebufó con más fuerza. Miró hacia otro lado.

—Caray con el conserje, ¿en serio? —preguntó Gildo, y dio un paso hacia dentro cerrando la puerta de la casa para que nadie lo oyera—. ¿Cómo fue?

El hombre no sabía dónde mirar.

—Prométame que no se lo dirá a nadie, por favor.

—Sobre todo, a la señora Golfoni o perderá su credibilidad, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Explíqueme —insistió Gildo, succumbiendo a la red perversa de los chismorreos del Palazzo Cisterna.

10

El conserje se sentó.

Gildo lo hizo acercando una silla del comedor que, en un espacio tan pequeño, estaba justo al lado.

—Era una noche de lluvia —empezó el hombre su confesión.

Gildo no supo valorar si eso era importante para la investigación, pero esa mosquita muerta estaba resultando lo más auténtico del *palazzo*.

—Cuando llueve, apago la televisión. Este viejo edificio cruje y se mueve al mismo tiempo que deja escuchar la lluvia. Me hice una manzanilla. La señorita Ruota había recibido una visita nocturna...

—¿El novio? —preguntó Gildo.

El hombre encogió los hombros y puso una cara extrañada, cerrando los ojos.

—¿Qué novio? —respondió con los dedos juntos haciendo la forma de la piña—. Esa mujer no tenía novio, no le hacía falta.

—¡Ah, vale! Siga.

—Lo que le decía, había subido el hombre de turno.

—¿Nunca lo había visto?

—A veces. Sus amigos iban, venían, se dejaban, regresaban...

—¡Ah! Siga.

—Entonces, estaba yo tranquilo aquí con calma, sin nada de prisas y con mi infusión, y, de repente, sin más, oigo gritos.

—¿Gritos?

—¡Gritos!

El conserje estaba apoyado con un codo encima de la pierna, cerca de Gildo, usando un hilo de voz y casi susurrando, como si no le gustara contar esa historia. No porque lo avergonzase, todo lo contrario, era como un premio,

de los pocos sucesos de su existencia para contar, sino porque no quería que la señora del segundo piso se enterase.

—Luego, se oyó abrirse la puerta, salió el hombre y bajó las escaleras. Cuando estaba en el rellano del segundo piso, escuché a la señora Ruota.

—¿Y qué dijo?

—Dijo algo así como: «¡Vete y no vuelvas más, cerdo, más que cerdo! No quiero volver a verte más. ¡Tú y tu proyecto de las pelotas!».

—¿De las pelotas? ¿Usó ese término?

—Textual. Me acuerdo perfectamente. «¡Proyecto de las pelotas!».

Gildo asintió.

—Siga.

El hombre abrió los brazos y suspiró.

—Yo estoy aquí para encargarme de que este *palazzo* vaya bien, ¿sabe?

—Claro, claro.

—Como un pastor con sus ovejas.

—Claro, por supuesto —añadió Gildo, levantando una mano y enfatizando el momento—. Siga.

—Bien. Entonces, yo había oído a la señorita enfadada, casi llorando.

—Pobrecita.

—¡Exacto!

—Así que subió a consolarla —añadió el policía con el mismo tono de voz.

—¡No! No fue así —respondió, levantando las manos como si estuviera libre de culpa—. Yo solo subí con la intención de saber si estaba bien, como muchas veces. Así que subí las escaleras y fui hasta su rellano.

—Bien, normal.

—La puerta estaba abierta, nada, un centímetro. La llamé desde fuera.

—Claro.

—Ya sabe, por prudencia. ¿Señorita Ruota?

—Todos lo haríamos.

—Exacto. Pues no me contestó. La volví a llamar: ¿señorita Ruota? Otra vez nada. Así que lo que hice fue apretar la puerta para saber si estaba bien. Imagínese que estuviera herida o hubiese pasado algo —susurró, y continuó apoyando la mano en el pecho—. Yo solo quería saber si estaba bien. Vigilaba por su integridad.

—Bien. —Gildo asintió e hizo un gesto con la mano, aquello se estaba alargando mucho y el hombre se justificaba demasiado.

—La mujer estaba llorando. Se escuchaba desde la sala de estar.

—¿Dónde estaba?

—En su dormitorio. La puerta estaba abierta y me fui acercando. Cuando me vio, a mitad camino del dormitorio, intentó secarse las lágrimas. Yo me paré y le volví a preguntar cómo estaba. Ella me respondió que bien, pero se veía que no. Entonces llegué hasta la entrada del dormitorio de la señorita.

—¿Y qué pasó?

—Me indicó que me sentara a su lado.

—¿Cómo iba vestida?

—Llevaba un camisón íntimo de esos que se usan para las citas... Un picardías.

—Ya, ¿color?

—Rojo vivo. Me senté a su lado, le pregunté que cómo estaba y ella empezó a decir que todos los hombres son iguales, que somos unos cerdos malditos y que no se podía fiar. En ese momento, apoyó una mano en mi pierna y me soltó: «En cambio, usted, conserje, es un hombre de fiar, ¿verdad? Es un hombre íntegro y discreto», dijo. Así que después de pasar su mano por mi muslo, la colocó en mi... —dijo mientras indicaba su entrepierna—. Y, claro, yo tampoco soy de acero, soy de carne y huesos. Y con una mujer tan guapa... Además, se le veían las tetas, tan bien puestas.

—Siga, no hacen falta detalles inútiles.

—¡Shhh! —dijo mientras miraba por el cristal de la garita.

Gildo se giró, pero no había nadie.

—Siga.

—En fin, se colocó encima de mí.

—¿Y luego?

—Apoyó su mano en mi pecho y empujó mi torso. Me tumbé y me quedé duro. Ella estaba más caliente que nuestro calentador en invierno, el que provee agua a todo el *palazzo*.

—No hace falta que me explique más detalles, la verdad.

El hombre se quedó decepcionado.

—Ahora viene lo mejor.

—No se preocupe, puedo imaginármelo —afirmó casi susurrando, imaginando los siguientes pasos—. Resumiendo: hicieron el amor.

—Casi dos horas. Esa mujer era una máquina.

—Ya, bueno, una mujer a la que le gusta el sexo, normal.

—¡Ninfómana! Uno detrás de otro. Una máquina sexual.

—Bien, bien.

—¿Bien? —preguntó el conserje.

—Bueno, al final, mejor para usted, ¿no?

—No sé, creo que sí.

—Hombre, un poco de alegría al cuerpo —dijo, y carraspeó la voz—. No hubo más..., ya sabe.

El hombre se incorporó en la silla.

—Nunca más —exclamó, ayudado por un gesto con la mano—. Y mire que lo he intentado, pero cada vez cortaba tajante o encontraba la puerta cerrada.

Gildo, al ver al personaje que tenía delante, entendió lo que podía haber pasado. A la mujer se le había fastidiado la visita nocturna y encontró un sustituto a domicilio casi sin buscarlo. La mujer estaba excitada por el anterior encuentro, interrumpido por vete a saber qué, y el conserje se aprovechó. Es como cuando un defensa acompaña a la ofensiva de su equipo, el delantero se ha desmarcado de todos los jugadores contrarios, pasa la pelota al defensa y este mete gol. En el resultado, el defensa es el goleador, pero el trabajo previo es del delantero. En esa historia, el conserje era el defensa. Y después de ese partido, nunca hubo más goles. Fácil, pensó Gildo.

—En fin, una pregunta. Cuando estaban en medio del... —preguntó el inspector, y sufrió un par de golpes de tos—, digamos revolcón, ¿tenía la mujer utensilios preparados?

El conserje levantó una ceja y sonrió. Lo apuntó con el dedo y lo fue moviendo.

—Sé dónde quiere llegar, inspector. La verdad es que sí, tenía un cajón lleno de vibradores, esposas, bolas extrañas y preservativos de todo tipo.

Gildo abrió los ojos de par en par mientras asentía.

—¿Recuerda en qué cajón?

—Uno de su mesita de noche —dijo sin especificar el lado de la cama.

—¿Lo sabe porque buscó allí el preservativo o porque usaron juguetes?

El hombre regresó al mismo color del principio, rojo como un *pomodoro*. Luego se rascó por detrás de la cabeza y no consiguió articular una palabra entera.

—Da igual, no se preocupe. Solo era una pregunta —añadió Gildo—. Regresemos a cuando usted entró en la casa de la señorita Ruota esa noche. ¿Había algo diferente en su ático?

El hombre se lo pensó un momento.

—Pues la verdad es que no me acuerdo con exactitud. Pero creo que había algo de nieve en la bandeja encima de la mesa. Una botella de *champagne* y poco más. No me acuerdo de nada más. Eso es todo.

Gildo pensó que, más o menos, era lo que necesitaba.

—Gracias, me ha ayudado mucho para entender cómo es la señorita Ruota. Solo un par de preguntas más.

El conserje encogió los hombros.

—Anoche vino un señor que se fue tarde, ¿no?

—Sí, vino sobre las nueve y se fue pasada la medianoche. Creo, yo dormía.

—Bien. ¿Le vio la cara?

—No, lo siento.

—No se preocupe, está bien. ¿Y esta mañana ha venido alguien?

—Pues verá, esta mañana estuve limpiando la acera y el suelo, pero no sé, a lo mejor, cuando he ido a tirar el agua de la fregona, puede que alguien haya entrado o salido.

—Entiendo que esta idea no se le acaba de ocurrir, ¿verdad?

—No. La hemos pensado esta tarde con la señora Golfoni.

Gildo asintió.

—Claro, lo suponía —afirmó, y se levantó—. Muchas gracias, por la tarjeta y por su cuento.

—Pero me ha prometido...

Gildo se cerró la boca como si tuviera una cremallera. Luego, dejó la silla en el lugar donde la había cogido. Se acercó a la puerta y, antes de abrirla, se dio la vuelta.

—Una cosa, me olvidaba preguntarle.

—¿Sí?

—En el primer piso, ¿quién vive?

—Una pareja de holandeses.

—¿Holandeses?

—Sí, él es escritor y de vez en cuando vienen a esta casa.

—Entiendo que no están.

—Están fuera. En esta época, viven en su casa de Madrid.

Gildo asintió; ese hombre sabía todo de todos.

—Y en cada planta solo hay una vivienda, ¿verdad?

El conserje asintió.

—Gracias —concluyó, y salió de la garita.

Regresó al ático de la señorita Ruota, quería comprobar un par de cosas. Lo que le había indicado el conserje y un par de ideas más habían despertado la curiosidad del inspector. Esa investigación se estaba poniendo interesante por momentos.

Recorrió las escaleras.

Los anchos escalones de mármol que se enroscaban en el patio interior eran una obra de arte. Se podía haber subido a caballo mientras otro las bajaba. Aunque eso nunca había ocurrido por motivos obvios.

Cada tres escalones, había un ficus plantado en una elegante maceta.

Una placa de mármol grabada indicaba que los bustos de cada piso representaban a los primeros inquilinos del *palazzo*.

Cuando Gildo llegó al ático, el compañero de la científica estaba por marcharse. Lo paró, necesitaba que le confirmase algo, y regresaron al domicilio de la difunta.

Se colocó los guantes y buscó la bandeja en cuestión. Encontró un par de ellas que respetaban la descripción del conserje.

Se las entregó.

—Quiero que analicéis esto. Necesito el informe cuanto antes.

—¿Qué debería encontrar?

—Tú comprueba qué sustancia hay en esta superficie y luego hablamos, gracias —indicó Gildo.

El compañero de la científica salió del piso, dejando a Gildo solo en ese ambiente tétrico. La atmósfera elegante y refinada contrastaba con la energía que navegaba en el aire. La muerta seguía allí, en el mismo lugar, entre cartelitos plegados y una enorme mancha de vino. Cubierta, inerte. Aún se olía al perfume que se debía haber puesto por la mañana. Fue a la ventana. El Tíber pasaba silencioso. Hacía décadas que se podía observar desde esa ventana. Un piso en Roma con vistas al río triplicaba su valor. Tener un muro enfrente en una calle estrecha, como en su casa, o tener una amplitud de vista y ver árboles, edificios históricos y el río que cruzaba Roma no tenía parangón.

Esa vista lo era casi todo en el ático. Contrarrestaba la falta de aparcamiento, la falta de ascensor, de comodidades modernas.

Se giró y miró el bulto extendido en el suelo.

«¿Qué has hecho para poder vivir en este lugar? ¿Y qué has hecho para que alguien te arrebatara la vida?», pensó.

Se acercó a la cocina. Con los guantes de látex que le había entregado el compañero, se dirigió a la nevera. Dentro solo había fresas, botellas de *champagne* de una marca francesa conocida y algunos yogures desnatados.

«Claro, lácteos ligeros», se dijo en sus adentros.

Cerró la nevera y fue a la despensa. Miró y revisó todo. No había ni un solo plato para lavar, solo alguna copa, y el lavavajillas estaba vacío.

Esa mujer no comía en casa, solo acompañaba visitas con alguna *delicatessen* que guardaba en el refrigerador.

Fue a la habitación de la víctima. Buscó con discreción en todos los cajones de las mesitas de noche. En el último del mueble que contenía el cargador del móvil, es decir, el del lado que ella dormía, encontró el arsenal.

Justo lo que había dicho el conserje. Condones de medidas y colores dispares y todo tipo de juguetería erótica. Lo cerró y siguió buscando. Miró los armarios, de un estilo rococó que pegaban con el ambiente, pero no con la mujer.

Uno de los cajones estaba lleno de ropa interior *sexy* de marcas de lujo. Entre ellas halló un paquete.

Levantó una ceja. Lo sacó, lo levantó y lo volteó frente a él.

Corona Lingerie Privée.

La mejor tienda de Roma. Famosa por ser artesanal, todo bajo pedido y a medida. Eso podía ser un regalo. De uno de los muchos novios o no, uno serio, alguien asiduo de las noches alegres de la concejala.

Lo apoyó en la cama y lo abrió. Dentro, una tarjeta decía: «Da Peppe».

Bueno, Peppe era un indicio. ¿Quién era Peppe? ¿Un amante esporádico o uno que se había cansado de la promiscuidad de la mujer hasta el punto de matarla?

El paquete contenía también unas braguitas muy sensuales y muy transparentes. La delicada ligereza de los tejidos, seguramente, hacía honor a los precios disparatados de la tienda, al alcance de pocos.

Sintió que había encontrado algo interesante. Lo volvió a meter en el papel y lo dejó en el cajón.

Pero su inspección no había acabado. Regresó a la escena del crimen.

Algo allí no le cuadraba.

La botella de Cèsarus.

Era una coincidencia que, después de lo que había sucedido, estuviera allí esa botella.

¿Por qué?

Y Gildo pensó también, con tanto *champagne* en la nevera, a mediodía, casi de mañana, ¿por qué se estaba bebiendo una botella de vino tinto?

Un vino tinto es más de almuerzo o aperitivo, para cenar.

Pero ¿para justo después del desayuno? ¿Brindó por algo? ¿Ese vino era un símbolo o era una alcohólica?

Buscó por todo el piso más botellas, y no había más.

Solo una de Cèsarus, de Villa der Colli. Le extrañó.

Regresó a la zona del crimen, pero antes cogió del estante de la cocina una copa, parecida a la destrozada sobre la alfombra en mil pedazos.

Aparte de esa consideración, de qué beber, había otra. Miró la copa vacía y la que estaba en el suelo.

Tenía un tallo largo y el cáliz era más pequeño de lo normal.

Desde hacía años, la típica copa era grande, abierta, cabía perfectamente casi un tercio de una botella.

Pero esa era más pequeña. Una de las viejas, incluso se atrevió a pensar que era de los años noventa. Esas copas podías ser de inquilinos anteriores.

Y eran caras. Las marcas en la base delataban valor, de una marca austríaca.

La miró agachado. Su vista pasó por medio de los cristales abombados del cáliz, que distorsionaban la vista.

Y allí nació la idea, la hipótesis.

La cantidad de líquido esparcida por la alfombra no coincidía con la capacidad de esa copa.

Eso quería decir que la escena del delito era un teatrillo, una puesta en escena.

Miró el reloj y se dio cuenta de que tenía que marcharse. Había quedado con el periodista y no llegaría puntual.

Buscó una bolsa y metió el regalo de *lingerie*. Salió y bajó las escaleras.

En ese momento, en la calle, llegaba la furgoneta para transportar a la morgue el cadáver.

Caminó hasta la Vespa. Al fondo, contenidos por la cinta policial, había una batería de periodistas y fotógrafos. La noticia ya era pública.

Ahora necesitaba saber por el periodista todos los intríngulis y la información no oficial de la concejala para resolver esa enmarañada situación.

Arrancó la Vespa y se fue a ver a Aurelio.

12

El sitio de siempre había cambiado.

Al principio, Gildo Falcone y Aurelio Ricci se encontraban en un callejón.

El investigador chef aprovechaba la zona donde aparcaba la Vespa cerca de su quiosco de bocadillos *gourmet*, el Porco Miseria, para encontrarse con él.

Luego, cambiaron y el policía lo visitaba. Pero eso también era demasiado peligroso. Después de la afrenta con el juez y el alcalde, podían pillarlos. Así que decidieron cambiar de lugar.

Gildo eligió uno más discreto, una plaza poco conocida. Un emplazamiento sin turistas que no aparecía en las típicas rutas que uno no podía perderse.

Era el Largo dei Librari. O lago de los libreros. Que, en definitiva, era una plaza delante de una iglesia, Santa Barbara dei Librai.

Una minúscula plaza empedrada con forma de callejón sin salida. Al lado opuesto de la entrada, se ubicaba la pequeña iglesia que dominaba el espacio. Pequeña, solemne, como una miniatura de San Pietro. A su alrededor, tiendas de libros, una cafetería y una pizzería.

Gildo solía aparcar la Vespa justo en la entrada. Caminaba en dirección a la iglesia y se sentaba en una mesa del fondo de la pizzería al corte. Tomaba una birra fría de la nevera y esperaba al periodista.

Solía llegar puntual, pero Gildo le ganaba. El tiempo que se quedaba sentado declinaba pantallas, solo miraba el cielo y los estrechos y señoriales edificios que tapizaban la plaza.

—Llegas tarde —espetó Gildo.

—Falta un minuto para las siete, ¿Cuántas cervezas te has bebido?

Gildo sonrió, era solo para hacerlo enfadar.

—¿Qué quieres tomar?

—Nada, me voy enseguida.

—No sabía que te habías comprado un monopatín eléctrico.

—Esto es una maravilla. Si no fuera por el casco, luces y seguro, sería mejor.

—El tiempo en que esta ciudad era un *western* de los patines eléctricos ya pasó.

—Como peatón se agradece —respondió Aurelio.

No había día que fuera vestido diferente. Siempre llevaba traje azul con camisa blanca, engominado y afeitado.

—¿Nunca te has planteado cambiar de camisa?

El periodista se miró la que llevaba puesta.

—¿Está sucia? Me la cambio cada día.

—Me refiero a una colorida... —dijo Gildo, indicando la suya, alegre y llamativa—. Seguro que lo que tienes en tu nevera es tan soso como el surtido de ropa que tienes en tu armario.

El periodista se arregló la americana.

—No hemos venido para hablar de mi guardarropa.

—En fin, ¿qué me cuentas?

El chico le pasó una carpeta.

—Te lo hubiera enviado por *mail* o con un *pen* USB, pero eres tan paranoico que casi no te soporto.

—Claro que me soportas. *Chi disprezza, compra* —dijo con acento típico romano.

—Guárdate la carpeta, ya la mirarás. Tu amiga viene de un pueblecito de Cerdeña. No tiene pasado, aparentemente. Un día, apareció en las listas de Il Partito della Mozzarella y desde allí, hasta arriba. Fue designada por Giuseppe Cavalletta como sucesora del partido y hubiera llegado a ser alcaldesa de Roma en las próximas elecciones —dijo, y esperó unos instantes antes de seguir—. Pero alguien o no quiso o estaba bastante en contra.

—Estaba lo suficientemente en contra como para matarla, está claro. Pero no estoy seguro aún del móvil del crimen. Es más complejo de lo que parece. ¿Qué más?

—Esta mujer tenía un pasado de amores y exnovios que han ido subiendo de listón. Desde famosillos a cantantes y actores. Hasta que se convirtió en

concejala y ya no tuvo.

—No, porque prefería las plurivisitas semanales. Luego te explico, sigue.

—De acuerdo, lo más importante es lo siguiente: tiene varias causas abiertas contra su persona.

—¿Qué quieres decir?

—Pues particulares y empresas se han querellado contra ella en el Tribunal de lo Penal de Roma.

Gildo silbó.

—Bueno, ahora se han quedado sin imputada.

—Desde luego. Pero las causas seguirán.

—¿Sobre qué se querellaban?

—¿Adivina? —preguntó el periodista mientras el otro negaba—. Concesión de permisos de obras para construcción de edificios esperpénticos. Como el centro comercial en la campiña de Roma, en...

—En los viñedos de la Villa der Colli.

—Exacto.

—Así que a alguien no le ha gustado algo y, ya que en Italia la justicia es más lenta que fermentar un *panettone*, ha preferido tomársela por su cuenta.

—Menuda pieza nuestra amiga —afirmó el periodista—. Ahora tú.

Gildo dio un trago a la cerveza y pensó justo el tiempo de ordenar las ideas. Le explicó lo que habían encontrado en el apartamento y le resumió las ideas que había sacado de las reuniones con el conserje y con la señora Golfoni.

—Ya veo el titular: «Droga, sexo y permisos urbanísticos» —dijo el periodista con un movimiento en el aire de la mano delante de Gildo.

El investigador chef lo miró con cara asesina.

—Tranquilo, era una idea.

—No te lances, esto no lo sabes.

—Pero es una bomba contra Il Partito della Mozzarella. ¡Tú no sabes cuánto hace que pedíamos a gritos un caso así para publicarlo en primera página!

13

A la mañana siguiente, hacía frío.

Gildo tuvo que ponerse guantes para desplazarse en Vespa. Precisamente, en esas mañanas, eran las únicas veces que echaba de menos un coche. Conducir su moto en medio del tráfico y con temperatura gélida era lo peor. Sin embargo, eran pocos días al año. Era soportable con guantes, una bufanda y una parka. Debajo, la camisa coloreada no fallaba.

Roma cambiaba colores y olores con el frío. Las personas recién duchadas y perfumadas que iban en coche no podían percatarse. Encerrados en sus coches, fumando o con el filtro de la calefacción, se perdían esos matices de la vida, de su ciudad, de la *città eterna*.

Gildo pasó al lado de un todoterreno negro grande. Uno de esos que están de moda ahora. Dentro del vehículo, un hombre con sobrepeso fumaba. Lo miró con desprecio desde lo alto de su asiento, observó al motorista de la misma manera que lo hubiera hecho Nerón a un esclavo o a una esclava.

Un segundo o incluso menos, un instante, fue el tiempo que cruzaron la mirada. Pero al policía le recorrió un escalofrío y no fue el frío el que lo provocó. Ese hombre no le gustó, no sabía quién era y lo más seguro fuera que tampoco lo supiera nunca.

Lo adelantó en medio del tráfico y se detuvo a esperar a que el semáforo se pusiera en verde. Lo que sí sintió sobre ese hombre fue que podía ser el prototipo de persona que compra ropa íntima en tiendas como Corona Lingerie. La *boutique* a la que se estaba dirigiendo precisamente en ese momento.

Había encontrado en casa de la difunta un paquete aún cerrado con una nota. Escondido en un cajón junto a otros completos de ropa interior fina.

Escondido, oculto en el fondo de la mesita. Para que no se viera, para que no se encontrara.

¿Por qué Virginia no lo había abierto?

¿Por qué lo habría escondido en ese lugar?

Gildo estaba convencido de que habría conseguido descifrar ese rebuscado rebús amoroso. Un amante, un novio, un admirador.

Algo no tenía que haberle gustado a Virginia de ese paquete, la relación con el hombre, con el tal Peppe. O quizá quería devolverlo. Pero uno abre el regalo cuando se lo dan. Aunque sepas qué es, porque por el papel, el peso y la forma se intuye. Sobre todo, si te han regalado más, y aquel cajón estaba lleno de prendas de esa tienda y parecidas.

Via Bocca di Leone. Una calle de moda y con las tiendas de más tendencia. Donde tanto los romanos como los turistas se dirigían a comprar prendas de alta costura o bolsos de firmas internacionales.

Una calle trasversal a Piazza di Spagna.

Circulaba por Via di Propaganda y, reduciendo la velocidad, entró en la plaza.

A esa hora, solo había los primeros turistas madrugadores y los empleados que, con cafés en la mano, se dirigían a sus puestos de trabajo.

Avanzó pasando al lado de la gloriosa e histórica escalinata con la iglesia Trinità del Monti en el fondo. A pesar de conocerla bien, Gildo siempre lanzaba una ojeada, una vista fugaz para verla, como respeto, como admiración.

Luego, lo mismo con la Fontana del Bernini.

Una vez cruzada la plaza, entró por Via delle Carrozze hasta el cruce con Bocca di Leone.

Allí estaba la tienda que buscaba.

Aparcó la Vespa y, antes de entrar, echó un vistazo al escaparate. Maniqués de plástico transparente con completos juegos de ropa interior. Tradicionales, atrevidos, sexis. De todos los colores y formas, pero no para todos los bolsillos.

Empujó la puerta de cristal, que anunció la entrada de un cliente. Enseguida la mirada feroz de los dependientes se desplazó hacia su persona. Las miradas de esos empleados primero fueron de expectativa, luego, de asombro y, finalmente, de desprecio.

¿Qué hacía en esa tienda un hortera así?

Después de unos instantes, se acercó a una parte más pequeña y privada, el *privée*. El paquete del cajón de Virginia indicaba que había sido comprado en esa sección.

Allí se encontraba un chico detrás del mostrador. Su expresión no necesitaba añadir palabras. Era como si hubiese entrado en una tienda de perfumes un perro de pelo largo un día de lluvia.

—*Buongiorno* —saludó una vez llegó hasta él.

El chico, con rasgos marcados y mirada penetrante, no le contestó.

—Quería preguntar sobre vuestra *lingerie*, ¿cómo funciona? —preguntó Gildo.

El hombre torció la boca y no pudo evitar disimular el dolor de ojos que le causaba la camisa del policía: una de islas con palmeras verde fosforito sobre un mar azul.

—¿Tiene usted cita?

—¿Cómo?

—Para el *privée* se necesita cita; si no, tiene que venir otro día. O ir a la tienda convencional.

—No. No tengo.

El chico movió despacio la cabeza con una expresión de satisfacción.

—Mis compañeros estarán encantados de atenderle —añadió, indicando con el dedo la zona de la entrada.

—No, yo necesito hablar con usted, con el dependiente del *privée* —insistió el investigador, sacando el paquete que había encontrado en casa de la concejala.

—¿Qué es eso?

—Algo en lo que me tiene que ayudar —indicó Gildo, y seguido desenganchó su placa de los pantalones y la apoyó en el mostrador—. Y esta es mi cita, ¿le sirve? —El muchacho tragó saliva ruidosamente—. Bien, ahora necesito que me ayude.

El dependiente no habló, pero sí que lo miró con un cierto recelo.

—¿Quién compró este conjunto y para quién era? —preguntó Gildo.

Lo primero era para intentar desenmascarar al hombre que había hecho el regalo; lo segundo, para confirmar si era para ella o era una pista falsa.

—No se puede.

—¿Qué quiere decir?

—No podemos dar esa información. Desde la central... —dijo, y se interrumpió por un manotazo de Gildo en la mesa.

—Venga ya, déjate de tonterías y enciende el ordenador. Comienza a colaborar.

—Pero...

—*Pero un bel cavolo di niente, porca miseria.* ¿Crees que tengo todo el día?

—La política de la empresa exige privacidad para nuestros clientes.

—Mira, chaval, tienes dos opciones: o te espabilas y colaboras, o vengo con una orden judicial y varias patrullas y nos quedamos aquí un día entero con las luces azules puestas y os hundimos las ventas. No me hagas perder el tiempo.

El chico, que iba con una camisa blanca abrochada hasta el último botón y con un traje negro impoluto, apretó la mandíbula.

—Venga, no tengo todo el día.

El dependiente miró a su alrededor y, al cerciorarse de que ninguno de sus compañeros de la tienda lo veía, cogió el paquete y lo abrió ante la sonrisa del policía.

Sacó las braguitas y miró la etiqueta. Sacó una *tablet*, introdujo un código que aparecía en ella y buscó en la base de datos.

—Hace dos meses que se realizó este encargo.

—¿Quién?

El chico resopló.

—El señor... Esto es privado y confidencial.

—Lo que es confidencial es que esto es una prueba de una investigación por asesinato y si no me ayudas, se lo voy a dar a la prensa; no creo que ayude mucho a vuestra privacidad y confidencialidad —amenazó, y luego le hizo un gesto con la cabeza.

—Giuseppe Cavalletta.

Gildo levantó las cejas. Ese nombre había salido en la conversación con Aurelio. El jefe de Virginia. El fundador de Il Partito della Mozzarella.

—Vaya, vaya con Peppe —dijo Gildo, señalando la nota que estaba en el paquete—. Gracias. ¿Ahora puedes confirmarme para quién era?

—Imposible.

—Chaval...

—¡Imposible! —afirmó con más autoridad.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no sabemos para quién es nuestra maravillosa *lingerie*.

Solo tenemos referencias.

—¿Puedo verlas?

El chico suspiró y giró la *tablet*.

En la parte superior, se leía el nombre del cliente, Giuseppe Cavalletta. Gildo pensó que, siendo una persona pública y famosa, dejar allí su nombre real era algo estúpido y poco previsor. Pero eso no fue lo que le sorprendió del todo a Gildo, sino otra cosa.

—Uno, dos, tres, cuatro y cinco. ¿Qué son?

—Son las referencias de medidas que tenemos para este señor.

—No lo entiendo —mintió Gildo, lo había pillado, pero quería que se lo confirmara el empleado.

—El cliente tiene dos opciones, estándar —dijo, indicando la tienda por donde había entrado Gildo—, o *privée*, a medida. El cliente que prefiere *lingerie* sobre medidas recibe un trato diferente. Elige un modelo, un color, el tejido y, por último, las medidas que previamente nos ha proporcionado.

—Sigue.

—Entonces, nos dice este modelo en color rojo para esta referencia.

—Es decir, que cada referencia es una mujer.

—Puede ser —afirmó el chico sin meterse en ese jardín.

Gildo sonrió, eso era muy interesante, había encontrado una prueba irrefutable de que ese hombre público y político tenía una mujer y varias amantes, concubinas, amigas o cómo diablos uno quisiera nombrarlas.

—*Bene*, ¿entonces, cuál es la referencia de esta mujer? —preguntó el policía.

—No sabemos quiénes son. Tenemos el anonimato en las medidas. Este precioso conjunto está hecho para la referencia V —afirmó mientras la indicaba—. Es lo que puedo proporcionarle, agente.

—Inspector, por favor, inspector Falcone —puntualizó Gildo.

—Inspector. Son las medidas de la mujer, es la única información que tenemos y que le puedo dar.

Gildo sonrió y pidió que se las apuntara en un papel. Además de la V, estaban la C y la T por encima, y la B y la R por debajo.

Se le ocurrió una idea. Esa información se había convertido en valiosísima para seguir con la investigación.

Esa mañana estaba comiendo patatas fritas.

Carmelo Zanatta, el forense del instituto de Medicina Legal de Roma, también conocido como Carmè, se estaba chupando los dedos. A Gildo, la imagen le estaba revolviendo el estómago. Considerando que con esas manos realizaba autopsias, manipulaba entrañas y tejidos humanos cadavéricos y luego comía patatas fritas, era asqueroso. Eran de esas que vendían con sabor a queso en un paquete amarillo con un rayo en el medio. Ese paquete de plástico era el único golpe de color de la morgue.

A cada patata, los dedos se le quedaban impregnados de un polvo anaranjado.

Una vez chupados los dedos, giraba la página del informe de la autopsia, quedando sus huellas amarillas en los folios.

Gildo se acercó y lo comparó con la foto de algún fotógrafo de cultura pop americana: folios blancos con huellas amarillas en una morgue. Estilo Warlow o David Bacon, pensó Gildo.

—¿Lo has hecho adrede esto de tus dedazos en los informes? —preguntó el inspector, indicando las huellas.

—¿Qué dices, Gi? —preguntó, desviando el tema—. ¡Céntrate!

El forense era un hombre con poco sentido del humor y lo peor era que, en el fondo, no le gustaba el inspector.

Para Gildo, el cariño era recíproco. Carmelo divagaba, le explicaba detalles macabros e inútiles y, a veces, temas que no venían a cuento para la investigación.

—Carmè, venga, que no tengo todo el día.

El forense se aclaró la voz y cambió de tono.

—En fin..., la mujer llevaba un DIU.

—¿Un DIU?

—Sí, esos hierros infernales que las mujeres se colocan en el útero para no quedarse embarazadas.

—¿Crees que le iba la marcha? —añadió Gildo.

—Eso es cosa tuya. Yo te doy solo las evidencias.

—¿Había mantenido relaciones sexuales recientemente?

—Podría confirmarte casi con exactitud que la noche anterior tuvo mucha marcha —afirmó, indicando las fotos del pubis de la mujer—. ¿Ves?, aquí hay evidencias...

—Da igual, Carmè, confío en tus deducciones —dijo, apartando la vista de la secuencia de instantáneas—. ¿Qué más puedes decirme?

—Ningún tatuaje, ningún *piercing*. Otros signos evidentes, solo una cesárea.

Gildo arrugó el ceño.

—¿Cesárea?

—Sí, esta mujer ha tenido un hijo.

—Que sepamos, no tenía.

—Pues aquí hay una cicatriz inequívoca.

—Ya. ¿Qué más?

—En principio, nada más.

Gildo se dio la vuelta y se apoyó en la mesa.

—Bueno, ¿pero de qué ha muerto esta mujer?

—A Gi, ¿qué relación tenía esta mujer con la familia Pappalardo?

El forense se reclinó en la silla, mirándolo mientras iba comiendo sus patatas fritas.

—Pues firmó un permiso para que los viñedos de la bodega se convirtieran en un centro comercial.

—¡No me jodas! ¿En serio?

—Carmè, ¿crees que vengo a aquí a perder el tiempo?

—*Porca miseria!* ¿Los del Cèsarus? —preguntó, asombrado.

—Carmè, ¿por qué me lo has preguntado?

—Porque esta mujer ha sido envenenada con el mismo veneno que el patriarca.

Gildo se levantó de repente, le costó entender lo que le había dicho. Enseguida se planteó si lo había entendido bien. Pensó que no podía ser.

—¿Cómo dices?

—Sí, sí. Inequívoco —reiteró, y, después de mirarse las yemas de los dedos, que eran ya del color de los fritos, se las chupó—. Es el mismo veneno. Exactamente el mismo.

—*¡Porca miseria!* ¿Estás seguro de que ha muerto por eso?

—Sin sombra de duda, ¡a Gi! ¿Por quién me tomas?

—A veces das un margen o alguna duda.

—Bueno, pues con este no. Mismo veneno.

Gildo se cruzó de brazos y luego apoyó su mano en la barbilla. Era raro, pero no del todo. Cuando se juega con fuego, uno se quema. Y si se explotan petardos, uno puede perder una mano. Virginia perdió algo más.

—¿Entonces, el vino de la botella también llevaba el mismo veneno?

Carmelo miró el fondo del paquete de patatas y, al ver que estaba vacío, lo tiró a la papelera. Luego, tiró de un cajón de su mesa y sacó otro. Lo abrió y empezó a comer.

Gildo miró el reloj.

—¿A media mañana te comes dos paquetes de esos? —espetó, sorprendido.

—Están buenísimos —dijo mientras se chupaba de nuevo los dedos—. ¿Quieres?

El otro sonrió e hizo un gesto con la mano, rechazando el ofrecimiento.

—Yo como eso y me estropea la comida.

El forense miró el reloj y bufó.

—De aquí a la hora de comer me puedo haber comido perfectamente tres de estos paquetes y aún tendré hambre —afirmó, orgulloso, el forense.

«Tal y como comes de todo, no me extraña que estés como estás», pensó Gildo, contemplando la circunferencia del hombre.

—En fin, Carmè. El vino de la botella tenía veneno, ¿no?

—No.

—¿Cómo que no?

—Pues no. Ni en las pruebas que la científica ha recogido del suelo. Solo en el cadáver.

—Puede que haya contaminado solo el vaso —susurró Gildo.

—O eliminara la botella.

—Ya. Tendré que estudiar el informe de la científica —dijo, y fue a coger el documento, pero descartó tocarlo—. ¿Me lo podrías enviar por *mail*?

—¿No lo prefieres impreso? Es para ti, yo no hago nada con esto.

Gildo, al recordar los folios con los dedazos del forense con sabor a queso, prefirió no cogerlo. Él, que era más de papel y poco de ordenador, prefirió el formato electrónico.

—Prefiero vía *mail*, Carmè —confirmó mientras se iba por la puerta.

—Vale. Entonces te lo mando —dijo mientras reía de forma malévola, viéndolo marcharse.

Gildo miraba pasar a las universitarias.

Algunas, las que le llamaban la atención, caminaban altivas mirando al policía sobre la Vespa, con la nariz hacia arriba. Llevaban carpetas o mochilas y zapatos de tacón. La Facultad de Medicina era un desfile de mujeres atractivas y con estilo.

Si no fuera por Carmelo, ese cerdo bípedo, ir a ese lugar sería un regalo.

También había hombres que paseaban, pero esos, a Gildo, no le interesaban.

La visión de tanta belleza chocaba con el horroroso edificio de cemento y ladrillos oscuros de estilo arquitectónico de mitad del siglo pasado.

En medio del desfile, que solo se podía contemplar en horas puntuales, como la entrada a clases, al finalizar o en el cambio de hora, pensó que alguna de esas chicas podría llevar la misma ropa interior que Virginia: Corona Lingerie.

Ir y venir. Entrar y salir. Una más hermosa que otra. Al cabo de un buen rato, sacó del bolsillo el móvil e introdujo la dirección del administrador de fincas del Palazzo Cisterna.

Enganchó el móvil en el manillar de la Vespa roja y arrancó el viejo motor. Se colocó el casco y se dirigió hacia la inmobiliaria.

El móvil lo llevaba de nuevo al centro de la capital. Mientras serpenteaba entre los coches, pensaba en las pistas que había recopilado.

Virginia Ruota había sido madre o, por lo menos, había tenido un hijo.

¿Dónde estaba el hijo?

Si lo encontraba, ¿debería informarlo de que su madre estaba muerta?

Murió a causa del mismo veneno que el señor Pappalardo de Villa der Colli.

«Extraño, muy extraño. ¿Coincidencia? —pensó mientras cruzaba un puente que conectaba con el otro lado del Tevere—. En un asesinato, nada es una casualidad».

Y lo más extraño: el vino de la botella no contenía veneno.

Lo que sí tenía claro era que la señorita Virginia Ruota recibía ciertos regalos íntimos y, seguramente, con segundas intenciones de parte del jefe de Il Partito della Mozzarella.

Quizá tendría que hacer una visita al señor que había escrito en la tarjeta de regalo: «Da Peppe».

Aparcó delante de la inmobiliaria.

Se quitó el casco y lo dejó enganchado al manillar. Fue a guardar el móvil y vio un mensaje de su madre: «Hoy no tardes, tengo una sorpresa para comer».

El mensaje le robó una sonrisa.

Guardó el móvil y se acercó al establecimiento.

Rossi & Loschi era el nombre que aparecía en el rótulo luminoso.

Dos paneles. Uno con fotos de pisos para alquilar y otro con pisos para vender. Los precios no eran para todos los bolsillos. En el interior, todo blanco menos por una foto de techo a suelo de dos hombres en traje, apoyados el uno en el otro por la espalda y que miraban a todo aquel que entraba.

Entendió que esos dos señores eran los propietarios. Uno era el tal Rossi, uno de los apellidos más comunes de Italia. Y el otro era Loschi, un apellido que significaba oscuro, turbio.

Se dio la vuelta y, en la acera, justo delante, había un Bentley Continental y un Mercedes. Los dos descapotables. Dos coches muy exclusivos pero ya pasados de tecnología y de un valor que, comprados de segunda mano, no tenían nada que ver con el valor original. Los típicos coches para aparentar y dar un aire de exclusividad.

Empujó la puerta de entrada y enseguida apareció la cabeza de una mujer detrás de un mostrador.

—*Buongiorno* —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Gildo no dijo nada hasta llegar delante del mostrador.

—Buenos días. Quisiera saber quién es el propietario de una propiedad que gestionan aquí —dijo mientras buscaba en los bolsillos.

—Lo siento, pero es una información sensible y no podemos desvelarla —replicó la chica con una sonrisa brillante.

—A ver dónde lo he puesto. Creo que lo he perdido —dijo, dejando en el mostrador el móvil, las llaves de la Vespa y una nota de la compra—. Esto no es, esto es la nota de los productos que faltan en el Porco Miseria. Si no lo compro, Ornella se enfada y no hay quien la aguante. Bueno, tiene razón, sí. Tiene razón. Si voy al *food truck* y no llevo las cosas que se necesitan, no podemos servir bocadillos. ¿Usted come bocadillos?

—No —respondió mientras lo estudiaba con cautela por la situación embarazosa.

Gildo sacó también las llaves de casa, un mechero que no sabía ni por qué lo tenía, una ramita de jengibre que, al verla, miró el reloj y pensó que ya era hora de comerla, y se la puso en la boca.

—¿Quiere un poco? —ofreció a la mujer.

—¿Qué es lo que está buscando?

Gildo subió las cejas y se encogió de hombros. Luego, dejó la placa de policía junto al montón de objetos y la expresión de la chica cambió radicalmente, captando su atención y sorprendiéndose. Entonces la mujer hizo un movimiento y apretó un botón.

—La dirección del apartamento... —dijo, y se dio con la mano contra la frente—. ¡Qué tonto! Palazzo Cisterna. ¿Cómo se puede olvidar uno de ese nombre? ¡Palazzo Cisterna, sí!

La mujer lo miraba con una sonrisa circunstancial hasta que del otro lado del local se abrió una puerta y se acercaron unos pasos. Venían de unos zapatos de cuero. Rápidos y directos, casi corriendo.

Gildo, al escucharlos, se giró. Era uno de los dos de la foto de la entrada.

En un suspiro llegó hasta él con la mano tendida para apretarla.

Gildo se sacó el jengibre con la mano izquierda y fue estrechársela.

—Rossi, de Rossi y Loschi. ¿En qué podemos ayudarle? *Grazie*, María, ya me ocupo yo del caballero. ¿Quiere acercarse a mi despacho y dejamos libre el mostrador para otro cliente? Sabe, estamos hasta arriba de trabajo y no quisiera entorpecer la dinámica inquebrantable de mi equipo. Me entiende, ¿verdad? —dijo con una velocidad dialéctica parecida a la de una metralleta—. Venga, acompáñeme.

Gildo fue recogiendo las cosas del mostrador mientras miraba a su alrededor. La verdad era que no había nadie más en el local. Así que no era por trabajo, sino por imagen o por alguna otra cuestión.

—¿En qué puedo ayudarle? He oído el Palazzo Cisterna. Maravilloso. ¿Qué necesita saber de ese lugar? —dijo mientras cerraba el despacho y le indicaba que se sentara en una de las sillas, blancas como el resto de la decoración.

—Verá, necesitaría saber... —comenzó, y lo interrumpió el dueño.

—Por cierto, ¿quiere tomar algo? No sé, agua, un café, un refresco de cola, una copa de vino... —dijo, y le guiñó el ojo—. Una copa de *champagne*, ¿eh? —afirmó, como si fuera algo que ya daba por hecho; apretó un botón de su teléfono y levantó el auricular—. María, dos copas de *champagne*. —Al escuchar la respuesta de la mujer, sufrió un golpe de tos y contestó sonriendo—. ¡No, ese no! El otro, el de los alquileres. —Colgó y lo miró con la misma sonrisa—. Me decía, agente...

—Inspector, inspector Gildo Falcone. Quiero saber quién es el propietario del ático del Palazzo Cisterna.

El hombre deglutió.

—Ya.

—¿Entonces? —preguntó Gildo.

—Bueno, la verdad es que es complicado.

—¿Complicado? —preguntó Gildo, y en ese momento se abrió la puerta.

Entró la secretaria con dos copas de *champagne*. Dejó una en la mesa del lado de Gildo y la otra se la dio en mano al señor Rossi. Los dos se miraron efusivamente con complicidad. La mujer era alta, sentada detrás del mostrador no daba esa impresión. Llevaba un traje con falda ceñido, muy ceñido, casi demasiado. Se fue coleteando y lanzó una última mirada al hombre.

—¿Brindamos? —preguntó Rossi.

Gildo arrugó el ceño y le siguió el juego levantando la copa.

—¿Por qué brindamos?

—Por Roma y su intachable y excepcional policía —dijo, y tintinearón las copas.

Gildo dio un sorbo muy pequeño, pero solo con notar el sabor en los labios ya tuvo suficiente.

—Gracias —respondió, y dejó esa pócima barata en la mesa, mientras que del líquido de color y sabor a orina emergían burbujas como si tuviera una aspirina dentro—. El ático, necesito saber quién es el propietario.

—No se lo va a creer, pero ese ático no es de nadie.

—Tiene usted razón. No me lo creo.

—Arreglado —dijo mientras daba una palmada en el aire.

Gildo se lo quedó mirando con expectación.

—¿En serio?

—No es de nadie.

—No me haga perder el tiempo, señor Rossi.

—Le digo la verdad, no es de nadie.

—De alguien tiene que ser... y si usted lo gestiona, usted tiene que saberlo —insistió, y miró el reloj—. Mire, tengo un problema

—Si le puedo ayudar...

—No, bueno, sí. Tengo que estar en cinco minutos en la silla de mi Vespa y estar en veinticinco en casa de mi madre. Si no llego, se va a poner como una furia. Porque ya sabe qué pasa cuando cocina la *mamma* y llegas tarde a casa —gruñó, cruzando las manos—. Por lo tanto, déjese de rollos. ¿De quién es? Porque sé que la inquilina estaba de alquiler.

El hombre suspiró y tragó la otra mitad del *champagne*.

—Es del ayuntamiento.

—¿Perdón?

—Gestionamos un paquete de inmuebles del ayuntamiento. Ya sabe, herencias que no se pueden pagar, embargos, donaciones, etc. Roma tiene muchísimos apartamentos así. Y una de las inmobiliarias o gestor de fincas somos nosotros —dijo con orgullo, apuntándose con su propio índice.

—¿Y quién pagaba el alquiler?

—El mismo Departamento de Tesorería del Ayuntamiento.

—Es decir, que la señorita Ruota no pagaba alquiler.

—Cierto.

—Caray. ¿Y quién le dio la posibilidad de vivir allí? Porque entiendo que habrá pisos buenos, muy buenos y espectaculares.

—Y muy *premium* como ese, claro —confirmó el hombre.

—¿Entonces?

—No lo sé. Yo gestiono el patrimonio. A mí me dijeron que en ese inmueble iba a vivir una tal persona y punto.

—¿Cuándo fue?

—Pues me imagino que cuando empezó el mandato del alcalde.

Gildo puso los ojos en blanco.

—¿Y antes?

—¿Antes? Pues estuvo otra persona, pero no se lo puedo decir.

—¿Ya ha recibido el encargo de cuándo lo va a usar el próximo inquilino?

—No, esto no es tan rápido.

—Entiendo que el próximo concejal de urbanismo, ¿no?

El hombre dio una sonora carcajada a propósito del comentario de Gildo.

—¿Qué dice? ¿Ese apartamento? Solo a ciertas... —dijo el señor Rossi, y se aclaró la voz para proseguir— mujeres les dan ciertos pisos del ayuntamiento. El próximo cazurro que coja ese puesto se irá a un apartamento en zona Corviale.

Gildo asintió y miró el reloj.

—¿Quién le da el encargo? ¿El que asigna el puesto?

—No se lo puedo decir.

—Vale, daré cuenta al comisario y, en consecuencia, al juez. Pediré una orden judicial y volveré. No hay problema.

—Espere —recoló, y forzó una sonrisa, luego resopló—. Un tal Filippo Vaccì.

—*Grazie* —dijo, y se levantó—. En fin, si necesito algo, le llamaré. —Cogió una de las tarjetas de visita del escritorio—. La *mamma* me espera.

Gildo se dio la vuelta y fue hacia la puerta, giró la maneta y tiró.

—Agente.

—Inspector —respondió, girándose—. ¿Sí?

—Inspector, no se ha tomado el *champagne*.

—Claro, me lo acabaré el día que me ofrezca el bueno, el de los compradores, no el de los que alquilan. No ese meado de trol —dijo sonriendo, y finalmente salió del despacho del señor Rossi.

El apartamento olía a queso.

La casa de los ratones parecía. Un festín para los amantes del queso que se expandía desde la cocina.

Gildo guardó el jengibre que había ido mordiendo durante la mañana. Su barriga estaba quejándose desde antes de entrar en la inmobiliaria.

Se había olvidado lo que le había dicho su madre el día anterior, pero ella no.

Ese día, junto al olor a queso y a una botella de Cèsarus, sonaba una música diferente, nada de ópera, nada de música clásica, una canción de los años setenta: *Il Mio Canto Libero*, de Lucio Battisti.

Algo había cambiado.

—*Mamma*, ¿estás bien? —preguntó, asustado.

Ella se giró, no llevaba en la mano la copa de vino tinto, sino un cucharón con manchas de queso.

—Claro, ¿por qué?

Gildo se giró hacia el reproductor de LP.

—Nada de Pavarotti, nada de Mozart. ¿Qué pasa, *mamma*?

Ella volteó el cucharón en el aire.

—Hoy, cocina romana y música más ligera —respondió, y el hijo se acercó.

Las dos puertas de madera que daban al comedor estaban abiertas. Los azulejos color terracota resaltaban con las plantitas de albahaca y romero apoyadas en la encimera de granito claro. Habitualmente, estaban por fuera de la ventana, menos cuando las regaba, que lo hacía dentro. Al lado de los fuegos, un precioso ramillete de perejil sobresalía de un vaso transparente, como si fuera un conejo salido de la chistera de un mago.

La intensidad del olor a queso fue aumentando. Un olor fuerte, contundente, no un lácteo suave, sino uno con aromas potentes.

—¿Te acuerdas de que ayer hablamos de las salsas romanas? Pues te he hecho la primera, la que está en la base de nuestra cocina.

Gildo rio, ya había entendido de qué se trataba. No esperó la respuesta, se fue a la mesa a cogerse una copa y se vertió un par de dedos de vino.

—¿Por qué te has empeñado con esto?

Teresa Falcone le indicó que se acercara. Apuntó a la cocina.

—*Spaghetti* —dijo, señalando una olla donde abundante agua estaba hirviendo y dentro, unos espaguetis de un diámetro superior a los clásicos nadaban cociéndose—. Pimienta tostada. —Siguió indicando una sartén con tan solo pimienta a fuego lento para que se tostara y soltara todo su aroma—. No la que se compra en el supermercado, esta la he comprado en la herboristería. ¡*Pecorino romano*! —dijo mientras indicaba un bol lleno del queso rallado y, al lado, un trozo del mismo.

Gildo, en silencio, escuchó el pequeño *tour* gastronómico que la madre le estaba haciendo en la cocina.

—¿Qué te he dicho? —preguntó como si fuera una profesora preguntando al alumno si había entendido o estudiado.

—¡*Pecorino romano*! —repitió el hijo.

—Exacto. No *parmigiano reggiano*.

Gildo puso los ojos en blanco.

—¡Sí, *mamma*! —respondió como si fuera una frase estándar grabada en un disco.

Justo después dio un sorbo. La cruzada de la madre en convertir al hijo en un defensor del *pecorino romano* había comenzado.

A él no le molestaba del todo, pero la madre, tozuda como su abuela, se había empeñado en eso, como en muchos otros aspectos de la vida. Por lo que se alegraba Gildo era porque, por lo menos, eso no venía de la mujer del segundo piso, sino desde dentro de la familia. Por fin, la señora del segundo piso no estaba en la ecuación.

Aunque se alegró, era consciente de que eso podía durar menos que un parpadeo.

La madre dejó la copa de vino y probó la pasta. Faltaba poco para que estuviera al dente.

Se apresuró y echó en otro bol una buena cantidad de agua de la cocción para que no estuviera hirviendo. Luego, con cariño, echando cucharadas de esa agua en el bol del queso rallado finamente, lo comenzó a mezclar.

Agua caliente y queso, mezclando y mezclando, y, de repente, la magia. El polvo de queso se estaba transformando bajo los ojos de los Falcone en una crema. Continuó añadiendo más agua de la cocción hasta que se formó una salsa cremosa, homogénea y sin grumos.

—*Ecco*, la magia de la salsa está hecha —dijo Teresa con un cucharón que movía el queso fundido.

Gildo dejó la copa y aplaudió.

La madre apagó el fuego de los espaguetis y los vertió en el colador. Luego, los echó en la sartén con la pimienta caliente y enseguida vertió la salsa encima.

Esperó a que la pasta se fuera componiendo con los tres elementos y sirvió los platos.

Teresa le pasó el suyo a su hijo y le indicó que se sentara. Luego, cogió su propio plato y también se sentó enfrente de él.

—Come o se te van a enfriar. Los *spaghetti cacio e pepe* hay que comerlos calientes —indicó la madre.

Gildo obedeció, nunca se puede desobedecer a una *mamma*.

Cogió el tenedor y lo volteó para crear un pequeño nido de espaguetis. Lo acercó a la boca y lo primero que comenzó a disfrutar de ese manjar fue la nariz. Desprendía un maravilloso olor.

En la boca, el sabor explotó.

La textura cremosa chocaba con el contundente sabor a queso. El *pecorino romano* aportaba un sabor salado y ligeramente picante. Mientras, la pimienta le daba un toque cálido y especiado que sobresalía sin coger protagonismo, calibrado de forma magistral por las sabias manos de Teresa.

—Ummmm —expresó ella mientras masticaba la pasta y volteaba la mano en signo de apreciación—. Fantásticos. Esta es nuestra cocina. Un plato rústico pero sofisticado, típico de nuestra tradición romana.

—La verdad es que como los haces tú, *mamma*, no se comen en ningún lugar —añadió el hijo.

—Pregunta: ¿en algún momento he usado o he mencionado el queso *parmigiano reggiano*?

Gildo volvió a poner los ojos en blanco.

—No, *mamma* —respondió, molesto.

—Bien. Este es el primer paso. El próximo día haremos el siguiente paso: los *spaghetti alla grigia*.

Siguieron comiendo. En ese momento, Gildo retomó el caso. Desde el segundo bocado, el manjar dejó de ser importante. Las ideas, las pesquisas y sus suposiciones llenaron sus pensamientos.

Hasta que llegó al final del plato y se dio cuenta de dos cosas: su madre estaba hablando y él solo movía la cabeza asintiendo como si la estuviera escuchando. Y la segunda que, de esa obra de arte culinaria, solo había degustado el primer bocado, el resto lo había comido sin más. Si hubiera sido cartón, lo habría comido igualmente.

—¿Me has escuchado? —repitió la madre—. Deberías ir con cuidado con esa investigación —replicó la madre mientras le indicaba con la cabeza el televisor—. Según la del segundo piso, esa gente es peligrosa.

—¿Quién?

—Los que han matado a Virginia Ruota. Tienes que ir con cuidado.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Gildo, sorprendido, ya que no le había dicho a la madre que estaba en ese caso.

La madre volvió a indicar el televisor con la barbilla.

Gildo se giró y se dio cuenta de que en el telediario silenciado aparecía él en la calle de la víctima, Via Giulia, número 163, mirando por los edificios colindantes si había una posible cámara cerca.

—No deberías hacer esta investigación. Deberías decirle al comisario que te dé otra cosa.

Gildo procuró no reír, la *mamma* es algo serio.

—Claro, le diré que me mande a gestionar el tráfico delante de un colegio. ¿Crees que es suficiente tranquilo eso?

—Te estás burlando de tu propia madre, yo, que vigilo por mi hijo.

—No, en serio, es una buena idea —exclamó, y siguió enseguida—. No, escucha esta, mejor aún; le diré que me mande a dirigir el tráfico del Tevere. ¿Suficiente tranquilo?

—Tenías que haber seguido la carrera de chef y dejarte de tonterías.

—¿Tonterías?

—Que si investigaciones, que si muertos, que si pistolas. Ya tenías la carrera de chef y quisiste cambiar.

—No pienso discutir por enésima vez este asunto —dijo cortando la conversación, que podía empeorarse y estropear la comida.

Gildo prefirió desconectar de la conversación y dejar hablar a su madre. Ya estaba pensando a dónde iría al salir por la puerta. Necesitaba poner en orden las ideas, demasiadas cosas habían sucedido en tan solo dos días. Miró el fondo del plato vacío con rastros de salsa de queso y decidió regresar a la oficina. Necesitaba buscar, entender, antes de seguir con la muerte de la concejala Virginia Ruota.

Matar tiene un peso social específico.

Pero matar a un político tiene otro peso.

Cuando se trata de política, en Italia, la gente está dividida. Se puede encontrar una parte de la población que no está entristecida y que no tiene un sentimiento de pérdida social. En cambio, hay políticos con peso y con calado que, cuando desaparecen, dejan tristeza y un mundo peor. La muerte de Virginia no era del segundo grupo, sino del primero.

La desaparición de Virginia Ruota no despertó mucha tristeza, ni en el panorama político ni en el social.

Era un peón, un títere de un partido político a la deriva. Il Partito della Mozzarella, a pesar de estar en el gobierno de la capital, estaba ya en horas bajas.

En el monitor, Gildo podía ver cómo las encuestas lo dejaban fuera del ayuntamiento en las próximas elecciones. Un artículo de una web independiente afirmaba que estaban en las últimas.

Si era así, ¿por qué matar a una concejal que firmaba todo lo que quería no se sabía quién?

Virginia se acostaba con hombres, por amor, por amor al dinero o por amor al poder.

A Gildo le daban igual las tendencias sexuales y sus actividades.

¿Por qué la habían matado?

Esa era una pregunta que, posiblemente, sería de difícil respuesta.

Cerró la web de indiscreciones de la capital y entró en la del partido.

Aparecía una foto con un lazo negro, de luto. Luego, entró en una sección para ver a las personas que conformaban la cúpula del partido.

El primero era el fundador, el señor Cavalletta. Un hombre de cierta envergadura física y un rostro caracterizado por unos rizos grises como tirabuzones.

Gildo tocó la pantalla con la uña. Allí estaba el famoso Giuseppe Cavalletta: Peppe.

Fue bajando hasta encontrar la foto de Virginia. Estaba en blanco y negro, en signo de luto, supuso Gildo.

Se quedó mirándola y se dio cuenta de que era una mujer guapa, muy atractiva. No tenía que haber sido fácil escalar en el mundo político y superar los varios techos de cristal para una mujer así. O no, a lo mejor se equivocaba, por su habilidad en saber gestionar las cartas que la madre naturaleza le había repartido, había sabido ganar el pulso a la vida mejor que otras.

En definitiva, ella estaba muerta y en una funda en la morgue. Ahora tocaba averiguar qué había pasado.

Cerró la web del partido y entró en el *mail* para buscar el informe del forense. Lo abrió y por lo menos ese no tenía dedazos amarillos con olor a queso frito.

Comenzó a analizar lo que reportaba. Lo que le había dicho el forense ya se lo sabía, buscaba lo que no le había dicho, los detalles que se le había escapado explicar por estar entretenido comiendo guarradas industriales.

Una cuestión que no se había resuelto cuando salió de la morgue era cuándo había muerto la mujer.

El informe lo certificaba de dos maneras: la primera era que por la temperatura del cuerpo llevaba allí casi dos horas. La segunda era que, en su estómago, había comenzado la digestión. Estaba lleno de comida. No especificaba de qué, pero sí que era un indicio. ¿Podía ser importante analizar qué había comido?

Carmelo no lo había hecho, no lo consideró importante, pero que hubiese cenado en un McDonald's o en un restaurante de lujo cambiaba la investigación, sin duda.

Independientemente de lo que hubiera comido o dónde, había muerto por ingerir veneno disuelto en vino tinto. Eso era lo importante. Murió después de cenar.

Gildo levantó la mirada; en el departamento, los compañeros trabajaban cabizbajos en sus ordenadores.

Luca, alias el *Niño*. El joven inspector hablaba por teléfono. Siempre le llevaba café e intentaba ser gentil para que se lo llevara de nuevo con él en otras investigaciones.

Fabio, en cambio, el otro inspector, no estaba. Debía estar investigando *in situ* o en algún bar, esperando a que llegase el fin del día o el inicio de la jubilación.

Se rascó la barba y pensó en lo que le habían dicho el conserje y la señora Golfoni. Una persona entró de noche y, probablemente, otra por la mañana.

¿Eran la misma persona? ¿Para qué volvía? Y, sobre todo, si la mujer había muerto la noche anterior, ¿por qué la señora Golfoni había escuchado un ruido por la mañana y, en consecuencia, llamado a la policía?

Esas preguntas eran desde luego interesantes y al mismo tiempo inquietantes.

Abrió el informe de la científica.

Las decenas de fotos daban una visión completa del ático.

Un concejal no cobraba más del sueldo estipulado por la ordenanza municipal, pero sí podía hacer chanchullos ocultos, como el que había desenmascarado el inspector. Uno de esos era el apartamento. Para una chica como Virginia Ruota, que venía del sur de Italia, vivir en la capital en un lugar como ese era un bonus extraordinario.

Gildo no sabía lo que costaba alquilar un ático en esa localización con vistas al Tevere. Podía buscarlo en páginas web especializadas, pero tampoco era tan importante. Sí se quedaba con la idea de que vivir allí doblaba el sueldo oficial que cobraba la concejala.

Y ese razonamiento lo llevó a otra pregunta. ¿Cuántos más beneficios ocultos tenía esa mujer? ¿Y todos los demás funcionarios del partido?

Sacudió la cabeza, eran cosas demasiado grandes para él; era mejor seguir con la muerte de Virginia y no profundizar en nada más.

Siguió leyendo el informe.

Buscaba elementos de la escena del crimen que fueran importantes.

Pensaba en ciertos objetos que había y qué podían aportar. Pero, sobre todo, pensaba en los que no había, como, por ejemplo, el móvil de la víctima.

El informe hablaba de la botella de vino, en la que no aparecía ninguna huella.

«Curioso, interesante», pensó Gildo.

Una botella de vino era la superficie perfecta para encontrar huellas, siempre y cuando uno las dejara. Si las limpiaba, no. Pero si la botella no era esa...

El vino en la botella del Cèsarus no contenía veneno.

Así que a Gildo se le ocurrieron dos opciones.

La primera: el asesino había cambiado la botella y sustituido por otra sin veneno. Limpia de huellas y recién abierta. Vertió más líquido en el suelo, como si no fuera suficiente el que ya había en la alfombra.

La segunda: el veneno estaba en la copa y solo allí. Limpió huellas de la botella y se fue. No hacía falta ser inspector de policía para saber que las huellas estaban por todas partes. Con que tan solo mirases algún capítulo de CSI, ya lo sabías.

Pero esa no era la cuestión y Gildo lo había entendido. La cuestión central era la botella de vino, un Cèsarus. La relación entre el permiso que Virginia, concejala de urbanismo, había firmado para que una mafia pudiera construir un centro comercial en los terrenos del Villa der Colli. Un vino que se estaba repitiendo demasiado en su vida y en la actualidad de la ciudad.

¿Por qué ese vino y no otro?

Lo que podía ser, pensó Gildo, era que ese vino Cèsarus fuera un mensaje. Un maldito mensaje a la concejala. Te has lucrado y has muerto por ese acuerdo. Era plausible, cuantas más vueltas le daba, más creía que tenía sentido.

Luego, había otro tema que quedaba en el aire. La cantidad que cabía en esas viejas copas no justificaba la cantidad de vino esparcido por la alfombra.

Si era la segunda teoría, la botella era nueva y el asesino tenía que dejarla por la mitad. En caso contrario, se habría entendido que había sido descorchada en un segundo momento. Entonces, cogió la botella nueva y la vertió por la zona donde había caído la concejala. Disimulando, teatralizando la escena. Como en CSI, como en las películas de crímenes perfectos.

Sin embargo, Gildo sabía que la investigación de un asesinato era parecido a trabajar en la cocina.

El crimen, como una receta, revela la personalidad de quien lo ejecuta, y cada autor lo ve como su obra maestra.

Gildo se rascaba la barba; mientras reflexionaba, se había recostado en el respaldo de la silla. Era media tarde y con un poco de suerte encontraría a alguien en la sede del partido. Quería hablar con el presidente, el famoso Peppe, el que iba regalando a sus compañeras ropa interior a medida.

Miró por la ventana, Roma se estaba apagando con la lenta marcha del sol. Le gustaba mirar los techos y las terrazas con plantas de los patios internos de los edificios. Era como una meditación, dejar de pensar en lo importante y centrarse por pocos instantes en la realidad de los demás. Nada de informes criminales, sangre y reportes balísticos. Solo cotidianeidad, cosas pequeñas, fútiles. Un pájaro, una planta, el azul del cielo.

Suspiró y decidió bajar hacia su Vespa, era hora de seguir. La solución a la receta de ese crimen lo estaba esperando.

La forma más habitual de salir del despacho era de puntillas.

Si lo pillaba por banda el comisario, perdía como mínimo media hora.

Hay momentos en que el nivel de paciencia está arriba, como por la mañana. Pero cuanto más va avanzando el día, el nivel va bajando.

Por las tardes, se preguntaba por qué no había una cuerda atada a la ventana o un hueco con una barra como el de los bomberos para evitar pasar por delante del despacho del comisario. Sin embargo, ese día, el jefe no lo llamó.

Bajó las escaleras y se asomó a la puerta de Lillo. La vieja televisión aún con el tubo catódico emitía en una fría escala de grises un programa de *quiz*. El agente estaba embobado mirándola y, sin darse cuenta de nada más, hablaba a la pantalla.

—Seguro que el tío tiene un paquete con treinta mil euros. Sí, acepta, sí, no hagas el payaso. Cambia el paquete. No tienes nada, si tuvieras medio millón de euros, no te lo diría el notario... —decía Lillo.

Gildo cogió aliento y gritó imitando el tono del comisario:

—¡Agente! ¿Por qué no me contesta al teléfono?

El pobre Lillo dio un brinco en la silla y se giró sobresaltado.

—¡Dios mío! ¡*Porca miseria!* ¿Qué sucede? —gritó al girarse, buscando el mando para bajar el volumen del televisor.

Gildo estaba riendo mientras miraba sus movimientos desacompañados.

—A Gildo. Casi me da un infarto.

—¿Así trabajamos?

El agente interrumpió el audio del televisor y se giró jadeando.

—A inspector, es que me quiere muerto, ¿o qué?

—Venga, Lillo, una broma. No tienes sentido del humor —afirmó Gildo, levantando la mano y haciendo el gesto de la piña en el aire—. Por cierto, ¿está ocupado el comisario?

—¿El comisario?

—Sí.

—¿El comisario nuestro?

—¡Lillo! ¿Por cuál comisario quieres que te pregunte? ¿Por el comisario Gordon? ¿Crees que he quedado aquí con Batman para resolver un caso? —dijo Gildo con ironía—. Claro que el nuestro, ¿crees que me importa qué hacen los demás comisarios?

—Claro, Gi, por supuesto. Nuestro comisario, el doctor Esposito —respondió, asintiendo.

Se creó un silencio entre los dos mientras se miraban. El inspector esperaba que el otro respondiera y el agente no se sabía a qué esperaba.

—¡A Lillo!

—¿Qué?

—¿El comisario?

—¡Sí!

Gildo se pasó la mano por su rostro.

—¿Dónde está?

—Se ha ido, ¿por qué?

—Nada, Lillo. Parecemos dos besugos tomándonos un *spritz* en la barra de un bar —dijo con tono desesperado—. Nos vemos mañana.

—¿Tú también te vas?

Gildo no respondió, solo levantó la mano.

—El comisario también se ha ido pronto. Por si lo buscabas —gritó desde su garita mientras cogía de nuevo el mando a distancia y volvía a dar volumen al programa televisivo.

Salió de la comisaría y se dio cuenta de que la cafetería estaba cerrando. Extraño para esa hora.

Fue a la Vespa y se sentó. Cuando fue a meter la llave, una nota se lo impedía. La cogió y la miró.

«¿Un último *caffè*? Marzia», decía.

Sonrió y levantó la vista.

Bajó de la Vespa y entró en la cafetería. Ella estaba pasando el mocho por el local.

—Uf, perdona. He pisado el suelo.

—Tranquilo, tengo que dar otra mano.

Gildo, que aún sonreía, levantó la nota.

Ella, al verla, se encogió de hombros.

—¿Te apetece? Aún tengo la máquina encendida —preguntó mientras le hacía un guiño.

Gildo, sin decir nada, se acercó a la barra.

Ella dejó el mocho y se metió detrás del mostrador. Quitó el mango de la cafetera para limpiarlo y volverlo a cargar cuando él la interrumpió.

—Espera —dijo él, sorprendiéndola—. ¿Y si nos hacemos un mininegroni?

—¿Cómo?

Él suspiró mientras dejaba el casco en la barra.

—Ya sé que estoy de servicio, pero uno pequeño, mini.

—¿Un mininegroni? —preguntó, ensimismada, y él asintió—. Nunca me lo habían pedido.

—Me lo imagino, pero es que luego tengo que ir a un sitio y tampoco puedo llegar allí dando tumbos o apoyándome en la pared.

Marzia, a pesar de no decir nada más, demostraba que era una propuesta que del policía no se la esperaba.

Dejó el mango de la cafetera y eligió los dos vasos adecuados para el diminuto cóctel. Añadió hielo, los puso en la barra y los preparó.

Ginebra, Campari, Martini Rosso.

Sacudió la coctelera mirando directamente a los ojos del policía y vertió la mezcla encima del hielo. Añadió una rodaja de naranja y levantó uno.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Gildo después de coger el suyo.

—Pues por algo mini, coherente con este minicóctel, ¿no? —sugirió, y siguió para que no se le escapara la oportunidad—. ¿Por la próxima cena?

Él sonrió y añadió.

—Sí, pero sin incursiones de última hora...

—A viñedos con cadáveres.

Gildo rio y acercó su cóctel.

Ella hizo lo mismo y tintinearón los vasos.

Dieron un sorbo los dos mirándose a los ojos. Era manifiesto que la mujer estaba colada por el inspector. Se leía entre líneas, en sus actos, en su mirada. Pero los eventos no favorecían que se acabara de concretar esa relación.

Ella se pasó la lengua por los labios de forma sensual.

Él se acercó hacia ella a pesar de tener la barra del bar de por medio.

Ella hizo lo mismo, se acercó hacia el policía. Sus ojos no se habían despegado ni un segundo.

La morena respiraba con la boca, como si necesitara más oxígeno.

Cuando él ya podía saborear sus labios con aroma a Campari, la melodía de su teléfono rompió el momento.

«Vaya. Menudo desastre, justo ahora —pensó el policía y miró la pantalla—. Aurelio, vaya. Qué oportuno».

Suspiró.

—Tengo que contestar e irme —dijo, levantando el móvil.

La sonrisa de ella era agri dulce, casi circunstancial.

El policía dio un último trago del cóctel y dejó el vaso.

—¿Qué te debo? —dijo él.

Ella se pasó la mano por su pelo largo y moreno. Tan suave y fino que parecía la publicidad de un champú.

—Una cena.

—¿Cuándo?

Ella sonrió e indicó el teléfono.

—Contesta, que van a colgar. ¿Me escribes esta noche?

—Cuenta con ello —afirmó, y al darse la vuelta, descolgó la llamada—. Falcone.

—Tengo noticias interesantes, jugosas, para chuparse los bigotes —dijo el periodista.

—Pero si tú no tienes, vas más afeitado que el culo de un niño —respondió Gildo ya en la calle.

—No seas pejuguera. Ya me entiendes —replicó Aurelio.

—¿Cuándo nos vemos?

—Mañana, para desayunar.

—Donde siempre.

—Hecho, *ciao* —dijo el periodista y cuando iba a colgar, el otro lo interrumpió.

—Tu madre dice que es mejor que deje este caso.

El otro se rio.

—Mi madre mira demasiado la tele y se pierde en las redes sociales. Están llenas de *fake news*.

—¿Tú crees?

—No lo creo, ¡lo sé! Hoy en día, da más terror un telediario que una película de una adaptación de una novela de Stephen King.

Gildo rio.

—Nuestras madres debería apagar pantallas y comprar más el *Rome Tribune*.

—Te dejo, me voy a Via dei Salluzzi.

—¿Qué se te ha perdido allí?

—A ver si consigo hablar con el jefe.

—¿Con Cavalletta?

—Sí.

El periodista se rio y Gildo torció la boca mientras miraba la pantalla.

—Mañana me explicas —afirmó Aurelio.

Gildo colgó y arrancó la vieja Vespa roja. Esa risita malévola no le gustó, era un mensaje inequívoco que quería decir: ¡suerte!

Via dei Salluzzi.

Un local comercial adaptado para ubicar la sede de un partido. Un rótulo sencillo y un nombre: Il Partito della Mozzarella.

Visto desde fuera, podría ser una tomadura de pelo, pero no, existía un partido con ese nombre.

Gildo, sentado en la Vespa al otro lado de la calle, miraba el local, estudiándolo.

Se planteaba que incluso él podría fundar un partido: el Partido del Pomodoro, es decir, del tomate o de la pinsa romana. O mejor aún, del *pecorino romano*. Con ese nombre estaría muy contenta su madre. Una bandera color burdeos con una loba y Rómulo y Remo comiendo a cachos un trozo de queso.

Perfecto, pensó. El primer partido para la defensa de las recetas de la cocina romana.

Sacudió la cabeza el inspector, estaba delirando.

Lo atribuyó al negroni de Marzia, cargado y bebido rápidamente. O tal vez era debido a la absurdidad de ese nombre.

Inspiró hondo y dejó el casco en el manillar.

Cruzó la calle y tiró de la puerta. Estaba cerrada. Apretó el timbre y un chico lo miró. La cara del inspector no acabó de gustarle, por la reacción de su expresión, y con las manos le dijo que estaba cerrado.

Gildo, sin decir nada, siguió apretando el timbre.

El chico le movió el dedo negando. Le indicó que mirara el horario enganchado en la puerta.

Tenía razón, había pasado el tiempo de atención al público. Pero lo que no sabía era que quien llamaba no era uno del público, sino alguien de la policía.

El chico desapareció en una estancia.

Gildo volvió a insistir fastidiosamente con el timbre. El muchacho regresó. Se colocó del otro lado del cristal y con un gesto de brazo añadió:

—¡Basta! Te he dicho que está cerrado. Vuelve mañana —espetó con un tono de desaprobación y muy molesto.

Gildo sacó la placa y la puso delante del cristal.

El chico se encogió de hombros, haciéndose pequeño. Abrió la puerta con la llave y tosió.

—¿Sí? —preguntó con voz de corderito.

—Soy el inspector Gildo Falcone, tengo que hablar con Giuseppe Cavalletta.

—Está reunido.

—Si me dejas entrar, lo esperaré aquí.

El joven abrió la puerta del todo y lo dejó pasar.

—Está reunido, no creo que le pueda atender.

—Claro, lo entiendo. El señor Cavalletta tiene que estar muy ocupado. Una pregunta.

—¿Sí?

—¿Este local tiene una puerta trasera?

El chico pensó un segundo y miró a su alrededor.

—No.

—Es decir, en caso de incendio, ¿hay que salir por aquí?

—Sí.

—Bien. Entonces, me sentaré allí —afirmó Gildo mientras señalaba una silla—. En algún momento, el señor Cavalletta pasará por aquí. Dile que le espero. Antes o después, tendrá que irse a casa —dijo, y el policía se sentó—. Dile también que no tengo prisa.

El chico deglutió ruidosamente y se marchó.

Gildo mintió, prisa sí tenía, debía ir al Porco Miseria. Ese día había un concierto y, como no llegara al *food truck* a tiempo, Ornella se enfadaría y mucho.

Sacó una rama de jengibre y comenzó a mordisquearla con las piernas cruzadas mientras observaba la sede del partido que gobernaba en la capital de Italia.

De repente, se escuchó un ruido por el pasillo. Voces y pasos que se acercaban, y se asomó por la puerta la cara del hombre que buscaba. Era tal cual como aparecía en fotos y en la televisión.

Un hombretón con expresión permanente de prisa y de nervios. Con sobrepeso y una cabeza redonda llena de rizos grises que le colgaban.

El hombre, al verlo, se acercó veloz, como si estuviera perdiendo un avión. Un paso antes iba su mano extendida para estrecharla e irse lo antes posible.

—*Buona sera* —dijo a medio llegar.

Gildo esperó a que estuviera delante de él, se detuviera con la mano extendida y solo entonces se levantó. Se sacó el jengibre de la boca y le estrechó la mano.

—¿En qué puedo ayudarle...?

—Falcone, inspector Falcone —afirmó.

—Me imagino que viene por el tema de Virginia.

—Imagina bien.

—Es una desgracia.

—Lo es —confirmó sin perderse ni un detalle de su mirada—. Necesito hablar con usted —afirmó, señalándolo con la rama de jengibre y, justo después, se la metió en la boca.

—Claro —confirmó ante la sorpresa del policía—. Ahora estamos en medio de una moción de nuestro partido. Tiene que entender que después del suceso estamos reorganizando nuestros puestos y buscando un sustituto adecuado a Virginia. ¿Qué le parece la semana que viene? —preguntó mientras se giraba hacia el chico que le había abierto la puerta—. Dale una tarjeta de visita mía al inspector, la que tiene el número de mi secretaria —le pidió a él, y se giró hacia el policía.

—Espere, creo que no lo ha entendido. Necesito hablar con usted ahora. No la semana que viene —reafirmó.

—Imposible, le repito, tenemos un lío con todo esto —confirmó, dando un paso hacia atrás y cogiendo la tarjeta de la mano del chico. Luego se giró y fue a dársela a Gildo.

Cuando el señor Cavalletta se giró, Gildo tenía un papel en la mano de color rojo.

—No me hace falta la tarjeta, gracias. Ya la tengo —dijo, enseñándosela al político mientras la hacía voltear en sus manos.

Era el papel que estaba pegado en el paquete de ropa interior en el cajón de Virginia Ruota. El que ponía, por un lado, en rojo Corona Lingerie y por dentro, «Da Peppe».

El político se quedó helado.

Después de unos breves segundos de indecisión, se acercó al policía y apoyó las manos sobre el papel, escondiéndolo de alguna manera.

Gildo vio cómo el chico que estaba detrás se había dado cuenta y miraba hacia otro lado.

—¿Cómo ha conseguido eso? —preguntó el político.

«Menuda pregunta más tonta», pensó Gildo.

—Ahora necesito hablar con usted.

Al político se lo vio incómodo, luego asintió y lo hizo pasar a un espacio privado.

20

El político estaba sentado delante de Gildo.

Respiraba jadeando ligeramente. Lo miraba a los ojos como si quisiera intuir lo que estaba a punto de preguntarle.

—¿Nervioso?

—Pregunte.

—¿Ha matado usted a Virginia Ruota?

El rostro del hombre se arrugó y se tornó gris.

—No.

—¿Dónde estaba hace dos noches?

—En una cena con excompañeros de colegio. Lo puede comprobar.

—Lo haré —dijo, y sacó bolígrafo y papel y se los acercó—. Apunte aquí el nombre del restaurante y la dirección.

El político lo hizo. El bolígrafo se movía rápido pero impreciso sobre el papel, casi temblando.

—Gracias, ¿y la mañana siguiente?

—En casa. Lo puede confirmar mi chófer.

—Apunte su número, por favor —pidió el policía.

El político apretó las mandíbulas y obedeció.

—Gracias de nuevo —respondió Gildo cuando recogió el papel—. Lo comprobaré.

Giuseppe Cavalletta suspiró.

—Tengo prisa.

—Lo que tiene usted es un problema. Está siendo investigado por asesinato.

—¿Por qué?

Gildo levantó las cejas.

—¿Por qué? —espetó Gildo, indicando la nota del regalo—. ¿En serio? ¿Es usted consciente de la situación en la que está?

—Tengo mujer e hijos.

—Debió pensarlo antes.

—Usted no lo entiende.

—Explíquemelo.

—Es complicado.

—¡Inténtelo! —afirmó Gildo—. Cuanto más claro y preciso sea usted, antes me iré yo.

El político juntó las manos y se apoyó en la silla mientras suspiraba. El pequeño espacio, que parecía más un cuarto de la limpieza que otra cosa, era angosto, casi claustrofóbico. Estaba claro que el jefe del partido no quería que nadie se enterara. Había elegido la habitación más lejana a la sala donde el partido estaba teniendo una reunión.

—Viene de lejos.

—¿Cuánto?

—Varios años.

—Bien, siga.

—Yo me casé y luego la conocí.

—Típico.

—No, no lo es. Virginia era diferente.

—¿Diferente? —preguntó Gildo, y luego pensó: «¿Diferente porque tenía una vida sexual muy activa?».

—Nos enamoramos.

—Es bastante típico, no es el primero que se enamora de una colaboradora. Pero quiero saber qué pasó en los últimos días. ¿Por qué Virginia no abrió el paquete que estaba en el cajón? ¿Ya habían roto?

—Bueno, digamos que, en los últimos tiempos, cada semana rompíamos y nos reconciliábamos.

—Señor Cavalletta, no estoy aquí para justificar ni para juzgar, solo para entender la vida de la señorita Ruota. Para comprender quién puede haberla matado —dijo, y dio un par de mordisquitos a la rama de jengibre—. ¿Tiene usted idea?

El hombre negó.

—Ya. Si no me ayuda, lo tengo más complicado y eso se transforma en más tiempo.

—No tengo ni idea.

—Seguro que tiene varias, otra cosa es que quiera compartirlas.

—Virginia era una buena persona.

—Claro. Defina buena persona.

El hombre bufó.

—Son preguntas idiotas.

—No, sus respuestas son ambiguas y poco precisas —replicó con un tono que empezaba a subir por la escalera del enfado—. Volvamos a probar. ¿Quién podría tener intereses en matar a una persona como ella?

El político se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—¿Usted lee los periódicos?

—Claro, ¿por quién me toma?

—Entonces, sabrá del asesinato de las bodegas Villa der Colli.

El hombre asintió.

—Pues da la casualidad de que esa mujer, su amante, había firmado un permiso para que se construyera un centro comercial en los terrenos de las viñas. ¿Le suena de algo?

—Sí, estaba al corriente.

—¿Y no le parece sospechoso, como mínimo extraño, esta correlación?

—Supongo que es una casualidad.

—¿Casualidad? ¡Venga ya, señor Cavalletta! Está usted en la ladera viendo cómo la montaña se le echa encima, ¿y me viene con rodeos? ¿Con jueguecitos?

—Usted no sabe nada de mi vida ni de lo que yo... —dijo con ímpetu, y acabó la frase casi susurrando— la quería.

—¿Amor, sexo, diversión? A ver, aclárese.

—Yo la amaba y ella, a mí.

—¿Sabe?, a mí me parece que era un rollo sexual. Quizá creía estar enamorado, pero era perversión, era morbo, adicción, apego.

—No.

—Un cajón de lencería. Otro de juguetes, preservativos y lubricantes. Usted no era el único asiduo en la cama de Virginia Ruota. Eso no es ni

casualidad ni amor. ¿Qué era, señor Cavalletta?

—No.

—Dígalo.

—No.

—Es usted una persona pública y está mintiendo a un oficial de la ley.

—No.

—¿Quién ha matado a la señorita Ruota?

—¡No lo sé! —gritó, levantándose.

—¡Siéntese!

—No pienso seguir con esto.

—Siéntese o vendré con más agentes de los que ha visto en su vida.

—Me da igual —dijo a un paso de la puerta.

—¡No abra esa puerta! —amenazó, aún más serio, Gildo.

El político cogió la maneta y, antes de abrir la puerta, cerró los ojos. Podría haber salido perfectamente, pero no lo hizo.

—La conciencia, ¿verdad, señor Cavalletta?

—Virginia era una mala persona —afirmó, sin girarse con los ojos cerrados.

—¿No me ha dicho que estaba enamorado?

—Perdidamente.

—No lo entiendo.

—El amor no tiene explicación —afirmó Giuseppe.

—Pero sí consecuencias —respondió Gildo—. ¿Y el sexo?

—Tampoco se puede explicar por qué uno está enganchado a tener sexo con una mujer.

—Se llama adicción, señor Cavalletta.

—Sigue sin entenderlo.

—Sigue sin explicarlo —dijo Gildo.

Se quedaron en silencio unos instantes que se hicieron eternos para Gildo. El político podía haberse ido, pero no lo hacía. Algo lo detenía. Quizá era porque, en el fondo, quería hablar con alguien. La verdad, cuando se suelta, hace que uno se sienta mejor.

—En fin, como le decía al principio, no estoy aquí para juzgar. Solo quiero averiguar quién la ha matado.

—Yo no he sido.

—Lo comprobaré. Si así fuera, ¿qué tiene que decirme sobre la posible relación con Villa der Colli?

—Un patrocinador como cualquier otro.

—Es decir, que el señor Pappalardo financió su campaña a cambio de ese permiso.

—Sí, pero no hubo problemas. Todo iba bien. Es que no lo entiendo.

—¿Qué otros permisos se concedieron de la misma forma?

El hombre se giró, finalmente.

—Hacer una campaña política no es sencillo. Necesitas desplazamientos. Esta instalación, sueldos, ordenadores, viajes...

—No tiene que justificármelo. ¡Solo quiero nombres!

Giuseppe suspiró y enumeró cinco nombres concretos. El inspector no los conocía, tal vez nombres de empresas pantalla o testaferros, salvo a uno: SPQR Food. Ese maldito vampiro que estaba montando un chiringuito enfrente de su *food truck* de bocadillos.

—Vaya, vaya.

—Ha dicho que no quería juzgar.

—¿Conoce al dueño de SPQR Food?

Giuseppe suspiró de nuevo y asintió.

—¡Claro que lo conozco! Él es el padrino de mi hija.

Gildo sonrió, pero esa vez de manera agrisada.

—¿Cómo se llama?

—Daniele Aspri. ¿Qué ocurre?

—Ese hombre está montando un chiringuito de bocadillos en un lugar que es de interés histórico y patrimonio de la humanidad. Y su amante, la concejala de urbanismo, le firmó un permiso para hacerlo.

Mientras el hombre se encogía de hombros, del otro lado de la puerta alguien lo llamó.

—Tengo que marcharme.

—Una última pregunta. —El político suspiró—. ¿Conoce un restaurante del barrio de Garbatella que se llama Spaghetti & Polpette?

—¡No! —respondió, contundente.

Gildo asintió.

—Está bien. Gracias por su tiempo —se despidió, y vio cómo el político se marchaba sin saludar mientras él se volvía a meter la raíz de jengibre en la boca.

Entonces miró el reloj, llegaba tarde al Porco Miseria. Se levantó y se apresuró a salir, Ornella estaría enfadándose.

Al subirse en la Vespa, se dio cuenta de algo.

Delante del local del partido, había un coche aparcado. Le sonaba de haberlo visto en las fotos en el buscador de internet.

Un coche gris plateado y con un señor sentado en el puesto del conductor. De marca extranjera y estacionado en un carga y descarga.

Cogió el papel con las anotaciones de Giuseppe y se acercó.

Tocó el cristal y el chófer levantó la mirada de un libro. Arrugó el ceño y le hizo un gesto de que se fuera, supuso por las pintas que le estaba pidiendo limosna.

«¿Será por mi camisa hawaiana?», pensó, desconcertado.

Insistió, no estaba siendo un día afortunado con las relaciones interpersonales.

El hombre bajó el cristal un centímetro.

—Váyase, no tengo suelto.

Gildo rascó en el fondo del contenedor de la paciencia, por si quedaba un poco. Al mismo tiempo, dio las gracias de que cada mañana, cuando se despertaba, ese mismo contenedor se llenara por arte de magia.

Cogió la placa y se la enseñó.

Entonces el hombre bajó del todo el cristal.

—Ah, compadre. Estoy esperando a Peppe.

—Lo sé, acabo de hablar con él —afirmó Gildo—. Quería hacerle una pregunta.

—Dígame. ¿Quiere que baje?

—¿Es usted el único chófer que tiene?

—Claro.

—¿Dónde estaba ayer por la mañana, sobre las diez?

El hombre afinó la vista y Gildo echó un vistazo dentro del coche. En el salpicadero, había una reliquia de un santo, un difusor de perfume y un par de cargadores de móvil para coches.

—Creo que estuvo en su casa hasta tarde, casi mediodía.

—¿Solo?

—Acompañé a los niños al cole y luego fui a buscarlo, pero estaba en casa con su mujer y se alargó la conversación hasta las doce, creo.

—Está bien. Gracias. Por cierto, ¿el señor Giuseppe es una persona sincera?

El hombre se rascó la nuca.

—¿Por qué me pregunta esto? Me pone en dificultades.

—Es una simple pregunta.

—No sé, como todos, ¿no?

—¿Usted miente de vez en cuando?

—*Vaccaboia*. ¿Por qué lo dice?

—Porque si es usted creyente y religioso, la Biblia dice que no hay que mentir. Así que Giuseppe es sincero.

El hombre suspiró.

—Por favor, no me haga responder a esto. Tengo familia que alimentar.

—Ya. Tranquilo, ya le he entendido.

El chófer soltó un suspiro de alivio y, a pesar del frío que hacía en Roma esa tarde, se secó el sudor.

—Por concluir y lo dejo leer en paz. Por cierto, ¿qué lee?

El chófer guardó un pañuelo de tela, de los de antes, de los que ya no se venden. Era azulito con rallas *beige* formando cuadrados.

—Oriana Fallaci.

Gildo asintió con admiración.

—¿Qué tal la relación con su mujer?

El chófer se desplazó hacia el volante para ver si no venía nadie. Cuando comprobó que nadie podía escucharlo, siguió hablando.

—Turbulenta.

—¿Por qué?

—Renuevan muchos platos en esa casa.

—¿Platos?

—Sí, se los tiran.

Gildo abrió los ojos de par en par.

—¿Eso aún existe?

—La mujer es una auténtica siciliana y no le gustan ciertas cosas que hace el señor.

—Ya. ¿Y qué hace?

El chófer levantó los brazos.

—No lo sé, ni quiero saberlo. ¿Sabe lo de los tres monos? Ni veo ni escucho ni hablo.

«Y si está, duerme. Típico de los clanes mafiosos», pensó Gildo.

—Ya. Por último, ¿conoce un restaurante en el barrio de Garbatella que se llama Spaghetti & Polpette?

El hombre pensó por unos segundos.

—Sí, claro, el restaurante de la muralla.

—Sí, parece eso, sí.

—Claro, vamos muchas veces a comer.

—¿Solos?

—No —confirmó el hombre, y cambió de expresión—. Íbamos mucho con la señorita Virginia, que en paz descansa —confesó dulcemente mientras se hacía un signo de la cruz.

Arrancó la Vespa y se fue.

Gildo llegaba tarde al Porco Miseria. No era ninguna novedad.

A esa hora de la noche, cuando los trabajadores salían de la capital en dirección a sus domicilios, siempre había atascos. Gildo tenía la suerte de no pisar la circunvalación de Roma, eso era mortal. A pesar de tener una moto y filtrarse por las colas, no dejaba de ser un deporte arriesgado.

El chófer lo había dejado descolocado. El interrogatorio con el político se había ido a la porra. No había servido para nada. Ese hombre era político y ese dato, a Gildo, se le había escapado, se había olvidado, no lo había considerado. Los políticos, en su mayoría, son mentirosos compulsivos. No todos, pero muchos. Cuanto más alto es el cargo, más altas son las probabilidades de que sea un mentiroso.

Giuseppe Cavalletta le había dicho lo que quería.

Pero, a pesar del teatro que le había montado, había conseguido esclarecer tres cosas.

La primera era que confesó que la relación extraconyugal con Virginia Ruota era cierta. Confirmada también por el registro de la tienda de lencería Corona.

La segunda era que con Daniele Aspri, alias el *Vampiro*, lo unía una amistad; era el padrino de su hija y había financiado su partido.

Y, por último, pero no menos importante, había negado haber estado en el restaurante Spaghetti & Polpette, el lugar donde comía la mafia que quería construir el centro comercial.

¿Por qué había negado haber estado allí?

Aquel era un dato importante. Igual de importante que Virginia hubiera sido envenenada con la misma pócima que el dueño de la bodega.

La relación era innegable. Solo faltaba entender por qué y quién.

Decidió dirigirse, al día siguiente, al ayuntamiento para averiguar más detalles de ese enredo político.

Aceleró por el Viale delle Terme di Caracalla y giró por el Viale Avellino. El Porco Miseria ya estaba lleno de gente. Ornella estaría subiéndose por las paredes.

Aparcó en el lugar de siempre y fue corriendo hacia el *food truck*.

Al abrir la puerta, le llegó un olor a *focaccia* tostada, a *porchetta* y patatas fritas, y entonces se sintió en casa.

—*Porca di quella miseria*, Gildo. Llegas tarde —gritó ella mientras cortaba una *focaccia* en dos antes de meterla en la tostadora. Delante, la cola era cada vez más larga.

—A Ornè, he tenido un poco de trabajo —afirmó mientras se ponía un delantal y una bandana blanca con un punto rojo.

Luego, comenzó a sonreír a una turista que le hacía una foto.

—Pues no creo que hayas tenido más trabajo que aquí ahora —replicó ella, y mientras cogía la salsa de mayonesa trufada para uno de sus platos estrella, se quedó inmóvil delante del policía—. Por favor, quítate esa camisa hortera. Vas a espantar a los clientes.

Gildo sonrió e indicó a Ornella la turista que aplaudía divertida, justamente, la camisa.

Sonrió a la señora y se dejó hacer otra foto enseñando sus bíceps.

—Patético —gruñó ella.

Entonces, Gildo cogió un cuchillo, lo hizo voltear en el aire y lo clavó en una tabla de madera. A la turista le entusiasmó tanto que le dijo a su marido que mirara. El señor estaba mirando hacia el Circo Máximo, donde se estaba celebrando un concierto de música italiana de los años noventa. Cantantes famosos de otros tiempos.

—Sabes que, cuando hay estos eventos, tenemos que venir antes, y ¿tú qué haces? —preguntó Ornella casi apuntándolo con la punta de un cuchillo—. Vienes más tarde. Tócate las *mozzarellas*.

—Uy. No me hables de la *mozzarella*. Que me está hartando últimamente. Le estoy cogiendo algo de manía.

Ornella, preparando bocadillos como si fuera un androide vitaminado, le iba hablando.

—¿Qué diablos te ha pasado con las pobres *mozzarellas*?

Gildo cortaba *porchetta* y la iba poniendo en una bandeja. Luego, la depositaba entre el pan caliente y crujiente. Le echaba salsa y condimentos y se lo pasaba a la gente que ya tenían *tickets*.

Al cabo de un rato, se sacó una cerveza y dio un trago generoso.

—A Ornè. Si montara un partido político, ¿te gustaría ser la vicepresidenta?

Ella rio.

—¿Tú? Que casi no sabes ni la diferencia entre el senado y el parlamento. ¿Montar un partido político?

—Sí —afirmó Gildo mientras levantaba la mano izquierda y juntaba los dedos haciendo la piña—. ¿Qué dices? Claro que lo sé.

Ella se detuvo y se giró.

—Venga... —desafió, apuntándolo con un cuchillo—. Dime la diferencia.

Él tragó saliva.

—No me retes apuntándome con un cuchillo. Cuando lo haces, no puedo pensar con claridad. Déjalo, luego te lo explico, cuando se me pase el yuyu.

Ella rio y siguió con el bocadillo que estaba preparando.

—¿Y cómo lo llamarías?, ¿el Partido de la Porchetta?

—No, qué va.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Pensaba en algo más romano. Más de los romanos.

—Bueno, ¿cómo? —insistió ella, casi perdiendo la paciencia.

—El Partido del Pecorino Romano. ¿Qué te parece? Así mi madre estaría contenta.

Ella se giró con las cejas arrugadas.

—¿Cómo?

—Sí, sería como un partido a nivel nacional, pero para los romanos.

—Estás peor de lo que pensaba.

—Bueno, es solo una idea. Si ha ganado el de la *mozzarella*, podríamos llegar lejos nosotros.

Ella siguió con sus labores mientras negaba con la cabeza.

—Yo creo que lo primero que deberías hacer es otra cosa.

Él se dio la vuelta hacia ella.

—Sigue trabajando, para escucharme, no te hacen falta las manos, solo las orejas —dijo Ornella, y una señora lo miró asintiendo, como que estaba de acuerdo con ella. Gildo regresó a su tabla de cortar para seguir con los bocadillos—. Antes que eso deberías averiguar por qué esa gente sigue construyendo ese chiringuito de bocadillos en una zona de interés cultural de la humanidad —afirmó ella, indicando la construcción al otro lado de la carretera, donde el cartel de «próxima apertura SPQR Food» seguía plantado en la parcela en obras.

—Estoy en ello. Justo mañana iré a averiguarlo —afirmó él.

Ornella asintió y puso una cara de poco convencimiento.

—Ya veremos. A ver tus dotes de persuasión y contactos que tienes en el ayuntamiento de esta capital de locos. Por cierto, ¿qué tiene que ver tu madre con esto?

Gildo sonrió y dudó si explicárselo.

Agarró fuerte el bocadillo, lo envolvió en un papel y lo entregó al cliente. Se giró y cogió otro *ticket* con más pedidos. Levantó la vista, la cola no cesaba de crecer y su velocidad no era la de siempre. Sentía que su mente estaba en otras cosas. Ese era el coste de tener dos trabajos.

En ese momento hubiera preferido estar en el sofá de casa viendo una película o salir a correr, en lugar de estar allí haciendo bocadillos. A veces, la mente lo boicoteaba pensando que eso era una pérdida de tiempo y de energías. Que era mejor cerrarlo y dedicarse solo a la policía, ser un investigador normal y no un investigador chef.

Era de locos.

Trabajar de noche era un sacrificio demasiado grande.

El cansancio es lo que tiene, resucita dudas y engrandece los problemas.

Luego vio la expresión de gozo del cliente que le acababa de coger el bocadillo y volvió a encenderse dentro de él el motivo de por qué hacía eso: la felicidad en los demás.

Sonrió y, con una energía revitalizada, volvió a preparar los bocadillos.

—¿Mi madre? —preguntó Gildo hacia Ornella—. Se ha cabreado y está empeñada en explicarme que, si no usas el *pecorino*, no eres un auténtico

romano.

Ornella lo miró extrañada.

—¿Qué dices? ¿Qué has hecho para que se cabree?

—Nada —afirmó mientras se encogía de hombros—. ¿Qué quieres que haya hecho?

—Seguro que has hecho algo, te conozco como a mis cuchillos.

—Bueno...

—¿Ves?, lo que decía.

—Solo sostuve que la carbonara va con el *parmigiano reggiano*.

Ornella lo miró de soslayo y negó con la cabeza, como se hace cuando alguien es irrecuperable.

—Cómo la entiendo.

—¿Tú también? ¿Sabes que ahora se ha empeñado en hacerme probar todas las recetas derivadas del *cacio e pepe*?

—¡Me parece bien!

—Te pare... ¿En serio? En fin, estoy solo en todo esto —bromeó, y siguió preparando los bocadillos.

La ola se fue reduciendo hasta que el concierto acabó. Entonces llegó una segunda horda de pedidos que los hizo cerrar el Porco Miseria a altas horas de la noche, con la caja llena y agotados.

Se tomaron una cerveza como era habitual mientras miraban las obras de enfrente. Sabían que esos minutos, en un futuro no muy lejano, solo serían bonitos recuerdos. Cuando el chiringuito de dos pisos de SPQR Food estuviera funcionando, esos días de tanta venta solo serían cifras inalcanzables en una libreta de años anteriores.

Gildo, mientras acababa su cerveza, pensaba en ese lugar y en el ayuntamiento que quería visitar al día siguiente. Delante de ese proyecto, se formulaba en la cabeza de Gildo una pregunta. ¿Qué conexión tenían la concejala de urbanismo, Virginia Ruota, el proyecto del centro comercial en los viñedos de Villa der Colli y el *food truck* que tenía delante?

Quería descubrirlo; esa era la clave de la muerte de la concejala.

A la mañana siguiente, Gildo estuvo a punto de tirar el móvil contra la pared. El maldito despertador sonó a las ocho. A pesar de ser muy tarde, solo le había concedido cuatro miserables y reñidas horas de sueño.

El dolor en los hombros y el sueño eran tremendos; no habría durado mucho en esas condiciones.

Cuando estudiaba, y en algunas ocasiones extremas, se hacía una cafetera doble cargada. Lo que él la llamaba «un despierta muertos». Y no porque fuera una receta de Halloween, sino una pócima que había descubierto en la época en la escuela de hostelería.

Los veteranos lo explicaban a los nuevos como remedio infalible para compensar una noche de mucha fiesta y sin dormir.

Se cogía una cafetera tradicional. Se llenaba de agua el depósito y se cargaba de café bien prensado, como si fueras a hacer un café fuerte. Luego, se ponía al fuego. Esperaba que saliera el café en la parte superior y hasta aquí como cada mañana. Entonces empezaba la segunda parte.

El café que había salido se vertía en un vaso o taza y se volvía a repetir la operación, pero con una variante significativa: en lugar de verter agua en el depósito, se añadía el café resultante de la primera vez.

Ese brebaje tenía un potentísimo efecto en el organismo, como una bebida energética o algo peor. El «despierta muertos» nunca fallaba, esa mañana tampoco.

Una vez resucitado, Gildo se dirigió al desayuno con Aurelio.

Se sentó en la mesa de la cafetería, en el lado opuesto al del periodista, después de llegar tarde y haber pedido el desayuno.

—Tienes mala cara.

—Ayer hubo concierto. —El periodista asintió—. ¿Qué tienes para mí?

—¿No quieres otro café?

—No tengo mucho tiempo.

El periodista levantó una ceja. Un día más parecía un pincel con su traje de color azul y perfectamente aseado.

Sacó una foto: una instantánea de un momento que Gildo sabía que había ocurrido, pero del que no tenía pruebas.

Virginia Ruota con gafas de sol, cogida del brazo de Peppe, entrando en un restaurante.

La cuestión no era el hecho de estar juntos, eso lo habían aclarado, sino dónde habían ido a comer: al restaurante de la mafia Spaghetti & Polpette.

Ahí tenía la prueba.

Gildo miró la foto con asombro.

La cogió y se la acercó.

—¿Dónde la has conseguido?

—Tengo mis fuentes.

Gildo puso los ojos en blanco.

—Venga, suéltalo.

Apareció una camarera joven. Dejó un *cappuccino* y un *croissant* con mermelada de albaricoque espolvoreado de azúcar glasé. Se apoyó la bandeja en el pecho, como si fuera una universitaria sosteniendo una carpeta, y miró al cliente.

—¿Está seguro?

Gildo la miró. Era una chica joven, rubia, con el pelo tan fino que parecía una peluca. Con labios carnosos y mirada aguda.

—¿Perdón?

—¿Quiere dos cafés más? ¿En los tres y seis minutos próximos? —preguntó, alucinada, mirándolo como si fuera un loco maniaco compulsivo.

—Sí, gracias —confirmó, y la chica se fue, negando—. ¿Cómo la has conseguido? Venga.

—Es un *freelance*. Un reportero. Seguía el rastro de la política desde hacía tiempo. Iba recogiendo noticias sueltas, le seguía la pista y, de vez en cuando, buscaba al mejor postor para ciertas fotos o informaciones. Ayer, cuando se enteró de que había muerto, me llamó.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Gildo mientras se bebía el primer trago del *cappuccino*.

—Si me interesaba la exclusiva. Por supuesto que mi periódico no estaba muy conforme, pero después de convencer a mi redactor, ¡aquí la tienes!

—*Porca miseria*, Aurelio. Esto lo confirma.

—¿El qué?

—Que el político Giuseppe Cavalletta es un mentiroso profesional y me ha mentido a la cara.

El periodista lo miró mal.

—¿Pero qué te pensabas? Es un político, Gildo, ¡despierta!

Gildo dejó la taza después de otro trago al *cappuccino* y contestó.

—Estoy en ello, pero hoy me está costando.

—¿El qué?

—Despertar.

—Muy gracioso. Este tío es un maldito cáncer para la ciudad y para la nación. Se quiere presentar como presidente de *consiglio*, ¿te lo puedes creer?

—Prefiero que no.

—Creo que podemos... —dijo Aurelio, y se detuvo, miró a su alrededor y se acercó al policía— detener la carrera política de este cerdo si nos la jugamos.

Gildo mordió la pasta caliente y, sin decir nada, asintió al periodista.

El caso había sufrido una metamorfosis.

A Gildo, mientras escuchaba las ideas del amigo periodista, le surgieron unas preguntas.

¿Cuándo había dejado de ser una investigación policial para ser una venganza popular?

Sintió como si formara parte de un operativo policial con connotaciones de justicia hacia la población.

El periodista le explicó que tenían la posibilidad de destapar la verdadera naturaleza de Il Partito della Mozzarella. Un movimiento que solo entrelazaba intereses personales y mafiosos, enmascarados como un bien del pueblo y lo mejor para la ciudad.

—Esta foto es una ocasión de oro. Para tu investigación y como noticia, que es una bomba.

—No será tan fácil.

—Tenemos que probar.

—Ya, desde luego, esta foto nos ayudará. ¿Tienes una copia? —preguntó Gildo.

—El original y el negativo están en la caja fuerte del periódico.

—¿Me la puedo quedar?

—Sí, pero mantenme informado.

Gildo asintió, llegó el primer café y dio las gracias a la chica.

—¿No te va a sentar mal tanto café?

Gildo lo tomó como si fuera una medicina, caliente y de un solo sorbo.

—Te estás volviendo como tu madre, que le pone la cabeza así a la mía por temas de todo tipo.

El periodista bufó y se apoyó en el respaldo de la silla.

—No me hables, imagínate cómo me deja a mí.

La conversación se había dirigido hacia sus madres. Comentaron banalidades, justo para alargar que llegara el segundo café. Gildo lo tomó de la misma manera.

—Hoy te toca a ti —dijo Gildo, indicando las tazas vacías.

—Vete. Ya nos veremos.

Gildo asintió, cogió el casco y se fue hacia la Vespa. Una vez arrancada, se dirigió hacia el ayuntamiento; tenía una de las reuniones más importantes del día, había quedado con Antonio, asesor del ayuntamiento. Por teléfono, el día anterior, le había comentado que tenía novedades sobre ese «asunto».

Gildo aceleró y fue directo a un tercer desayuno.

Con Antonio nunca era «nos vemos en el lugar de siempre».

En esa ocasión, tocaba en un bareto de mala muerte detrás del ayuntamiento.

Un lugar de bocadillos enormes y cervezas tamaño *october fest*.

Estaba en el fondo del local, con la espalda contra la pared y mirando fijamente la entrada.

Cuando apareció Gildo, le hizo un ligero movimiento de barbilla para asegurarse de que lo identificara en medio de la marabunta que había.

Gildo se acercó sorteando hombres que, vestidos de los más variopintos oficios, comían unos bocadillos de campeonato.

—¿Qué sitio es este, Antò?

—Para gente con hambre de verdad, nada de tonterías —dijo con un fuerte acento del sur—. ¿Quieres algo?

—Un café.

El hombre asintió.

—¿Qué me cuentas? —preguntó Gildo.

—Tu amiga ha dejado un buen lío en urbanismo.

—¿Por qué?

—¿Me lo preguntas? —espetó, incrédulo, a la pregunta del policía—. Pues porque se ha ido con un agujero en el presupuesto, con gastos innecesarios, permisos absurdos firmados y muchas más cositas.

—¿Cómo te has enterado?

—Bueno, porque en el ayuntamiento todo se sabe —dijo, y comenzó a frotarse las manos.

Detrás del policía, apareció un camarero anciano, dejó un plato con un bocadillo y una cerveza.

—¿Seguro que no quieres un *panini* de estos? —preguntó Antonio, indicando lo que había en el plato; Gildo negó—. OK. Un café para mi amigo —ordenó al camarero.

Antonio lo cogió con ganas y, sin dilaciones, le dio un bocado. El pan debía ser, centímetro más, centímetro menos, la mitad de un *filone*. Es decir, una *baguette* italiana. Dentro había una generosa cantidad de salami artesanal, del bueno. De ese bocadillo sobresalía un olor a pan caliente y un ligero toque a hinojo proveniente del embutido, seguramente, originario de la zona de la Toscana, donde es típico añadir a ese embutido la especia.

—Bueno, Antò. Lo que quiero saber es una cosa. ¿Qué pasa con los permisos que se han firmado, como los del centro comercial en los terrenos de Villa der Colli?

—¿Qué quieres saber? —preguntó con la boca llena y soltando migas de pan.

—Si, a pesar de su muerte, siguen vigentes.

—Pues claro —confirmó el hombre.

—Espera, lo que quiero decir es si, antes de que muriera, hubo cambios o anomalías, si se rectificaron esos proyectos urbanísticos.

—Nada. Todo sigue igual.

Gildo se apoyó en la silla y se rascó la barba mientras el hombre se comía el desayuno.

—¿En serio te vas a comer ese bocadillo entero?

—Ya te digo. Desde que mi mujer me ha puesto a dieta, me vengo aquí por la mañana.

—¿A dieta, en serio? —preguntó Gildo.

—En serio, amigo. No sé por qué, por tonterías de esas que habrá leído en alguna revista de estas de mujeres. Ahora le ha dado por cenar un tomate, un poco de lechuga y un yogur desnatado —dijo con asco.

—Y tú le has dicho que sí, pero por la mañana te vienes a desayunar aquí.

—Pues claro —confirmó con la boca llena.

—Ya. Bueno, volviendo a lo nuestro. Lo que quiero saber es si la señorita Ruota, antes de que la mataran, había hecho cambios de última hora.

—No te sigo —afirmó el funcionario.

—Imagínate que llegas a un acuerdo con los tíos que quieren montar un centro comercial. Ella lo autoriza, pero luego rectifica y retrocede el permiso.

—Ahora sí te sigo.

—Bien. Entonces, si ella cancela el permiso, lo que sucede es que la muerte es una consecuencia de un acto suyo, no de algo más.

—No te sigo.

—Verás, ¿te acuerdas de que me dijiste que el chiringuito de delante de mi puesto de bocadillos lo firmó ella a favor de SPQR Food?

—Sí.

—Pues si Virginia derogó el permiso de esa gente, de forma inesperada, eso podría tener una relación con su muerte.

—Ohhh. Te entiendo. Tú crees que...

—No lo sé, por eso te lo pregunto. Nada es casual —dijo Gildo y, girándose, vio que le llegaba un café, dio las gracias y se lo tomó del mismo modo que antes: de un sorbo—. Por eso necesitaba saber tu versión.

—¿Mi versión? Yo te digo la verdad, ¿no me crees?

—Ya sé que me dices la verdad, es que ahora entraré en el ayuntamiento y escucharé la versión oficial. A ver qué me cuentan.

—Uff..., burócratas y funcionarios. A ver si los encuentras, están siempre o fumando o leyendo el periódico —afirmó Antonio, y dio un mordisco al bocadillo—. Por cierto, lo siento, Gildo, pero el tema de ese puesto de bocadillos que van a poner delante del tuyo no creo que tenga mucha solución.

—Ya, creo que será un buen varapalo, pero es lo que hay, es la vida —dijo, y se levantó—. Me voy. Gracias por la información, te invito al desayuno.

—Gracias, Gi, lo que necesites —contestó, solo levantando una mano.

El policía fue a pagar a la barra. Entre los peones, el policía con camisa color rosa con flores amarillas se llevaba todas las miradas. Dejó un billete en la barra e indicó que cobrara al mismo hombre que parecía el dueño.

Le devolvió el cambio y Gildo regresó a la Vespa. Recorrió los últimos metros y la dejó aparcada delante del ayuntamiento.

Una vez dentro, pidió ver al alcalde. Se identificó y la secretaria le pidió que la siguiera. Lo dejó en espera en una salita un buen rato hasta que le indicó que la volviera a seguir.

Recorrió un pasillo siguiendo a la mujer, que, como un patito, coleteaba.

Abrió la puerta y vio cómo el flamante alcalde gesticulaba para que entrase. Tenía una sonrisa misteriosa ese hombre. Lo había visto en alguna foto en periódicos y en telediarios. En persona, le dio la sensación de que lo había visto otras veces. Un hombre común, en traje y corbata y bien sentado.

—Pase, inspector Falcone. Un placer conocerle. ¡Le estaba esperando!

Gildo arrugó las cejas, eso no se lo esperaba. Se acercó y, después de estrecharle la mano, tomó asiento donde el *primo cittadino* le indicó que se sentara.

—¿Me estaba esperando? ¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. Simplemente, sabía que vendría por la investigación del caso de Virginia.

Al pronunciar esas últimas palabras, su sonrisa se esfumó y apoyó la mano por unos instantes en el pecho, guardando silencio. Luego, abrió los ojos y levantó la mirada hacia él con una sonrisa más sombría.

—Me alegro de que haya venido, además, tenía muchas ganas de conocerle. Al final, estoy aquí también gracias a usted.

Gildo se quedó un momento en silencio, perplejo. No acababa de entender lo que decía ese hombre.

—¿Cómo dice?

—Si no hubiera caído el alcalde anterior, no habría podido ser elegido. Así que gracias también a usted estoy aquí.

—No sé a qué se refiere.

—Claro que sí. Usted y su compañero, con las grabaciones que publicó, fueron decisivas para que cayera ese corrupto —afirmó, y se arregló la americana estirando las solapas hacia abajo.

—No sé de qué me habla... —insistió Gildo.

El alcalde se rio durante unos instantes y, cuando recuperó el aire, siguió.

—En fin, lo que usted diga, inspector —afirmó de forma burlesca.

—He venido para hablar con usted de Virginia, no de la alcaldía anterior.

—Virginia —murmuró el alcalde, apoyando de nuevo la mano en el corazón en silencio por unos instantes—. Bien. Dígame, ¿en qué puedo

colaborar?

—Pues, ¿dónde estaba el día que encontraron muerta a la víctima?

El hombre desgranó los ojos.

—¿Me está diciendo si...? ¿Yo? ¿En serio?

—Pregunta de rutina. —El hombre siguió riendo—. Por favor, ¿puede usted contestar?

—Pues creo que estaba en la inauguración de una exposición sobre un pintor de la zona de Módena.

—Bien, ¿cómo se llama?

—Un tal Fabrizzio Cattabriga.

—Lo comprobaré.

—Claro, estaba lleno de gente y de cámaras. Así que... —dijo, y alargó las manos—. Adelante.

—¿Y la noche anterior?

El alcalde resopló.

—Estuve cenando con el embajador de Eslovenia.

—¿Dónde?

—En un restaurante.

—¿Cuál?

—No me acuerdo, pregunte a mi secretaria.

Gildo asintió.

—¿Quién puede haber matado a Virginia?

El alcalde dio una palmada en el aire.

—Aquí le quería. Me encanta colaborar con la policía. ¿Sabe que de pequeño leía todos los libros de bolsillo de investigación y novelas negras que salían en los quioscos? Pero mis preferidos eran los de Sherlock Holmes, ¡«elemental, querido Watson»! —pronunció con voz profunda y de locutor de radio, y se rio.

—Nunca hubiera imaginado, alcalde Prezzi, que usted fuera un apasionado de investigaciones policiales. Menos aún, que podría tener una teoría sobre la muerte de su regidora de urbanismo —comentó con un cierto escepticismo.

—Pues sí, muy apasionado.

—¿Y cuál es su teoría?

—Mire, yo creo que ha sido una trama de supermercados asiáticos. Los asiáticos son terribles y vengativos. Creo que han sido ellos.

—Permítame que le diga que, de asiáticos, hay de todo tipo, criminales y buenas personas, mafiosos y trabajadores. Igual que los hay italianos, romanos o ingleses.

—Ya, pero esto es diferente.

—Señor alcalde, me suena a discriminación, grande como el Coliseo.

—No, no. Ahora lo va a entender.

—Estoy escuchándole.

—Querían montar diez supermercados en esta ciudad, a golpe de talonario, uno tras otro. Construcción, compra de establecimientos cerrados o por jubilaciones. Daba igual, querían diez licencias para este año y diez más para los próximos. ¿Se da cuenta de qué significaba esto para los supermercados nacionales y los contribuyentes de esta ciudad?

—Claro, eso se traslada en votos. Sin contar que no sé si es mejor lo que dice o dar un permiso a una macroempresa de esta ciudad para destrozar un bien protegido en el Circo Máximo... —dijo Gildo, y justo cuando fue a responder el otro, siguió—. O construir un megacentro comercial en unos viñedos seculares de Roma. ¿Qué diferencia hay?

—¿De qué me está hablando?

Gildo se lo explicó con detalle y el alcalde hizo como si no tuviera conocimiento del tema.

—Nos estamos desviando.

—¡No, alcalde! Quiero saber si algunos de los permisos que Virginia Ruota firmó se han revocado en los últimos días o semanas. Uno, cualquiera.

El hombre se calló por unos instantes.

—Que yo sepa no.

—No me sirve la respuesta. O es sí o es no.

—Creo que no.

—No acepto una respuesta ambigua. Tiene que confirmármelo al cien por cien. Si no lo sabe, llame a quien tenga que llamar —insistió Gildo.

—¡Estoy seguro!

—Bien. Gracias. Volvamos a su teoría. ¿Por qué cree que es importante explorarla?

—Porque vino una delegación de la empresa y se fueron con las manos vacías.

—¿Solo por eso?

—¿Le parece poco? Y luego apareció Virginia muerta.

Gildo sacudió la cabeza.

—Espere. ¿Me está diciendo que, porque esta gente se fue con un no de la concejalía de urbanismo, al día siguiente apareció Virginia muerta? ¿Usted cree que ha sido esta gente? ¿En serio?

—Pues claro. Yo creo que leí en un libro algo parecido... —dijo, y se rascó la barbilla mientras miraba el techo—. ¿O fue en una película de Hitchcock?

Gildo suspiró mordiéndose la lengua. Si ese hombre era la alternativa a la alcaldía anterior, estaban arreglados. Entonces optó por...

—Gracias por la información. La tendré en consideración.

—Un placer. Puede pedir a mi secretaria el nombre de esas personas.

—Claro —asintió Gildo—. Pero, aparte de este suceso, ¿no vio nada raro o nada extraño en Virginia los últimos días?

El alcalde volvió a ponerse la mano en el pecho y esperó unos instantes de silencio.

Gildo levantó los ojos, mirando a su alrededor. El despacho del alcalde estaba exactamente igual que el día que el anterior *primo cittadino* lo llamó. Sí, porque Giovanni Lobriggido lo llamó para defender al Lobezero de oro y acelerar la investigación.

Estaba allí, sentado, con un cojín en el mismo sillón. Bueno, a lo mejor había dos cojines debajo de su trasero.

—No. Todo estaba bien. Menos ese desafortunado suceso. ¡Escúcheme, esa gente es la culpable!

—Está bien —interrumpió Gildo mientras se levantaba.

El alcalde Prezzi se detuvo de inmediato sin levantarse.

—¿Se va?

—Sí, ya tengo bastante, quiero decir, ya sé lo que necesitaba saber —afirmó Gildo, yéndose hacia la puerta—. Gracias por ayudarme.

—Pero no habíamos acabado —dijo, y al policía le dio la impresión de que el hombre se estaba aburriendo y que necesitaba una persona para seguir charlando de absurdidades como la de su teoría asesina.

Estaba a punto de cruzar la puerta cuando se detuvo. Se dio la vuelta y levantó un dedo.

—Una pregunta. ¿Giuseppe lo ha informado de nuestra reunión de ayer?

El hombre tragó saliva.

—¿Cómo dice?

—Lo ha entendido.

—Creo que no.

—¿Cree? ¿Usted sabía que Giuseppe Cavalletta mantenía una relación sentimental con Virginia?

El hombre tragó otra vez y, como un acto reflejo, metió un dedo en el cuello de la camisa para destensar el apretado nudo de la corbata.

—¿Cómo dice?

Gildo asintió y no pudo contener un ápice de sonrisa.

—Está bien, gracias por su respuesta —dijo, y se dio la vuelta.

El alcalde se levantó de la silla y alargó una mano.

—No, espere. ¿Qué dice? Yo no le he dicho nada.

Gildo llegó a la puerta, la abrió y, antes de salir, le respondió.

—Es verdad, usted no ha dicho nada, pero me ha contestado. Hasta la próxima, alcalde —espetó, y cerró la puerta.

«Hasta las próximas elecciones, candidato», pensó justo fuera del despacho.

No le dio tiempo de suspirar, la secretaria le dirigió su atención.

—¿Le puedo ayudar en algo, inspector? —preguntó, pestañeando con un tono sensual.

Gildo se dio la vuelta y sonrió.

—Creo que sí, señorita. Creo que me puede ayudar, y mucho —respondió Gildo, y se fue acercando a la atractiva mujer.

Gildo se acercó a la secretaria.

No era la misma del alcalde anterior, Giovanni Lobriggido. Esa muchacha de trasero respingón, modales educados y mirada encantadora era diferente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Alberta. Alberta Menego —pronunció con sus carnosos labios—. Albertina para los amigos.

—Un placer, Alberta.

—Albertina, por favor.

—Yo no soy un amigo.

—Pero lo podrías llegar a ser si quieres.

Gildo se pasó la mano por la barba; estuvo tentado de meter la mano en su bolsillo y dar un buen mordisco a una ramita de jengibre.

—Tengo unas preguntas que hacerte.

—Lo que necesites.

Entonces se activó el interfono.

—Alberta. ¿Se ha marchado el *piedipiatti*? —preguntó el alcalde por el interfono, refiriéndose al policía.

—Sí, se ha ido —respondió mientras le guiñaba el ojo a Gildo.

—Bien. Un grano menos en el culo —susurró, y siguió—. Cuando puedas, tráeme un café doble en taza grande. Que la taza esté caliente, que ayer lo olvidaste y estaba fría —exigió, y colgó.

—Ups —afirmó, encogiéndose de hombros—. Creo que hoy también lo estará.

—Él no te llama Albertina, ¿no es amigo?

—Él no es importante, ¿qué necesitas?

—¿Con quién cenó el alcalde hace tres noches?

La mujer abrió una agenda y comprobó.

—Restaurante L'isola. Con el embajador de Eslovenia. Un caballero, no sé cómo soporta al alcalde —dijo con un ápice de desprecio.

—Gracias. ¿Y cómo se llamaba la delegación asiática?

—¿Cómo?

—Los de los supermercados.

La mujer levantó las cejas como si de repente lo entendiera.

—Los japoneses. Ojalá ciertos romanos aprendieran modales de ese pueblo.

—Pues él —afirmó Gildo, indicando al otro lado de la puerta— no es tan entusiasta.

Ella se rio y se contuvo enseguida por miedo a que la escuchara el alcalde.

—No lo es porque los japoneses, por lo que he podido entender, es que... —dijo, y se le acercó al oído para contarle algo.

Gildo se apartó con los ojos abiertos de par en par.

—No me digas.

—Sí.

—¿Estás segura?

—¡Segurísima! Porque lo han escuchado estas orejas y lo han visto estos ojitos —dijo, tocándose las dos cosas.

Gildo tomó la oportunidad y se acercó.

—Por cierto, tienes unos ojos preciosos.

—Gracias. Pero esto no es gratis, ¿sabes?

—¿Cómo?

—Que lo que te acabo de decir no es gratis.

—¿No?

—No.

—¿Y entonces?

—Me tendrás que invitar a una cena como mínimo.

—Una cena.

—Sí, y no en un puestucho cualquiera, en algún lugar bonito... —dijo, guiñándole el ojo.

Gildo sonrió mientras negaba con la cabeza.

Al final, esa chica jugaba al mismo juego que la gente que estaba en ese Partito della Mozzarella: *quid pro quo*.

Roma era una ciudad de favores. Hoy yo, mañana tú.

Pero si eras listo o tenías armas que la madre naturaleza te había entregado, entonces tenías el camino allanado.

Gildo no dio su número de teléfono a la muchacha; en cambio, sí le pidió el de ella.

Salió del pasillo del despacho del alcalde y se fue directo a la zona de urbanismo. A diferencia del señor Prezzi, las caras en ese departamento se notaban más tristes.

En el ambiente flotaba una energía extraña, más propia de un funeral que de unas oficinas.

La gente le lanzaba miradas rápidas y regresaba a su trabajo. El despacho de Virginia tenía un lazo negro al lado de la puerta y un par de coronas de flores. Las notas y diseños expresaban tristeza y mensajes de esperanza.

El policía tuvo una sensación extraña, nunca habría imaginado hasta ese momento que la mujer, Virginia Ruota, despertara todo eso. Sin embargo, esos detalles mostraban a otra persona. El puzle que había creado en su mente se estaba rompiendo.

Daba la impresión de que era una mujer querida, entrañable, estimada por sus colaboradores.

La curiosidad le pudo y no evitó hablar con personas de su equipo.

Primero habló con el responsable técnico de urbanismo. Al hombre, que tenía imagen de duro, se le saltaron las lágrimas.

Estaba encantado de trabajar con ella, era una gran pérdida, le dijo. Además, confirmó que ningún proyecto se había revocado ni se revocaría.

Luego habló con unas chicas que eran las arquitectas del ayuntamiento. Todos repetían la misma tónica, la muerte de Virginia Ruota era una desgracia y demostraban tristeza. Todos.

Finalmente, decidió irse.

Bajó las escaleras del edificio y regresó al aparcamiento. Ya llegaba tarde para comer con su madre. Ese día tocaba otra receta básica tradicional.

Arrancó la moto y fue hacia casa. Cruzó el Trastevere y luego, el Tevere.

El aire fresco le daba una cierta distancia a lo que había vivido en ese despacho. El desánimo y la melancolía estaban ganando el pulso a la cotidianidad.

Pero lo más importante fue lo que le dijo la secretaria atractiva al oído, sobre los japoneses.

Eso marcaba otro hito en la investigación, los japoneses no quisieron pagar un soborno al Partito della Mozzarella.

Los japoneses, cuadrados y serios, no soltaron un euro bajo mano. Nada que no fuese oficial.

Eso quería decir que todos los demás habían soltado muchos billetes por debajo, en negro o vete a saber. Pero no era solo por financiar un partido, que eso ya lo había confirmado el presidente del mismo, el señor Cavalletta, sino también fondos que se destinaban a otros temas y a otras cuentas.

Todo eso era la política, un huerto enfangado de lodo apestoso en el que pocas personas conseguían entrar sin salir salpicadas.

Aparcó la Vespa debajo de casa. De la ventana de su madre, salía música de orquesta.

Decidió que, una vez acabada la comida, iría a hablar con su amigo, el chef del restaurante Spaghetti & Polpette. Tenía mucho que hablar con él y aclararle unos cuantos temas.

Pero antes, tenía que calmar los ruidos de su barriga.

Entró y entendió qué música era.

La filarmónica de Viena. En un lejano concierto del primero de enero de un lejano mil novecientos ochenta y pico. En la cubierta del disco, el director Lorin Maazel llevaba la batuta y movía la varita en el aire. En segundo plano, flores que rodeaban un ejército de músicos perfectamente trajeados que componían la orquesta.

Gildo bajó el volumen y la *mamma* se dio cuenta de que había llegado.

Su madre, con problemas de audición, cada vez ponía la música más alta.

—Gildo, llegas perfecto, ven, que te voy a explicar la receta de hoy —dijo con un cucharón de madera y una copa con vino tinto.

Él suspiró. La cruzada hacia la reconversión del hijo pasaba por la segunda etapa. La primera, el día anterior, con la receta de *spaghetti cacio e pepe*, era la base de la cocina y de las otras recetas que se construían sobre ella.

Todo había empezado con un comentario de Marco.

¿Parmigiano o pecorino?

Por una banal y sencilla pregunta, todo lo que se había desencadenado.

Pero, al final, esa pregunta lo llevó a repasar las recetas tradicionales y a descubrir una extraordinaria faceta de *mamma* Teresa.

Gildo se cogió una copa de vino y vertió un par de dedos de un Barolo.

La pasta estaba ya hirviendo en una olla con abundante agua.

—No le echés mucha sal a esta agua, porque la receta es muy salada.

—Hola, *mamma*, ¿cómo estás? —saludó mientras le daba un beso en la frente.

—¡Oye, no me desconcentres! Que llevo toda la mañana para conseguir los ingredientes y cocinando —ladró con autoridad.

Gildo sonrió al mismo momento que ponía los ojos en blanco.

—En fin, lo que te decía, con la panceta y el *pecorino*, la salsa quedará muy salada. Así que no echés mucha sal.

—¡Sí, *mamma*! —respondió con retintín.

—¿Me estás escuchando?

—¡Sí, *mamma*! —respondió otra vez del mismo modo.

Ella resopló.

—¡Cocinar es una cosa seria! Luego, coges una sartén y la pones a fuego medio bajo. Pones pequeñas tiritas de *guanciale*. ¡No *bacon*, *guanciale*! Es diferente.

—Sí, *mamma*, lo sé, *mamma*.

—Bien. Dejas que se fría con su propia grasa hasta que quede crujiente. Luego, lo apagas y en esa misma sartén tuestas la pimienta. A continuación, hay que hacer la emulsión con el *pecorino*.

La madre dio un trago generoso al vino y dejó la copa.

Cogió el bol donde estaba el queso rallado y lo fue mezclando mientras iba añadiendo cucharadas de agua de la cocción. Poco a poco, añadía y mezclaba. Con paciencia, con maestría.

Y como arte de magia, se creó una crema, una emulsión del mismo queso.

Luego sonó el temporizador.

¡*Chicchiriqui!* ¡*Chicchiriqui!*

—¿Qué narices es esto? —preguntó Gildo, sorprendido por el nuevo artilugio de la madre.

—Es mi nuevo temporizador.

—Con forma de... ¿gallo? —dijo mientras lo cogía y lo miraba.

—Estaba cansada del que tenía forma de *pomodoro* —espetó mientras se lo quitaba de las manos—. Déjalo aquí.

Escurrió la pasta y la vertió en la sartén donde había cocinado el *guanciale*. Enseguida echó la emulsión de queso y los trozos de *guanciale*. Removió y sirvió los *spaghetti* en los dos platos, dejando una porción generosa de pasta.

—Venga, a comer, que, si se enfrían, se hacen una bola —indicó la madre.

El primer bocado es siempre el mejor. Como las primeras pasadas de un masaje. Los primeros instantes son los mejores.

El resultado era increíblemente delicioso. Lo crujiente y un sabor profundo de las tiras de *guanciale* casaban con la cremosidad del queso. El

sabor dulce y salado contrastaba con la tenacidad de la carne. La pimienta, en cambio, le daba un toque aromático.

—Esto es la *grigia*. La auténtica *grigia* —dijo ella, y se introdujo un nido de *spaghetti* en la boca.

Gildo pensó que ya tardaba en decirlo. En menos que cantase un gallo, aunque fuera de un temporizador, lo diría. Lo sabía. Lo sentía. Y, efectivamente, así fue.

—¿En algún momento he hablado de *pamirgiano reggiano*? —espetó, y puso la mano izquierda al lado de la oreja mientras con la derecha seguía enroscando los espaguetis en el tenedor.

—No, *mamma*. Solo *pecorino romano* —dijo, ya cansado.

Al escuchar otra vez esa tortura por los dos quesos, se vertió más vino. Necesitaba superar ese momento en el que la madre empezaba, como en una teletienda o como un cura en una iglesia, a adoctrinar sobre el queso.

Bebió un trago abundante. Dejó el vaso y se atrevió a decirle a su madre la idea estrambótica del partido.

—Creo que voy a montar un partido político.

La madre detuvo el tenedor y lo miró perpleja.

—En serio.

—Te estás pasando con el vino hoy.

—No, te lo digo de verdad. Si han montado el de la *mozzarella*, yo voy a montar el del *pecorino romano*. ¿Qué te parece?

—Que te has vuelto aún más majara.

—¿Por qué?

—¿De cocinero a inspector de policía y a político? ¿La próxima qué será? ¿Querrás ir a la luna?

—Es chef, no cocinero. Es diferente. Te estás burlando de mí.

—*Porca miseria*, pues claro. Mira, si tú montas un partido político, yo monto un restaurante.

Gildo dio una palmada con las manos y la señaló.

—¿Ves? Llevo varios años insistiendo para que lo hagas. Creo que triunfarías con tu cocina.

—Vete a la porra.

—Tal y como lo haces, *mamma*, podrías montar uno.

—¿Yo? —preguntó, y bufó—. Yo hago cosas sencillas con amor, cosas de todos los días. No soy una cocinera, ni un chef, que dices tú, aunque yo no veo la diferencia.

Gildo sacudió la cabeza mientras se metía un nido más de *spaghetti* en la boca. Esa receta era fantástica y aún quedaban dos más.

Mientras discutían si montar un restaurante o un partido político, todo nacido por una broma, Gildo pensaba en la próxima visita. Inevitablemente, su mente iba a hacia el restaurante. Solo los primeros bocados pudieron mantenerlo concentrado en el presente.

Pero, de repente, las notas del vinilo le devolvieron a la mesa.

—¿Por qué tienes puesto este disco? No sueles poner estos de la filarmónica de Viena —preguntó el hijo.

Ella dejó de comer y se giró hacia la ventana, como si su vista y sus recuerdos pudieran volar por el cielo de Roma y volver a lo que guardaba con celo.

Su mente viajó al lejano 1982. Un viaje organizado desde hacía tiempo. Su padre, en pleno auge empresarial, no tenía problemas de dinero. El precio no era importante para tener contenta a su Teresa. Después de un vuelo a Viena dos días antes, se alojaron en el hotel más caro. Tres noches y cuatro días de nieve, amor y visitas por la ciudad. No podía dejar de recordarlo. Era aún un recuerdo vívido. A pesar de que después su marido la dejara y todo cambiara. Pero ese recuerdo se quedó presente y maravilloso, le explicó Teresa.

—Esa noche cenamos en un restaurante fantástico, no me acuerdo del nombre —contó la madre—. Al día siguiente, estábamos en la quinta fila del concierto —siguió narrando con los ojos cerrados y la copa de vino en la mano.

Luego se detuvo un momento, como si se fueran liberando recuerdos poco a poco.

—Lorin Maazel condujo de forma excepcional. Aún se me pone la piel de gallina cuando lo recuerdo. La *Marcha Radetzky* fue apoteósica —acabó con los ojos cerrados y, al abrirlos, sonrió y dio un sorbo al Barolo.

—Por eso tienes este vinilo. Para recordar.

Ella asintió.

—Me ayuda a recordar.

—Deberías salir de casa. Desde la pandemia ya no sales.

—Sí que salgo. ¿Qué vas a saber tú? Voy a comprar y más cosas.

Gildo torció la boca, eso no lo convencía para nada. Él ya sabía que no era verdad, pero tampoco quería discutir y estropear el momento.

—¿Fuiste más veces con papá al concierto de Viena?

Ella sonrió y regresó con la vista al cielo de los tejados de Roma.

—Luego las cosas se complicaron. Se puso de moda y las entradas era cada vez más complicado conseguirlas. Luego llegaste tú y, bueno, todo cambió —acabó con amargura.

—Ya —dijo Gildo, y se dio la vuelta—. Me gusta este disco.

—Más te vale, porque te lo dejaré de herencia. Como lo vendas o lo tires, voy a bajar con el rodillo y te daré con él.

Gildo sonrió y levantó la copa. Brindaron por el pasado y por el presente y, por supuesto, por el *pecorino*.

Comieron un pudín de chocolate y se marchó.

Cruzó Roma con ese sabor agri dulce de los recuerdos. Cómo una música, un vinilo, podía despertarlos y transportar a una persona por el espacio y por el tiempo.

Aparcó la Vespa en la calle del restaurante Spaghetti & Polpette y sus recuerdos se esfumaron al ver al amigo chef Marco apoyado en una piedra. Fumaba; con la mirada perdida en su móvil, llenaba de nicotina sus pulmones.

El policía se fue acercando a él. Tenía muchas cosas que preguntarle y que explicarle. Comenzando por la foto que había conseguido Aurelio.

Marco era un tipo algo basto.

Alto y corpulento, no había sido de los mejores de su promoción. Pero consiguió, no se sabía bien cómo, el título de cocinero en la Escuela de Hostelería de Roma.

Justo después, los caminos de los dos se dividieron. Gildo primero comenzó su andadura en un restaurante de un esclavista de becarios y luego se embarcó en un crucero. Marco, en cambio, se centró en restaurantes. Ya había pasado por varios. Su habilidad para conservar un puesto de trabajo no era tan buena como romper un huevo sin que le cayera ni un trozo de cáscara en la sartén.

Gildo llegó justo después de las comidas, o eso creía. Al acercarse, el amigo cocinero tiró la colilla lejos, en la calle, como si eso no estuviera mal. Marco era así, un rebelde sin causa a veces. Pero, aunque el paso del tiempo no perdona a nadie, seguía siendo un guaperas, un hombre atractivo. Pelo con canas, mandíbula marcada y nariz afilada. Ojos claros y una cierta seguridad que a las mujeres les gustaba.

Los dos se saludaron y se abrazaron.

—Bonito sitio para fumar —comentó Gildo, y siguió pensando «lástima que haya gente que tire colillas en la calle».

Marco levantó la vista como si, en ese momento, sí viera su entorno. La muralla de Roma, hayas altas, verde, una vieja fábrica, estudiantes que pasaban y pájaros que aleteaban.

—¿Qué haces por aquí, Gi?

—Pues venía justo a hablar contigo.

El hombre se extrañó.

—¿Conmigo?

—Sí, ¿tienes tiempo?

—Supongo que sí.

—¿Te importa si entramos y hablamos dentro tranquilamente?

El hombre que estaba delante de él, que de un amigo se convirtió en los últimos días en un testigo, se lo pensó. Valoró en su mente factores y posibilidades, pero al final aceptó. En su cabeza, consideró que entrar en el restaurante era mejor. Gildo lo comprendió cuando el amigo miró a un lado y a otro de la calle, como si controlase que nadie hubiese visto entrar al poli.

Marco le indicó la mesa.

El restaurante Spaghetti & Polpette estaba vacío. Ni un alma. Solo el camarero, el tal Fe. De Federico suponía, o Fernando. O a saber cómo diablos se llamaba ese hombre que lo había tratado mal.

Indicó la silla y Gildo se sentó con una sonrisa.

—¿Qué quieres para beber?

—¿Agua?

—¡Agua! Venga ya. Pide algo, tranquilo, me imagino que con un sueldo de poli es complicado llegar a final de mes. Yo te invito.

A Gildo se le destiñó la sonrisa.

—Agua con gas, gracias.

Marco rebufó.

—¿Has oído, Fe? Para mí un vino. Gracias. Recuerdas el dicho, ¿verdad? *Chi non beve in compagnia, è un ladro o una spia* —dijo con retintín—. En fin, ¿a qué debo tu presencia en mi restaurante?

—No parece que hayas tenido mucha gente hoy.

—Ya se han ido. Ahora, a arreglar el tema y para casa. ¿A qué debo tu visita? En tres días, dos visitas de un policía es algo sospechoso.

Gildo sonrió y sacó su móvil.

—Venía para hablarte de una mujer, una tal Virginia Ruota —dijo, mirando el móvil y, al concluir la frase, levantó la vista.

Marco arrugó las cejas y estiró la espalda.

—La concejala del ayuntamiento.

—Exacto, ¿la conoces?

—De los periódicos.

—¿De los periódicos?

—Sí, de la televisión. Pobre mujer, he visto los telediarios —aclaró, se separó de la mesa y cruzó las piernas—. Yo soy un ciudadano modélico. Miro cada día el telediario.

«Como si mirar el telediario y todas sus basuras informativas fuera el primer punto del decálogo de ser el ciudadano modélico».

—Pero en persona no la conocías.

—No sé, creo que no. Nunca he hecho reformas en casa ni he tenido que ir al ayuntamiento para pedir un permiso, ¿sabes?

—Ya —respondió, seco, Gildo.

Luego dio la vuelta al móvil y enseñó la foto de la mujer a punto de entrar en ese restaurante.

Esa era la foto que había conseguido Aurelio. La puerta, la muralla, el cartel sin las letras, pero la entrada era inequívoca.

La expresión del cocinero se quedó entre perpleja e inmutada.

—Pues sí, parece que ha venido a comer aquí.

—Y no la conoces.

—Hasta que murió, no la había visto.

—Marco, ha venido aquí a comer —espetó el policía.

—Yo no salgo a saludar a cada cliente.

Gildo se sentía como en un callejón sin salida. Levantó la mirada y, si su memoria no fallaba, en el local no había cámaras. Todo lo que sucedía allí dentro allí se quedaba.

—Amigo, que yo estoy aquí para averiguar sobre la muerte de la mujer, no para joderte, ¿me entiendes?

—Lo sé, Gildo —respondió con un tono de voz tranquilo—. Sé que solo es una investigación.

—Esta mujer pasó por aquí y no sé por qué.

—Pues a probar mi cocina, ¿A qué va a venir una persona aquí? A comer la receta estrella de mi restaurante.

Gildo arrugó el ceño, pero luego se extrañó por la respuesta.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Pues mis *spaghetti* con albóndigas. Una receta de mi abuela y que está gustando mucho. ¿Para qué crees que viene aquí la gente? ¿Para ver partidos de fútbol? ¡Si no tengo televisión!

Gildo asintió, siguiendo el razonamiento que le quería vender su amigo.

Seguramente, la receta de la abuela tenía que ser fabulosa, pero lo que estaba claro era que demasiadas coincidencias llevaban a ese lugar. La gente podía repetir sus platos de pasta «legendarios» como decía él, pero no iba por eso, sino por otra cosa.

Gildo se dio la vuelta y, como hacía tres días, todas las mesas tenían un cartelito de reservado.

Pensó en pasar por alto el dato, pero se lo preguntó.

Marco respondió que estaban allí para las reservas del día siguiente.

Gildo se acercó a él.

—Sé que no me cuentas toda la verdad —susurró al amigo.

El hombre arrugó las cejas.

—¿De qué me hablas, Gildo?

—Este local es una tapadera de la mafia.

—¿Qué dices? —gritó, y pivotó su cuerpo hacia atrás, mirando al camarero por si había oído lo que afirmaba el policía.

Gildo asintió. Esa afirmación parecía improvisada, casi de novato, pero el inspector tenía un plan estudiado.

—¿Qué te has fumado, amigo? —preguntó Marco con tono de desestimar lo que acababa de decir.

Apareció el camarero y dejó las dos bebidas. Una botellita de agua con gas para el policía y una copa de vino para el cocinero. Fe la llenó hasta más de la mitad y dejó la botella en la mesa.

A Gildo le llamó la atención la forma de la botella. Luego, la etiqueta. Todo eso le era familiar, demasiado. Alargó la mano y giró la botella, oscura como el alquitrán caliente. Villa der Colli, Cèsarus.

—Mucha coincidencia —murmuró Gildo.

Marco dio un buen sorbo.

—¿A qué te refieres?

—A este vino, a que tengas esta precisa marca de vinos.

El hombre se encogió de hombros.

—Ya te lo dije, conozco la bodega. Buen restaurante, buen vino. Fácil.

Gildo sacudió la cabeza.

—Marco, ¿qué hay detrás de este restaurante? —preguntó Gildo—. De verdad, aún estás a tiempo...

El cocinero se acercó al amigo y lo miró a los ojos.

—¿Quieres saberlo realmente? —preguntó el otro, y el policía asintió, preocupado—. Entonces, sígueme.

Marco le hizo un guiño.

Luego le indicó que lo siguiera. Se levantaron en el restaurante vacío. Fe estaba del otro lado de la barra, en la eterna tarea de secar vasos, posiblemente, nunca ensuciados.

Marco apartó la puerta basculante y entró en la cocina. Olía a tomate, a carne, a *bacon*.

La cocina era perfecta, amplia, todo en aluminio inoxidable reluciente. Un sueño. El deseo de todo cocinero.

Marco, que aún llevaba el delantal puesto, cruzó la cocina hasta un lugar donde había fuegos.

Gildo lo seguía, pero lo estudiaba todo.

Muebles, cámaras frigoríficas, cuchillos, utensilios, cazuelas.

Su ojo clínico no perdía detalle. Hasta que su mirada se dejó caer en la zona del lavado, de los platos, donde se lavaban las sartenes y utensilios. Estaba vacío y seco. Ese día habían lavado poco. Eso quería decir que pocos clientes habían acudido al servicio de comida.

Ese lugar era una estafa y su amigo era un engaño con patas.

—Mira esto —dijo Marco mientras levantaba la tapa—. Varias horas lleva este tomate aquí haciendo chup-chup. Con albahaca fresca, con cebolla de Sicilia. La carne de las albóndigas es de primera calidad, las he seleccionado yo en la carnicería. Hago las albóndigas, con *pecorino romano* y perejil. Se tienen que cocer aquí dentro con calma, lento, casi como si fuera una cocción a baja temperatura como nos explicaron en la escuela, ¿recuerdas? —preguntó a Gildo, y este asintió—. Lento. Poco a poco. Con amor y cariño. Pero, sobre todo, con la experiencia de mi abuela.

Gildo, al aproximar la nariz a la cazuela, quedó, literalmente, extasiado. Un olor muy bueno. A pesar de haber comido ya, si le hubiese dado un trozo de pan y un poco de esa salsa con albóndigas, habría limpiado hasta la última gota de tomate.

Marco sacó una cuchara del cajón y cogió un poco de tomate. Sopló y se lo dio a probar a Gildo.

El policía comprobó que sabía tan bien como olía.

—¿Qué te parece?

—*Maraviglioso* —dijo, y le hizo la señal de la piña con la mano.

—¿Ahora entiendes por qué la gente viene aquí a comer?

Con esa frase, todo el encanto genuino del momento se esfumó por arte de magia.

—¿También los japoneses comieron tu pasta especial?

—¿Cómo?

—Sí, el grupo de japoneses que vinieron para montar los supermercados. ¿Comieron esta excelencia?

—No sé a qué te refieres. Por aquí pasa mucha gente —afirmó, y se fue a un pequeño almacén que tenía en la trastienda.

A los pocos segundos, Marco regresó con un bote de plástico transparente con tapa incorporada. Cogió una cucharada grande, vertió una buena dosis de salsa y albóndigas en él y lo cerró herméticamente.

—Toma. Explicarte cómo tienes que cocer *spaghetti* y echarlo aquí dentro no creo que haga falta, ¿verdad?

—¿Para mí? ¿También hacéis comida para llevar?

Marco abrió y cerró la boca un par de veces, sorprendido, antes de hacer una mueca y sonreír.

—El otro día decías que querías venir a comer. Todo lo que tenemos en la carta lo haces igual o mejor. Pero esto... —afirmó, indicando el bote de un color rojo como la sangre—. Esto es único.

Gildo asintió y cogió el túper.

—Gracias. Pero no me confirmas si han venido los japoneses.

—Gildo, yo no estoy al caso de quién viene a comer con la afluencia que tenemos —contestó con ganas de cambiar de tema—. Mira.

Le indicó que lo siguiera. La conversación era de lo más absurdo. Gildo estaba centrado en demostrar que ese era un restaurante de la mafia y una tapadera. El cocinero le quería demostrar lo bueno que era y su ego como cocinero.

¿Estaba desviando su atención?

¿Estaba comprando el silencio del policía con un par de albóndigas y un par de recuerdos de sus buenos momentos en la escuela?

—Mira. Este es el recetario de mi abuela —dijo con una carpeta vieja en la mano que en origen tenía que ser verde claro; ahora era verde mugriento.

La abrió y, en la primera página, estaba la receta tan codiciada, plastificada, en una letra cursiva del mismo estilo que la de la abuela Falcone. En los colegios de esa época, los pocos que podían permitirse aprender a escribir y leer todos escribían de la misma forma.

—¿Por qué me enseñas esto? —preguntó Gildo.

—Cuando tienes un hijo o amigos valiosos, te gusta compartirlo, ¿no? Por eso te he dado este túper con la salsa. A ver qué te parece. Este es el recetario de la abuela —confirmó, y comenzó a pasar hojas de las recetas y explicarle alguna anécdota y receta más. Hasta que, por alguna razón, se detuvo, cerró el recetario y lo volvió a meter donde estaba antes, entre un hornillo y una pared.

—Así que no sabes si han venido a comer unos cuantos japoneses.

—No lo sé, Gildo, no seas pesado. Nos vemos otro día. Cómete en paz la salsa y nos vemos pronto, ¿te parece?

No le acabó de gustar, por supuesto. No recordaba que Marco fuera tan escurridizo. Cogió su porción de famosa receta y regresó al comedor.

Marco buscó en la barra una bolsa; encontró una de papel. Negra con rayas blancas. Metió dentro el túper y le sonrió.

—Nos vemos pronto, Marco.

—Ya me dirás qué te parecen las albóndigas.

—Cuenta con ello —afirmó, y se dio la vuelta para salir, pero se detuvo y se giró de nuevo—. Marco, ¿de quién es este restaurante?

La pregunta fue como un disparo en el aire. Disuasorio, amenazante, directo.

Si Marco hubiera podido, con la mirada, le habría atravesado como un cuchillo de *sushi*.

—Inversores —espetó—. Inversores, Gildo. Gente de pasta —concluyó, indicando el ambiente del restaurante.

—Ya, pero ¿quién?

—Lo verás en el registro. Allí está todo —confirmó, y lo saludó con la mano, haciéndole entender que se fuera—. *Ciao*, Gildo.

Y Gildo se fue.

Metió el regalo en el baúl de la Vespa y se fue directo a la comisaría. Necesitaba ordenar ideas, ver cuál era el siguiente paso y, sobre todo, averiguar de ese restaurante qué era y de quién era. Allí tenía que estar la clave. O no.

Pasó por el Coliseo, por delante de su Porco Miseria y por la obra en marcha del chiringuito que le estaban montando enfrente. Siguió por la Lungo Tevere con la brisa del río en la cara y el sol que atravesaba el casco. La hora de oro la llamaban los anglosajones. La mejor para hacer fotos y vídeos con luz natural cálida.

Para Gildo, era la mejor hora para conducir su Vespa por la capital. El mármol se ponía ardiente y con tonalidades pastel. Los monumentos parecían más grandes y acogedores.

Ese momento del día daba a Gildo el sentido de vivir allí. El tiempo era más bonito viviendo entre belleza.

Apagó la Vespa y se quitó el casco.

Le había llegado un mensaje del comisario. No le daba tiempo a tomarse un café. Tenía que entrar rápidamente en la comisaría.

Bajaba de la moto cuando una mano se apoyó en su hombro, helándole la sangre.

El futuro es una mano en el hombro; puede ser un amigo o un enemigo. Puede ser una buena noticia o una pésima.

Una mano en el hombro puede ser una bifurcación en tu vida. Pero fuera lo que fuese, girarse no era una opción.

Lo hizo poco a poco.

Sospechoso, sospechando.

El cuello giró hasta que por el rabillo del ojo se coló una figura.

—*Ciao*, Gildo —dijo una voz femenina.

El hombre se acabó de girar y, efectivamente, era una mujer, pero no una cualquiera, era Marzia, que aún sujetaba la mano en su hombro.

Los sudores fríos se detuvieron al ver la imagen de la preciosa mujer.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, te he visto y me he acercado. Me imagino que estás con mucho trabajo, como no contestas los mensajes —dijo con un ápice de vergüenza.

Él sonrió.

—Tienes razón, voy como un pollo sin cabeza, últimamente.

Ella sonrió también y sus pómulos casi llegaron a sonrojarse.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Gildo con el casco en la mano.

—Nada, si esta noche te apetecía cenar conmigo.

Él apretó los dientes retirando los labios al mismo tiempo que inspiraba.

—La verdad es que me encantaría, pero tengo que estar esta noche en el chiringuito ayudando a Ornella.

Ella asintió.

—¡Ya! —dijo, y por el tono solo le faltaba añadir: «como cada día».

Suspiró y Gildo dio un paso al lado. Señaló la comisaría y añadió.

—Bueno, tengo que irme, me espera el comisario.

—Claro —dijo con tono decepcionado mientras con las dos manos extendidas señalaba la puerta del edificio de la policía, y acabó susurrando—. Nos vemos mañana en el desayuno.

Gildo se dio la vuelta y dio un paso. Esa mujer llevaba demasiados días comiéndose excusas y «ya quedaremos». Ni era justo ni se lo merecía.

Marzia, la dura y esquiva barista, por lo poco que la conocía, debía costarle dar ciertos pasos como el que acababa de hacer: salir de su guarida cafeinada para parar a un policía a punto de entrar a trabajar y que no le contestaba a los mensajes.

Esa chica se había tragado su orgullo.

Se detuvo en medio de la carretera y regresó hacia ella.

Estaba guapísima a pesar de ir con el uniforme de su cafetería.

Sus ojos marrones destellaron con una expresión de sorpresa al verlo de vuelta.

Sonrió él y sonrió ella.

—Estaba pensando... Tengo unas albóndigas para cenar. ¿Te apetecería compartirlas?

—¿Albóndigas?

—Sí, una receta de la abuela de un amigo.

—¿Pero no tenías que ir...?

—Bueno, mira, si quedamos en mi casa para las diez... —insinuó mientras movía la cabeza al mirar el reloj—. Diez y media... Será una cena tardía.

—¡Sí!

—Pero cenaremos tarde...

—Sí. No te preocupes, sabré esperar. Me encanta cenar tarde —dijo, cerró los ojos y arrugó la cara—. Bueno, no. No me gusta. Pero da igual, sí quiero cenar contigo.

—Está bien, entonces nos vemos esta noche.

—Fantástico.

—Bueno, voy a ver qué quiere el comisario.

—Claro. *Ciao*.

—*Ciao*.

Gildo se dio la vuelta y avanzó un paso más cuando la chica lo volvió a llamar.

—Por cierto, ¿dónde está tu casa?

Él se sintió como un colegial, un adolescente tardío que probaba de nuevo la experiencia de mariposas en respuesta a la felicidad incontrolada que demostraba la mujer.

—Te mando un mensaje luego.

Ella asintió y riendo se encogió de hombros, se refugió en la cafetería para esconder la emoción y el sonrojo de su rostro.

Al entrar por la puerta, le salió por la derecha Lillo.

—A *dottò* —ladró el agente de la entrada.

—*Porca miseria*. Pero qué tenéis hoy. ¿Qué es, el día mundial del susto?

—A Gi —replicó con el guiño.

—¿Qué?

—La barista... —repitió mientras indicaba con la cabeza hacia el otro lado de la carretera.

—¿Qué quieres, Lillo?

—La he visto. Es muy guapa la chica.

Gildo le hizo la señal de la piña con la mano.

—A Lillo. ¿Siempre estás en los asuntos de los demás? ¿Por qué no contestas el teléfono?

—A Gi. Estoy aburrido aquí, ¿cuándo me llevarás de investigación contigo?

—Sí, en Vespa, dos policías. Estilo *Bad Boys*. Parece un chiste de Pierino.

Entonces el teléfono sonó.

—¿Ves? Lo que te decía, contesta el teléfono —indicó Gildo.

—Claro. Voy, por fin algo que hacer —confesó.

Gildo subió por los escalones de dos en dos y cuando iba por mitad del pasillo, corriendo, la voz del comisario le adelantó.

—Erme, a mi despacho.

«Nunca conseguiré llegar sin que me anticipe», pensó el inspector, y entró.

Las ventanas abiertas hacían que el habitual olor a tabaco se disimulara. Pero entre la época del año y la brisa que venía del mar, en ese despacho hacía más frío que en la calle.

—Buenas tardes, comisario.

—Siéntate, Erme.

Él titubeó, pero se fue directo a las ventanas.

—No, déjalas abiertas.

—No. Si quiere usted morir de frío y por el tabaco, yo no.

—¿Tabaco? Yo no fumo.

Gildo cerró la primera y luego, la segunda. Mientras lo hacía, su mirada cayó al otro lado de la carretera. El Lettere Caffè cerraba por ese día.

Era oficial, tenía una cita con esa mujer. La segunda, pero esa vez tiró la casa por la ventana: la invitó a su apartamento.

Esa sensación lo hizo sentir tan eufórico y descabellado como meter piña en la *pizza* o hacer una salsa carbonara con parmesano delante de su madre.

Cerró la segunda ventana y regresó a la silla en la que se solía sentar.

—¡Erme! Tenemos que devolverlo.

El inspector sacudió la cabeza.

—¿De qué estamos hablando?

El comisario lo miró y contestó con un tono obvio.

—Del cadáver de Virginia Ruota. ¿De quién si no?

Gildo se sacó una rama de jengibre y le dio un nervioso mordisco. Chupó el jugo interno con fuerza. Ese hombre lo ponía de los nervios. El día que en clase explicaron que en las frases hay que meter un sujeto, no estaba o hizo novillos o estaba contando las nubes por la ventana.

—Imposible.

—¿Cómo? —preguntó desplazado el comisario.

—No lo puede devolver. Lo necesito, aún no hay nada claro.

—A ver, Erme. No podemos no devolver el cadáver. El juez ha dicho que sí.

—Me da igual. Hable con él. No puede devolverlo aún. Necesito averiguar otras cosas antes de hacerlo, ¿me entiende?

—No, sí, pero no —dijo el comisario, y sacudió la cabeza—. ¡Erme, me lías! Entiendo, pero lo tenemos que devolver. Su familia tiene que enterrarla.

—Un par de días, no mucho más.

—¿Pero qué necesidad tenemos de no devolverlo?

—*Porca miseria*, comisario. Confíe en mí. Además, usted me ha puesto al cargo de este asunto y lo necesito un par de días más.

El comisario emitió un sonido gutural que pareció más adecuado a un bisonte que a un ser humano. Por algo lo llamaban de esa forma tan poco cariñosa: Er Bufo.

—En fin. Miraré qué puedo hacer —espetó, y se cruzó de brazos—. ¿Qué has descubierto hasta la fecha?

Gildo se levantó de la silla y se fue a la ventana, cerrada.

—Pues veré. Es bastante confuso y claro al mismo tiempo. No consigo entender una cosa. Nuestra concejala de urbanismo ha muerto por causa de un veneno que era el mismo que mató a Pappalardo, de las bodegas Villa der Colli. Sarcástico que haya sido con el mismo vino, el Cèsarus. Pero hasta aquí nada que no sepamos. La red de corrupción del ayuntamiento es tremenda, relacionada con el restaurante Spaghetti & Polpette. Pero el dato más importante e inquietante es ¿por qué mataron a Virginia Ruota? —repasaba mientras veía desde esa posición cómo Marzia metía las mesas; se fijó en esos tejanos criminalmente apretados que llevaba—. Porque el problema no es tanto quién, que vendrá después, sino ¿por qué? Y no consigo entenderlo.

—Pues por dinero o poder. Qué quieres de un político —espetó el comisario con una cierta simplicidad en su visión, fruto de una mente de igual complejidad.

—No es tan fácil. Veré, el tema es el siguiente: si fuera por dinero o poder, como dice usted, entonces sería por algo que habría pasado antes del suceso. Quiero decir, yo hago algo en el ayuntamiento y me matan, ¿me explico? —preguntó mientras miraba al comisario.

Este enseguida asintió y luego negó.

—No —afirmó, finalmente—. No te sigo.

—OK —dijo Gildo, y, al girarse, puso los ojos en blanco—. Imagínese que yo soy la concejala de urbanismo y me cabreo por la razón que sea con alguien y le cancelo una licencia activada y el permiso de obra. Por ejemplo, con el centro comercial de los viñedos de Villa der Colli. Ellos podrían ser los que la han matado.

—Lo voy pillando.

«Menos mal», pensó Gildo.

—¿Y si fuera alguien a quien habría prometido hacerlo y que al final no se lo concedió? —dijo el comisario.

Gildo se giró perplejo por la cuestión, casi sorprendido, como si ese cerebro soltara escasas ideas buenas.

—Sí, podría ser. Pero hay un problema de base desde mi punto de vista. Si eso fuera así, hay que tener en cuenta que esa mujer era la única persona que concedía permisos tan absurdos. Dudo que alguien que quisiera un permiso no convencional matase a esa mujer. Porque si cabía la oportunidad, ella era el fallo en el sistema. ¿Cuándo volvería otra persona así que firmara proyectos como el del chiringuito de SPQR Food o el del centro comercial y todos los demás? ¿Me explico?

—Pero no es para descartarlo del todo —afirmó, convencido, el comisario.

—No, en eso tiene razón. Su consideración tiene un cierto peso, podría ser una línea de investigación.

—¿Y su marido o pareja o lo que sea?

—No tenía. Ni pareja ni novio, menos marido. Digamos que tenía una vida... —dijo, y tosió un par de veces— muy movida.

—Entiendo. Entonces, ¿por qué quieres que retenga el cadáver un par de días si ya estás en alta mar con la investigación?

—Necesito tiempo. Además, tengo que averiguar de quién es ese restaurante.

—¿Cuál?

—Spaghetti & Polpette.

—Déjate de tonterías, Erme. Vete al grano. Busca entre proyectos fallidos, contratos rotos o revocados. La muerte de esa mujer tiene que ver algo con eso.

Gildo no contestó enseguida, reflexionó sobre lo que había dicho el jefe. Había una parte que le daba la razón y otra que no se la daba. Ese asunto era más complejo de lo que podía parecer al principio.

Miró por la ventana otra vez y la terraza del Lettere Caffè ya se había retirado. Marzia había cerrado y se había marchado.

Delante de la imagen de la cafetería cerrada, Gildo pensó que todos los asesinatos eran complejos. Sería un error caer en la banalidad de decir que alguien había muerto por un solo factor o un solo porqué. Era complejo y desenmarañar la madeja no era tarea fácil.

Por eso estaba allí él.

Se despidió del comisario y se fue a su despacho. Tenía que averiguar quién había detrás del restaurante. Ese era un punto clave y estaba decidido a

descubrirlo.

Spaghetti & Polpette.

Buscó en internet, pero los resultados eran confusos. Aparecía una sociedad limitada con nombre Ristorantia S.R.L.

¿Qué narices era esa sociedad?

Pero lo más importante, ¿quién había detrás?

Porque en una búsqueda es igual de importante tanto encontrar el nombre como tirar del siguiente hilo.

Continuó buscando a los accionistas de la sociedad.

La tarde se estaba haciendo cuesta arriba para Gildo. Una noche corta de pocas horas y mucho café.

Miró el reloj, ya tenía que irse para el chiringuito, los bocadillos lo esperaban. Suerte que Ornella solo se dedicaba a eso y se podía permitir ir antes y marcharse después. Si no hubiese sido de esa forma, con la división de su mente, cuerpo y tiempo para dos trabajos, habría sido imposible y enervante.

Siguió tirando del hilo, pero cuanto más se metía en la web, menos respuestas obtenía.

Optó por el plan B. Entró en la página de acceso a la Seguridad Social y a Hacienda.

Buscó en los estatutos declarados y, por fin, encontró la empresa.

Ristorantia S.R.L. había sido fundada hacía unos años y con objetivo social de restauración, franquicias y servicio de hostelería. También compra y venta de inmuebles y otros activos. Fundada en Roma en una notaría famosa y accionistas de otras sociedades: una con residencia en Panamá y otra con residencia en Andorra. El único hilo que quedaba en su huerto para tirar de él era el del administrador, un tal Mario Rossi.

«Vaya. El nombre más común de Italia. ¡Qué sorpresa!», pensó Gildo mientras daba un buen mordisco al jengibre.

A pesar de ser un nombre común muy difundido, aparecía el número de su DNI italiano y una dirección. Lo apuntó y decidió visitarlo al día siguiente. Tenía muchas preguntas para hacerle.

Apagó el ordenador y arrancó la vieja Vespa roja. La aparcó en el callejón detrás del Porco Miseria y, sin dilaciones, se dirigió al camión.

Sería un día flojo de venta, se intuía por la afluencia de turistas en el Foro Imperial.

En parte se alegró. No porque unos centenares de euros en la caja del chiringuito hubiesen ido mal, más que nada porque tenía que marcharse y dejar sola a Ornella.

Se puso el delantal y su bandana japonesa después de hacerse una cola.

—*Ciao, Ornè* —dijo el inspector chef.

—Hoy está flojo.

—Ya lo veo. Con lo de ayer, casi es lo que hacemos en una semana.

—Mejor, para los días así.

Gildo se cogió una cerveza y sacó el móvil. Envío la ubicación de su casa a Marzia. En pocas horas se verían allí para cenar.

—¿Dónde están todos hoy? —dijo Ornella, mirando hacia Via San Gregorio, desde donde se veía el Coliseo. Dio un sorbo a su cerveza y se giró al compañero—. Te veo raro.

—¿Raro? —respondió, levantando la cabeza.

—Sí, ausente, no sé.

—Cansado, Ornella. He dormido cuatro horas y no me aguanto.

—Ya.

—¿Tú has conseguido dormir más?

—Como una niña.

—*Porca miseria*, encima me lo restriegas por la cara.

Ella sonrió y dio un trago a la botella. Era innegable que ella aún sentía algo por él. Para él, en cambio, era agua pasada y los dos tenían que buscarse otra vía en la vida. Otra vía sentimental, porque, en lo profesional, los bocadillos del Porco Miseria y las investigaciones en la policía de la comisaría del Trastevere ya ocupaban bastante tiempo.

Ella le hizo un guiño, malicioso, travieso. Había descansado y organizado todo para que a esa hora todo estuviera listo cuando se asomaran los primeros clientes. Fue un grupito de francesas de mediana edad, móvil en mano. Abrigadas como si estuvieran visitando Oslo en época de Navidad.

Escupieron unas palabras en italiano y enseñaron unas fotos de unos bocadillos en una aplicación del teléfono. Casi todos los turistas llegaban a su puesto de bocadillos gracias a unas aplicaciones donde lo nombraban como el mejor establecimiento de bocadillos de la capital.

Comenzaron a preparar el pedido y Gildo, en medio de abrir una *focaccia* y poner la salsa trufada, cayó en mirar el puesto de bocadillos de la competencia que estaban montando delante. Recordó que donde estaba esa francesa rubita, estaba ese vampiro del dueño de la empresa. Otro mafioso, otro corrupto, otro cáncer de un sistema podrido.

Virginia Ruota y el vampiro.

¿Tenía que ver el vampiro con la muerte de la concejala?

Sonrió Gildo, eso hubiera sido un *totum revolutum* perfecto. Detener la obra de ese monstruo escupe bocadillos y resolver la muerte de la política. Pero la vida es muy diferente a lo que idealizamos.

Entregó los bocadillos al grupito, mostrando su bíceps, y ellas rieron, porque ya se lo esperaban. Las reseñas de la aplicación lo decían: «No os perdáis la entrega de la bolsa por el guapo italiano».

O: «No te vayas sin hacerte una foto con el cocinero macizo. Serás la envidia de tu perfil».

En fin, Gildo usaba de la mejor manera las armas que le había entregado la madre naturaleza.

Pasaron más turistas, más romanos y más bocadillos.

Y cuando fueron las nueve y media, con la bajada de la faena, Gildo convenció a Ornella de que se marchaba. No le hizo falta hacer el teatrillo de que lo llamaban y que, a veces, muy de vez en cuando, se sacaba de la manga.

Aparcó delante de su casa, donde siempre. Pero todo no era como siempre, esa noche lo cambiaba todo: Marzia estaba delante de la puerta con una botella de vino.

Gildo sonrió al verla. Sintió un viento de mariposas y de felicidad en su interior. Más feliz aún cuando comprobó que la botella que llevaba no era un

Cèsarus.

Marzia estaba imponente.

Pantalones ajustados de vestir y una blusa de noche; por encima, un abrigo ligero, abierto, por si hacía fresco.

Sí, esa noche hacía fresco, pero la situación se podía calentar, y mucho.

Bajó de la Vespa y se fue acercando. La noche acababa de empezar.

Marzia desprendía un aroma a flores y sutiles especias aromáticas. Un perfume caro tenía que ser. Diferente de la cena en la azotea.

Más cálido, más sensual.

Llevaba un delineador de ojos que le daba un aire de seductora y devoradora de hombres.

Eso le encantaba a Gildo. Aquello prometía. Pero dos noches sin dormir... podía ser demasiado.

Antes, cuando trabajaba en el crucero como ayudante del chef, hacía auténticas barbaridades. Pero hacía demasiado tiempo y el cuerpo era más joven y se recuperaba con nada.

—Estás guapísima.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Qué dices? ¿Con estas pintas? —dijo al mirarse. Aún llevaba la camiseta negra del Porco Miseria. Olía a patatas fritas y a sudor—. Ni siquiera te daría un beso en la mejilla en estas condiciones.

Ella hizo un ademán, se acercó y le dio dos besos.

Entonces él cogió el túper de *polpettes* que estaba en el baúl de la Vespa y entraron.

—Tienen buena pinta —dijo ella, refiriéndose a las albóndigas, justo cuando las puertas del ascensor se cerraron.

—A ver qué tal.

—¿Con pan? ¿Con patatas? ¿Con pasta?

—Con *spaghetti*, ¿te parece? —ofreció él.

—Perfecto.

—Mira —añadió él, mirándose en el espejo—. Parecemos la Bella... y la Bestia.

Ella sonrió y negó.

—No es para tanto.

Salieron al rellano y abrió la puerta.

—Mientras se cuecen los *spaghetti*, me ducho rápido —afirmó.

Cerró la puerta y fue a la cocina, se oyeron unos sonidos sordos metálicos y puso a cocer la pasta.

Regresó a la sala de estar y la mujer estaba mirando con detenimiento el piso.

—Bueno, es lo que es —dijo, y quitó una camiseta del sofá—. No estaba programado que vinieras.

Ella se giró.

—Está perfecto, Gildo, nunca pensé que volvería a cenar contigo —afirmó—. Vete a la ducha, yo me encargo.

Él sonrió y desapareció por el pasillo.

Mientras él se duchaba, ella abrió la botella de vino cara, lo vertió en copas y lo dejó airear en la mesa. Buscó la pasta, preparó la porción adecuada de *spaghetti* y calentó en una sartén la salsa.

El agua se detuvo y, en unos cuantos minutos más, apareció Gildo. El pelo no estaba perfectamente seco por volver lo antes posible. Se abrochó en el umbral de la cocina un par de botones de una camisa del estilo hawaiano y le sonrió.

—Ahora sí —afirmó, y se acercó a la mujer.

Le dio dos besos sentidos, largos, de los que no se dan a los amigos.

Luego le indicó que se fuera a la mesa y que el acabaría con todo eso.

Escurió la pasta y la vertió en la sartén.

Cogió una cuchara y probó la salsa: estaba extraordinaria. Mejor de como la había probado en la cocina de Marco. La receta era fantástica.

Mezcló la pasta y la dejó en reposo unos minutos, el tiempo adecuado para preparar unos platos y unos tenedores en la mesa.

Sirvió la pasta y se sentó al lado de la mujer.

Él cogió el tenedor, en cambio, ella cogió la copa.

—¿Brindamos?

Él dejó el tenedor.

—Perdona, claro —dijo, y levantó la suya.

—¿Por más cenas? —propuso ella.

—Claro que sí. Por más cenas —respondió él, y tintinearón las copas.

Ella olió el vino, lo volteó en la copa para que se oxigenase más y, finalmente, lo bebió.

A él le entusiasmó. Le dio la vuelta a la botella para ver la etiqueta. Era un Lambrusco, de los buenos, de los que se toman en Italia con las comidas importantes.

—Este no es un Lambrusco barato de los que exportan para comer con *pizza*. Esto es una bodega pequeña en Mantova.

Gildo giró la botella. En la etiqueta ponía una palabra extraña.

—Pja, ¿qué?

—Pjaföc.

Gildo se extrañó.

—Quiere decir luciérnaga en el dialecto de Mantova.

Gildo arqueó la boca.

—Excepcional, la verdad.

—Este vino con aguja limpiará la grasa de la carne, ya verás.

El aceptó el reto de ese extraño maridaje y comenzó a comer.

Las albóndigas casaban muy bien con el *spaghetti* grueso que había elegido. Los dos, entre Lambrusco y risas, limpiaron rápidamente los platos.

La velada era agradable, distendida. Gildo recordó los momentos agradables de la noche que lo llamó el comisario por la muerte del bodeguero. Cuando acudieron en Vespa en medio de la noche. Que durmieron en dos habitaciones separadas y tuvieron besos castos.

Eso le gustó recordarlo, había aún mucho que probar con ella.

—¿Te apetece un postre?

—No sé, ¿qué tienes?

—Creo tener unos yogures caducados, unas galletas o algún tiramisú congelado de emergencia.

—¿De emergencia?

—Sí, por si un día me apetece y no quiero preparármelo.

Ella se arrimó a él.

—¿Y si eres tú mi tiramisú de esta noche?

Él sonrió mientras ella se aproximaba.

Gildo miró sus labios, carnosos y con un ligero carmín seductor. Y cuando sus bocas se tocaron, vio cómo ella cerraba los ojos.

Esa mujer era una perdición. Pero él estaba dispuesto a dejarse llevar.

Acabaron las copas y se fueron al sofá.

Él puso la mano en su pierna y siguió besándola.

Le fue dando besos por la mejilla, por la oreja, y bajó por el lateral del cuello. Luego, por la garganta, por el otro lado y regresó a la boca.

La mano de ella se había colado por los botones de su camisa y estaba palpando los abdominales de él.

Entonces él avanzó por los muslos hasta tocar la entrepierna de ella. Los tejanos apretados escondían el pasaporte hacia el paraíso.

Cuando ella sintió la mano de él, le pidió un momento para ir al lavabo. Él le indicó dónde estaba. Mientras, Gildo esperó en el sofá.

Estaba nerviosa, el corazón le palpitaba demasiado rápido. Sentía miedo y excitación en la misma proporción. Pero estaba allí y el pasado debía quedarse atrás.

A pesar de ser un escorpión, el dolor del pasado siempre escuece como limón en una herida. Pero suspiró, se refrescó la cara y regresó a la sala de estar.

Gildo seguía en el sofá, esperándola.

Dio la vuelta y lo vio. Tenía los ojos cerrados y la cabeza torcida. El cansancio le pudo. A pesar de la excitación y de la euforia, las pocas horas de la noche anterior le pasaron factura y fue de repente. Sin más, sin preaviso. El vino y la digestión se la jugaron.

Marzia se sentó a su lado. Suspiró, casi se alegraba, eso alargaba el momento. No sabía si estaba preparada, pero hacía todo más interesante. Una parte de ella le dijo que lo despertara, seguro que retomarían la situación donde la habían dejado.

Acercó la mano, pero no tuvo el coraje de tocarlo.

Lo prefirió así.

«Otro día, pero con tu disponibilidad, será dentro de meses», pensó.

Se levantó y buscó un papel y un bolígrafo.

Dejó una nota y cerró la puerta sin hacer ruido.

La noche había acabado antes de lo que pensaba.

Cuando Gildo se despertó, se encontró una nota entre las manos, no a la barista.

Miró a su alrededor mientras llenaba rápidamente de aire los pulmones.

Parpadeó como si fuera una pesadilla.

Marzia.

¿Dónde estaba Marzia?

Miró en el piso y no había nadie.

Se había dormido.

Patoso y gilipollas, se dijo.

Menudo desastre.

Lo segundo que pensó fue que no la volvería a ver otra vez. Eso no era ni normal. El destino no quería, ¿o qué?

Entonces encontró algo en las manos. Era un papelito. Lo había escrito ella.

«Dormías tan plácidamente que he preferido no despertarte. Nos vemos mañana para el *cappuccino*. ¿El tiramisú lo dejamos para otro día? Besos».

Se dibujó una sonrisa en el rostro de Gildo. No podía hacer nada más. Aceptarlo e irse a dormir.

A la mañana siguiente, limpió lo que pudo la mesa de los platos sucios y guardó lo poco que había quedado en la botella de Lambrusco.

Él también en parte se había alegrado. Si tenían que tener su primera vez, quería que fuera especial, sin que estuviera tan cansado.

Se presentaba una mañana nueva de investigaciones y la comenzaría en casa del tal Mario Rossi.

Durante la noche, le había llegado un mensaje de Aurelio. Había conseguido una primicia y quería publicarlo todo cuanto antes. Cada día que

pasaba, tenía más probabilidades de que la competencia se adelantara.

Aurelio decía en su mensaje que Virginia Ruota estaba por firmar un decreto que permitía construir pistas de pádel flotantes en el río Tevere. A la altura de la isla Tiberina.

Le sacó una sonrisa, eso ya era el colmo.

Arrancó la Vespa y fue directo a la dirección del administrador de la sociedad pantalla del restaurante.

Piazza dei Mirti, número 2.

Un edificio de color vainilla desteñado.

Una farmacia y otros comercios, barrio Centocelle.

En la puerta central, en el piso del segundo piso, puerta tres, no había nombre. Apretó el timbre. Gildo estuvo esperando e insistió varias veces.

Tocó unos aleatoriamente. Los vecinos que contestaban decían que nunca había vivido allí un tal Mario Rossi. El piso al que se refería había estado siempre vacío. Pero, sin embargo, nunca había tenido un cartel de alquiler.

Todo era muy extraño.

Decidió entrar en la farmacia y pedir información a las dependientas.

Nadie conocía al tal Mario Rossi. Ni siquiera cuando Gildo le enseñó una foto del DNI.

En la tienda de ropa interior, se podía dar el caso de que nunca hubiese entrado, pero una farmacia, antes o después, se visita. Antes o después, uno pilla un resfriado o un catarro.

Estaba claro, el administrador de Ristorantia S.R.L. era un testaferro.

Tenía que volver a hablar con Marco, y no solo para decirle lo buenas que estaban las albóndigas, sino para averiguar quién lo había contratado y quién le pagaba la nómina.

Arrancó la Vespa y fue directo hacia el restaurante del amigo. La investigación se estaba alargando, como era normal, pero esa muerte era el punto medio de demasiados asuntos, de demasiados nexos de la vida romana.

Virginia Ruota tenía secretos y una vida personal mucho más activa que una mujer normal.

Dinero, poder y sexo se juntaban en el mismo punto, en el ático del Palazzo Cisterna.

Tenía muchas ideas pivotando en su mente y demasiada información. Gildo, mientras conducía por las calles adoquinadas de Roma, sentía que necesitaba relajarse y desplegar las pistas. Verlas, sentirlas y valorarlas.

Esa pila de datos y pesquisas que tenía en su mente necesitaban ser filtradas y puestas en orden.

Aparcó la Vespa e intentó entrar en el restaurante.

La puerta estaba cerrada. A media mañana, el personal, el tal Fe y Marco, que él supiera, estaban con tareas.

Tocó la puerta varias veces hasta que llegó el camarero. Lo dejó pasar a la cocina, donde el amigo estaba en los fogones.

—A Gi. ¿Qué haces aquí?

—He venido personalmente a decirte qué pienso de las albóndigas —dijo Gildo, serísimo.

El cocinero dejó de remover lo que estaba cocinando y se giró.

—*Porca miseria*. ¿Tan poco te han gustado?

Gildo lo miró, sin decir nada por unos instantes.

—Me han encantado —soltó, y al mismo momento, la expresión del cocinero se destensó.

—Si quieres, te puedo dar más.

—No, gracias.

—Me alegro muchísimo de que me lo hayas venido a decir en persona, pero me lo podías haber dicho por teléfono.

—¡No tengo tu número!

El cocinero bajó el fuego que alimentaba la sartén, se apartó el delantal y sacó del pantalón el móvil; se intercambiaron los números de teléfono.

—¿Seguro que no quieres más?

—No, de verdad —respondió Gildo, y se quedó pensativo.

—Bueno, ¿en qué más puedo ayudarte?

—Nada —dijo Gildo, mirando los fuegos—. ¿Qué cocinas hoy?

—Nada importante, unos simples *saltimbocca allá romana*.

—¿Puedo? —preguntó Gildo.

—Claro.

Gildo olió los aromas que salían de la sartén. En los fuegos solo había esa comida. Para ser un restaurante con todas las mesas reservadas, no tenía

mucho que preparar. Eso era un dato más. Pero no estaba allí para demostrar que ese antro era una maldita tapadera. Necesitaba una información concreta que él podía darle... o no.

—¿Dónde vives ahora? —dijo mientras olía la comida.

—En la Garbatella.

—Ostras, te tienen que ir muy bien las cosas —afirmó sin dilación, y luego cambió el tono—. Esto huele que alimenta.

—Gracias.

—Garbatella es un barrio no precisamente barato. Te pagan bien, ¿no?

—No me quejo. Ya sabes, cuando te vienen a buscar, tienen que pagarte bien o si no, te quedas dónde estás.

—Ya, me lo imagino. Por casualidad, me gustaría hablar con el señor Mario Rossi. Ya que tienes el teléfono en la mano, ¿me podrías dar su número?

Marco lo miró sin decir nada.

Inexpresivo.

Pestañeó un par de veces antes de contestar, esa pregunta le dio a entender a qué había ido.

La realidad no era una dulce amistad, sino algo más pragmático.

Nada de albóndigas ni de simpatía, directo al turrón, al nudo de la situación. Gildo había ido para un contacto y nada más. El resto era una coreografía.

—Sí, apunta —ladró, luego buscó en el teléfono y le cantó el número.

Misión cumplida, pensó Gildo. Tenía el número del administrador de la sociedad Ristorantia S.R.L., dueña de ese chiringuito.

—Gracias. ¿Seguro que es el bueno? —preguntó, medio bromeando.

—Claro, somos amigos, ¿no?

—Por supuesto, Marco, por supuesto —respondió, y guardó el número en contactos—. Entonces sí, por casualidad, mirase en tu cuenta corriente, vería solo ingresos de la sociedad Ristorantia S.R.L., ¿verdad?

—Que sepas que pago las tasas y soy un ciudadano honrado —espetó con un ápice de rabia.

Gildo levantó las manos.

—Sin rencor, Marco. Solo hago preguntas, solo hago mi trabajo.

—Pues tu trabajo es fuera de aquí, porque aquí tengo el mío y no puedo regalarte más tiempo —insistió.

Esa frase sonó a brecha, a fisura en la relación entre los dos.

—Ya entiendo, Marco. No quiero crearte problemas, amigo. Me voy. Gracias por todo —dijo, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta de salida de la cocina.

—Gildo, espera.

El policía cerró los ojos. Ese tono de voz había cambiado, a lo mejor se había dado cuenta de que se había pasado.

El policía se giró. Sintió como si estuviera en una película del lejano Oeste. Donde el otro saca el revólver y le dispara a traición, pero mirándolo a los ojos, gozando del espectáculo y el sufrimiento ajeno.

—¿Sí? —respondió Gildo sin tenerlas todas consigo.

—Perdona. Se me ha ido la pinza. Puedes llamar a Mario sin problema, dile que te di yo el número. Que sepas que me ha hecho mucha ilusión volver a verte. Es más, anoche repetí las albóndigas con un pequeño cambio de especias. ¿Seguro que no las quieres probar? —preguntó con el mismo tono de amistad del otro día.

Gildo se alegró al escucharlo. Su amigo tenía razón, lo más importante era eso, que se hubieran vuelto a encontrar.

Decirle que no quería más daba dos ideas. Primera, que era un feo y volvería a dar un paso atrás, volviendo al momento de tensión. Segunda, que demostraría que las albóndigas, al final, no eran tan buenas. Y eso no era verdad, eran de rechupete.

—Venga, me las llevo —afirmó Gildo con un tono amigable y agradecido.

De pronto, se dibujó en el rostro del cocinero una sonrisa.

—Venga, enseguida, las tengo en la cámara frigorífica —dijo Marco, cogió un túper transparente de plástico debajo de la mesa y se dio la vuelta—. Has hecho bien en salirte de esto, cada vez el departamento de sanidad del ayuntamiento es más y más estricto. Este país morirá en su burocracia —comentó, y abrió la puerta de la nevera, que era una habitación en un lado de la cocina.

Abrió y, al hacerlo, salió una nube de frío húmedo que transportaba miles de olores, entre verduras, lácteos y especias.

Cerró la puerta a su paso y Gildo dejó de verlo. El frío en un momento se va. Siempre lo repetían en la escuela: «¡Cerrad siempre la puerta! Por los alimentos y por el planeta». Gildo siempre intervenía en esa frase del profesor, añadiendo: «Y por la factura».

Marco regresó con una porción igual de abundante que la del día anterior.

—Algún día sacaré mi propia franquicia.

—¿De qué hablas?

—Crearé un local franquicia donde solo se sirvan *spaghetti* con mis albóndigas, *polenta* con albóndigas. Albóndigas con albóndigas. Albóndigas de todo tipo —dijo mientras le daba el segundo túper.

—Es una buena idea.

—Si quieres, puedes subirte al carro.

Gildo negó.

—No, gracias, yo vendré a comer, eso sí. Ya tengo bastante lío con mi *food truck*.

—El Porco Miseria. Antes o después, ese lugar te matará.

—¿Por qué lo dices?

—Por tener dos trabajos.

Gildo se encogió de hombros.

—En fin, gracias. Vamos hablando.

—Dime qué tal te han parecido con este ligero cambio, ¿de acuerdo? —preguntó con un pulgar subido.

Gildo saludó y se fue. Metió otra vez el túper en el vano del motor, pero, antes de cerrar el sillín, comprobó que estuviera bien cerrado el contenedor de plástico. No quería encontrarse el motor lleno de salsa de tomate y trozos de carne.

Arrancó la Vespa y, a medio camino de la comisaría, sintió una llamada, una sensación de ahogo. Necesitaba pensar.

Antes de entrar en el Trastevere y cruzar el río, se desvió hacia la carretera que lo bordeaba; cuando llegó al Castell S'ant Angelo, cruzó el puente y aparcó.

Dejó el casco en la Vespa y respiró. Necesitaba caminar y ordenar las ideas.

Castell S'ant Angelo.

El monumento tenía una zona ajardinada delante de las poderosas murallas que lo rodeaban. Un oasis de verde dentro de Roma.

Caminar ayudaba a relajarse.

Lo había leído en varias biografías de personas importantes. Aparte de los beneficios físicos, la mente se relajaba y florecían las ideas, las anomalías, las soluciones.

Cogió el teléfono y llamó a Mario Rossi.

El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. No le extrañó.

Mandó un mensaje a Marzia, tenían que acabar la velada de anoche y tenía ganas de verla a pesar de que no había podido pasar a saludarla.

Caminaba entre el césped y la callejuela de tierra y ladrillos.

A los lados, había árboles casi despojados de su rojizas hojas y arbustos sin flores.

Caminaba al lado de ancianos, padres con carritos y deportistas que se refugiaban del tráfico de la capital.

Virginia Ruota.

El rebús de la concejala de urbanismo.

No conseguía desenmarañar el problema.

Todo empezó cuando el comisario le dio el caso. Una casualidad fue que en ese momento estaba en el restaurante donde Aurelio decía que estaba la mafia que iba a construir el centro comercial. Una empresa que no tenía nada que ver con Ristorantia. Un *holding* de empresas pantalla que no conseguía entrelazar. Para eso necesitaba la ayuda de la *guardia de finanza*.

La policía que vigila las cuentas y las estafas italianas.

Pero, a pesar de eso, ningún proyecto se había interrumpido. Por absurdo que fuera, ninguno.

¿Por qué habían matado a esa mujer?

Quizá el tema no era profesional, sino personal, pensaba mientras se acercaba a la punta oeste del castillo. Se apoyó en la barandilla que impedía caer por un salto de un par de metros de desnivel.

Desde allí, se veía muy bien el ángel que presidía el castillo y vigilaba la ciudad.

—Y tú, *arcangelo* Gabriele, ¿has visto algo desde allí arriba? —susurró Gildo.

Suspiró, necesitaba un poco de aire tranquilo. Tanto frenesí y tráfico de vez en cuando lo agobiaba. Llevaba demasiados días sin salir a correr o ir al gimnasio. El cuerpo y su lucidez lo comenzaban a sentir. El exceso de café y las pocas horas dormidas no eran buenos compañeros de trabajo.

A Virginia, a lo mejor, la había matado alguien de su entorno personal. ¿Pero quién?

Quizá Giuseppe Cavalletta. Por despecho, por venganza.

Porque la pista de las braguitas a medida sin abrir podía ser un dato importante y lo había desestimado.

O a lo mejor no fue él, sino otro amante.

¿Quién era el que había subido al domicilio de Virginia esa misma noche? El conserje no había visto a nadie, estaba viendo la televisión. El programa de *quiz* era mucho más interesante que estar atento a lo que sucedía en el *palazzo*.

Nada era lo que parecía.

La señora Golfoni tampoco había escuchado nada de particular para identificar al culpable.

Si la vía personal era válida, tenía menos pistas que en la profesional.

Las pistas de verdad estarían en el apartamento, en el bolso, en el móvil que no aparecía. Todo eso era un rebús tremendamente complicado. Lo único que pudo descifrar fue que tenía que volver a la escena del crimen.

Respiró hondo un par de veces más y regresó despacio hacia su moto.

Eran las once y media. Si se iba a la comisaría, habría estado poco y no le apetecía para nada. Y era demasiado tarde para comenzar una ulterior

pesquisa en el domicilio. Desganado y cansado, se dijo que era mejor ir a comer.

Arrancó la moto y fue directo a casa de su madre.

Las colas de turistas eran serpientes de gorras por las vías del centro, accionando sus máquinas fotográficas. Sortearlas era lento y tedioso.

Dejó la moto en la calle, entre turistas, como siempre.

No todos los días era igual, desde luego. Días que llegaba tarde a comer y otros días llegaba con media hora de adelanto. Sacó el túper de las albóndigas y las subió a casa de su madre.

Dejó el casco y las llaves.

En el aire no había música, sino el sonido del telediario del mediodía. Él estaba acostumbrado a entrar en casa de su madre cuando había acabado y entonces ella ponía música. En cambio, ese día, había roto la costumbre.

Bajó la televisión y su madre se giró. Al verlo, dio un brinco.

—¡Por todos los santos del Vaticano! —gritó la madre con una copa de vino en la mano que casi se vertió encima—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Perdona, *mamma*. No era mi intención —dijo, acercándose—. Es que está tan alto el volumen que se enteran de las noticias todo el bloque de pisos y los turistas de la calle.

—No te esperaba tan pronto.

—Lo sé, he venido antes porque...

—¿Por qué?

—Nada, estaba por la zona y ¡he venido antes!

La madre asintió extrañada y dio un trago al vino.

—¿Blanco?

—¿Qué?

—¿Hoy vino blanco?

—Sí, por la receta. Por no abrir uno tinto y otro blanco. Por qué abrir un blanco malo y un tinto si puedes abrir uno blanco bueno, ¿no?

—Claro, todo cuadra. Cómo no. Así que hoy vamos a comer una receta con vino blanco, ¿y es?

—Pues *all'amatriciana*.

—*Spaghetti all'amatriciana* —dijo Gildo.

—Hijo, ¿qué llevas en la mano? —preguntó, indicando con el cucharón de madera lo que llevaba su hijo.

Gildo lo miró como si lo hubiese olvidado.

—¡Ah! Esto son albóndigas.

—¿Albóndigas? ¿Y qué haces tú con un túper de albóndigas? ¿Las has comprado?

—No, son de Marco, un compañero de la escuela de hostelería. Lo han contratado en un restaurante aquí en Roma y me las ha dado.

—Tienen buena pinta.

—Las comí anoche con...

Ella se detuvo y giró la cabeza.

—¿Con? —preguntó, maliciosa.

—Nada, con una botella de Lambrusco.

—¿Lambrusco? —preguntó, desdeñada.

—Es una larga historia lo del Lambrusco —mintió para evitar una discusión inútil y larga—. En fin, las comí como hacen los americanos con la receta de las *meetballs*.

—Hijo, háblame en cristiano.

—Con *spaghetti*.

Ella asintió, mirando el contenido con algo de recelo.

—Es más, son tan buenas que me gustaría que las probaras; son una receta de su abuela.

La madre levantó el cucharón, lo volteó en el aire y confirmó:

—Las abuelas tienen mucha experiencia. Por cierto, ¿cuándo me vas a hacer abuela?

Gildo puso los ojos en blanco.

—Te dejo las albóndigas en la nevera.

—Claro —confirmó mientras regresaba a los fogones para ir mezclando la salsa de tomate—. Ya las probaré. A lo mejor esta noche o esta tarde de merienda, quién sabe... Si dices que son tan buenas.

Una vez colocadas las albóndigas en la nevera, se vertió un poco de vino blanco.

—Por cierto, ¿sabes por qué se llaman *all'amatriciana* los *spaghetti all'amatriciana*?

—Sí, lo sé, *mamma*.

—Ya, pero te lo voy a decir igual —replicó, convencida—. Tranquilo, seré rápida. Se llaman así porque son originarios de la ciudad de Amatrice, de nuestra región del Lacio. Y a diferencia de todas las otras recetas que hemos hecho en estos días, esta lleva tomate. Introducido cuando entró en nuestra cultura gastronómica.

—Sí, *mamma* —contestó con los ojos en blanco.

—Con el tomate, le da un toque muy bueno. ¿Lo hueles, Gildo?

—Me van a salir los *spaghetti* por las orejas —dijo con un tono aburrido—. Entraré en la comisaría y me preguntarán: ¿Gildo, qué tienes en la oreja? Se acercarán, me cogerán un extremo de la pasta y me la sacarán. ¡Oh, un *spaghetti*! ¿Qué haces con pasta en las orejas, inspector Falcone? —preguntó con la voz cambiada, haciendo una parodia de la situación inventada—. Y yo responderé: Nada, comisario, mi madre, que lleva una semana con *spaghetti* para comer todos los días.

La madre había bebido un sorbo de vino a la mitad de su interpretación. Hizo un gesto en el aire como para que lo dejase y se dio la vuelta para seguir cocinando.

—Eres un exagerado. Una buena pasta siempre viene bien. ¡Déjate de tonterías! —afirmó la madre con un tono convencido—. En fin, que esta receta es la siguiente de nuestra ruta por la cocina romana. Tenemos la *cacio e pepe*, añadimos el *guanciale* y pasa a ser *grigia*. Luego, a la *grigia*, le añadimos el tomate y se convierte en *amatriciana*. ¿Está claro?

—Está claro.

La mujer había cocinado la panceta en la sartén, en la que vertió un buen chorreón de vino blanco para desengrasarla. A los pocos minutos, se había evaporado. Luego, añadió el tomate fresco y dejado cocer por unos veinte minutos. Añadió pimienta y un poco de guindilla para hacer la receta picante. Ese fue el procedimiento hasta el momento.

—Ven, que acabamos con esto —indicó la madre—. Ahora, escurrimos la pasta, echamos dentro la panceta y listo —dijo mientras lo hacía.

Gildo se acercó para verlo.

—La verdad es que huele de maravilla.

—Las dudas ofenden, *ragazzo* —dijo mientras removía la pasta en la sartén.

Cogió los platos vacíos, los acercó a la sartén y emplató. Y, por último, cogió el *pecorino romano* y ralló encima.

—*Mamma mia*, qué pinta y cómo huele esto —dijo Gildo con su plato mientras lo llevaba a la mesa.

El primer bocado le resultó familiar. El sabor dulce y ácido del tomate, balanceado por la panceta crujiente, le daba un toque salado y ahumado. El queso y la pimienta hacían que el plato en su conjunto cogiera una cierta redondez especial.

—¡Mmm! Excepcional, *mamma*.

—Gracias. Cuéntame de la investigación, dice la señora del segundo piso que no hay novedades.

—¿Cómo lo sabe la señora del segundo piso? ¿Sobre qué se basa?

—Pues no sé, de su hijo y de lo que pone en los periódicos, y de los telediarios.

—La señora del segundo piso nunca se ocupa de sus cosas, ¿verdad?

—Nunca. ¡Qué vamos a hacer, estamos jubiladas! Nosotras lo que teníamos que hacer ya lo hicimos. Ahora os toca a vosotros hacer y a nosotras, criticar. ¡Ya os tocará criticar a vosotros en su momento!

—Claro, como los jubilados alrededor de las zanjas de las obras. Cuando paso por ciertos hallazgos arqueológicos, están martirizando a los obreros. Tiene que ser una tortura eso.

—No te creas, seguro que les hacen compañía a los obreros.

—¿Con cuántos has hablado para afirmarlo?

—Con ninguno, lo deduzco.

—Ya, por eso te digo.

—No seas malo.

—Malo no, solo digo lo que hay —dijo, y cambió de tercio después de meterse un nido de *spaghetti* en la boca—. Esto está de vicio. ¡*Brava, mamma!*

—Gracias —contestó, satisfecha, y apuntó a la nevera—. Me has despertado la curiosidad por las albóndigas.

—Bueno, ya las comerás. Tranquila —contestó, y vertió más vino blanco en las copas.

Madre e hijo acabaron los espaguetis mientras hablaban de cuándo ella sería abuela. Después, sacó una *pannacotta* de postre y Gildo se marchó.

Condujo hasta el Palazzo Cisterna, quería volver a la escena del delito. Era consciente de que se había dejado algún detalle, pero no sabía cuál. Lo único que sabía era que tenía que encontrarlo.

El ático olía a cadáver.

La penumbra de la muerte seguía estando presente en la estancia. Silencio y taninos en el aire. La mancha de vino se había secado. El sofá de terciopelo estaba cogiendo algo de polvo. Nadie había entrado en el domicilio en ese tiempo.

Gildo sintió una presión en el pecho que no sabía explicar. La muerte deja un rastro eterno. En un *palazzo* antiguo, seguro que había sido una visitante asidua desde los tiempos en que fue construido.

No había remedio, no podía hacerlo de otra manera, solo estando allí.

Las fotos enseñaban casi lo mismo. Pero hay una parte que la realidad no permite que las instantáneas se lleven. Como las traidoras pantallas de los ordenadores, que no revelan los errores en los textos. Solo una vez impresos, uno los puede detectar. Con los crímenes es lo mismo. Hay que volver a la escena del crimen.

Oler, sentir, pensar.

El cadáver había sido sacado de la escena, pero recordaba perfectamente su posición y su volumen. Un cuerpo esbelto, alto, atractivo, que estaba tumbado con una mano estirada en el costado. Una copa rota. Cristales en la alfombra persa, manchada para siempre.

Vino derramado. Con una cantidad muy superior a la que contenía la vieja copa, refinada, de cristal costoso.

Virginia Ruota, con su pelo castaño oscuro, largo.

¿Quién la había matado?

Las piezas del puzzle comenzaron a encajar poco a poco.

El vino. Un Cèsarus. No por casualidad habían dejado esa botella.

El vino en su interior no estaba contaminado por el veneno. Solo el vino de la copa. Así parecía, así creía.

El mismo veneno que había matado al bodeguero. ¿Una coincidencia? No podía ser una coincidencia, al parecer de Gildo.

Algo tenía que haber en todo eso que estaba escondido. No sabía verlo, pero era mucho más fácil de lo que creía.

Gildo se fue a la ventana. Miró a través de ella. Esa mirada era un lujo de pocos. Los amores y el sexo se habían mezclado allí.

Giuseppe Cavalletta se había enamorado de esa mujer hermosa y le había conseguido el alojamiento con vistas al Tíber. Único, impagable por la inmensa mayoría de la población normal.

El agua rodeaba la isla Tiberina en un abrazo milenario.

Se giró.

La puerta del domicilio estaba detrás de un pequeño vestíbulo y unas cortinas de terciopelo del mismo color que el sofá. Le recordaba al Teatro alla Scala. Aristocrático y elegante.

Entonces, Gildo recordó el detalle. Virginia había caído como un peso muerto por la mañana. El forense decía que había muerto por la noche. Era una incongruencia.

Nadie había escuchado entrar a nadie.

¿Un fantasma? ¿Un complot? ¿Alguien muy sigiloso?

El edificio no tenía puertas posteriores, solo una anterior, y el conserje no había escuchado entrar a nadie.

El último amante de la señora Ruota.

Bajó un piso y llamó a la puerta de la señora Golfoni. A los segundos, un grito de la dueña atravesó la puerta y llegó hasta el inspector.

Pasaron unos minutos antes de que apareciera la sirvienta para abrirle.

La mujercita, de baja estatura y de facciones extranjeras, tenía esa tarde un rostro muy expresivo. Delataba cansancio físico y, cómo no, emocional también. Y no era para menos, trabajar para esa mujer no podía ser de otra forma. Una señora de alta cuna y vieja escuela que no paraba de mandar y ordenar. Recluida en sus aposentos y que le molestaba hasta que entrase la luz por las ventanas, filtrada por las espesas cortinas. Arrugada como una pasa, una auténtica cascarrabias.

—Inspector Falcone —dijo mientras le enseñaba la placa—. ¿Está la señora?

—Sí —susurró—. Pase.

—Gracias —dijo, sorprendido, y le preguntó bajando la voz—: ¿No era usted quien no sabía hablar italiano?

—Yo hablar italiano —susurró con un fuerte acento extranjero.

La mujer, vestida de camarera de principios del siglo pasado, se acercó a la entrada y le indicó a la señora en el sillón; sin que la viera, acercó su dedo a la sien y lo hizo rodar, como diciendo que estaba loca. Se dio la vuelta y se marchó sin darle posibilidad de hablar al policía.

Gildo la miró dirigirse hacia la cocina. A pesar de que afuera había luz solar, en esa casa las cortinas echadas daban una imagen de cueva vampiresca. Y allí estaba el vampiro, la uva pasa de otros tiempos.

—Puede pasar inspector. ¿O necesita que me levante?

Gildo entró. Estaba leyendo un libro de esos que tienen las cubiertas en piel de un solo color y titulares dorados. Una colección de clásicos de la literatura más viejos que ella. Al cerrar el libro, se vio el título: *Crimen y castigo*, de Dostoyevski.

—¿Se puede? —preguntó.

—Siéntese allí —indicó con el dedo.

El policía se sentó en el lugar señalado, como un buen invitado.

—Espero no molestarla.

—Usted no molesta y, aunque lo hiciese, no se lo diría —afirmó la mujer—. ¿Cómo van las investigaciones?

—Bastante bien, gracias.

—Entonces, ¿a qué debo su visita? No creo que sea por las galletas de mantequilla de las cinco de la tarde.

—No, gracias —dijo, tocándose el vientre—. Es por una cierta incongruencia.

La mujer levantó las cejas y se quitó las gafas de leer. Las apoyó encima del libro cerrado en una mesita a su lado y se quedó mirándolo, esperando.

—¿Y? —dijo, impaciente.

—La señorita Ruota murió por la noche, pero usted dijo que escuchó un ruido de «saco de patatas», palabras textuales, por la mañana.

—Cierto.

—¿Cómo puede ser?

—No lo sé. El policía es usted, tendrá que averiguarlo. A ver si ahora, que encima que aviso a la policía por ruidos extraños de la vecina de arriba, tendré problemas.

—Desde luego. Pero no es compatible, ¿me entiende?

—Le entiendo, pero no sé qué decirle.

—Ya.

La mujer estaba sentada en el sillón con una manta sobre las piernas. No tenía muchas ganas de colaborar o esa era la impresión que tenía Gildo.

—¿Tan perdido va, inspector? —ironizó la mujer como un reto, una frase que se clavó en el torso del policía—. Que me pregunta esto. ¿O tiene algún candidato?

—¿Candidato? —preguntó como si estuviera hablando de política y no de un asesinato.

—Homicida.

—No creo que sea cuestión de candidatos. Creo que el asesino es mucho más cercano de lo que creemos.

—Bien, me alegro por usted, que tiene una pista clara. ¿Y se puede saber quién es?

—No puedo decirlo. O incumpliría el secreto de sumario que ha dictaminado el juez —mintió Gildo—. Pero hay algo más. Creo que usted no me explica toda la verdad.

—¿Perdón?

—Creo que sabe más de lo que dice.

—¿Perdone?

—Lo que oye. Usted es una señora llena de secretos y que sabe más de lo que aparenta, ¿verdad?

La mujer se quedó mirando al policía; primero, halagada, luego, la pasa cambió de expresión.

La señora Golfoni era una incógnita.

No sabía por dónde cogerla, por dónde leerla, por dónde entrar en su cabeza. En la academia de policía no había un manual de psicología avanzada. Cada agente o inspector tenía que espabilarse como podía. Un buen policía podía seguir formándose leyendo o haciendo cursos de especialización. Pero la academia no te enseñaba cómo entrar en la mente de las personas. Interpretar silencios, microgestos y respuestas, eso era un nivel siguiente.

Gildo sabía interpretar muy bien a las clientas y clientes de su chiringuito. Sabía si podía venderles algo más, una cerveza, o si eran de vinos. Unas patatas de más o, simplemente, iban por una foto. Si acudían porque los enviaba una aplicación o se tropezaban con el Porco Miseria.

Pero leer a un testigo era más difícil para Gildo.

La señora Golfoni era una persona con un punto de interrogación encima de la cabeza.

¿Qué pensaba esa mujer?

¿Qué habría escuchado de verdad?

No tenía que ser el director del FBI para darse cuenta de ello.

—Usted no me dice toda la verdad.

—La verdad es más sencilla de lo que piensa, inspector. La verdad no existe.

—No tengo ganas ni tiempo de ponerme a filosofar con usted sobre la verdad.

—«No hay hechos, solo interpretaciones», decía Friedrich Nietzsche —dijo la señora, levantando la barbilla, como orgullosa de saber esa frase y sentirse intelectualmente superior al policía.

Gildo tragó saliva y se pasó la mano por la barba de varios días. Últimamente, no le daba tiempo de hacerse por la mañana la barba.

—«A veces, la gente no quiere escuchar la verdad porque no quiere que sus ilusiones se destruyan», decía también —afirmó Gildo, como si fuera una partida de tenis intelectual—. Le he dicho que no estoy aquí para filosofar. Necesito respuestas y usted no me las está dando. Me hace perder el tiempo.

La mujer, que en ese momento se encogió de hombros y lo miró retándolo con un cierto placer intelectual que no podía ocultar, le contestó:

—Yo le digo lo que puedo decir, inspector. Esa mujer era una furcia. No quiero imaginar quién lo puede haber hecho —dijo, y regresó a coger sus gafas, se las colocó en la punta de la nariz y abrió el libro, pasó unas páginas y apuntó con el dedo—. Eso pasa cuando uno comparte cama con más de una persona —concluyó, y volvió a introducirse en la historia del siglo pasado.

Luego llamó a la sirvienta para que acompañara al policía a la puerta.

Gildo se sintió, literalmente, echado de la conversación y de su casa.

No había aclarado nada. Pero se quedó con un detalle que consideró muy interesante. La señora estaba leyendo un libro, lo cerró en una página y regresó a ella sin necesidad de un marcapáginas. Eso era un detalle insignificante, pero delataba una gran lucidez de mente.

La mujercita extranjera cerró la puerta al salir. Gildo optó por ir al primer piso.

Llamaba a la puerta con insistencia cuando una voz lo sobresaltó por detrás.

—No hay nadie.

Gildo se giró asustado.

—*Porca miseria* —espetó, viendo al conserje a pocos centímetros—. ¿Qué narices le pasa? ¿No puede avisar?

—Casi nunca hay nadie en esta casa. Son vecinos muy poco problemáticos, la verdad.

Gildo se quedó con la frase.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro —dijo mientras dejaba la escoba en un lado—. ¿En qué puedo ayudarle?

Gildo le hizo la misma pregunta que hizo a la señora Golfoni.

El hombre se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Pues no lo sé, a mí me llamó la señora y acudí. Solo eso.

—Usted tiene la llave de la puerta, ¿entiendo?

—Bueno, sí.

—Y desde que le llamó la señora y cuando entró, ¿no pasó nadie? ¿Nadie salió?

—No.

—¿Seguro?

—¡No! —insistió, ya con el tono molesto.

Gildo lo miró mal.

—No. Porque...

Gildo sonrió y se rascó una ceja. Cogió una rama de jengibre y se la metió en la boca. Dio un buen mordisco. Necesitaba un chute de picante en ese momento. Ante ese ritual que hacía el policía como si fuera un tenista profesional en la final del Roland Garros, se estaba impacientando.

—Porque la señorita Ruota —se envalentonó mientras se rascaba los pelillos del pecho más cerca del cuello— estaba muerta desde la noche anterior, no por la mañana cuando la señora Golfoni escuchó el ruido.

La expresión del hombre cambió a más relajada.

—Puede que haya sido una coincidencia, ¿no cree?

—En mi trabajo no hay coincidencias. Solo consecuencias. ¿Está usted seguro de no haber visto nada?

—No.

—¿Seguro?

—¡Seguro! —afirmó el conserje con un tono que aún no había empleado hasta el momento.

Luego, el inspector cogió la rama de jengibre y la hizo rotar entre sus dientes, observando.

—Me he informado sobre usted —dijo el conserje con un tono de superioridad, como si eso que había averiguado lo cambiara todo—. Usted es cocinero. Usted era un cocinero y se ha metido en la policía. ¿No le iba bien entre fogones? ¿No le funcionó ser cocinero y dar de sartenes?

«¿Dar de sartenes?», pensó Gildo. ¿Qué frase era esa?

Con el tono que había empleado, tenía una connotación despectiva.

¿Qué le había hecho Gildo a ese hombre?, se preguntaba. ¿Por qué no era el mismo del otro día?

—Soy chef, no cocinero. ¡Chef!

—Cocinero, chef, todos sois iguales. Entre fogones, sois todos iguales —afirmó de nuevo.

—¿Qué quiere decir con ese tono?

—¿Tono? No es verdad. Es que usted se habrá metido a policía por descarte. Tengo dos primos en Sicilia. Uno se metió a cura porque comía tanto que lo enviaron a un seminario. ¿Eso es vocación? Y el segundo se metió a guarda forestal. Sí, al que le gusta ir de caza y hacer barbacoa para toda la familia en pleno bosque. Nada de vocación, un repliegue de trabajo.

Gildo dio otra vuelta al jengibre. En silencio, viendo cómo ese hombre que el otro día le explicaba intimidaciones ahora había sufrido una metamorfosis, una transformación como una oruga a mariposa. Pero en ese caso, al revés.

—¿Quién vino a ver a la señora Virginia Ruota la mañana que se encontró el cadáver?

—Nadie.

—¿Y la noche anterior?

—Nadie.

—Me dijo que estaba viendo la televisión y no se pudo enterar, ¿no?

—Eso dije.

—Lo voy a llamar a testificar en comisaría —afirmó Gildo suspirando.

—¿Me está amenazando?

Gildo arrugó el ceño y chupó el tubérculo.

—No, solo le estoy indicando que tendrá que venir a la comisaría a testificar —dijo, y se tomó un momento de espera para darle más importancia, ya que muchas veces son más importantes los silencios y lo que no se dice que lo que se dice—. Pero esta vez será jurada y servirá para el juicio.

El hombre tragó saliva ruidosamente.

—Claro, lo que haga falta.

—Bien, ahora me tengo que ir si no le importa.

El conserje apartó la escoba y Gildo bajó las escaleras. Cruzó el patio interno y, antes de desaparecer por la puertecilla de hierro, la abrió y la cerró. Sin salir. Esperó. Y, efectivamente, el conserje dejó la escoba y fue directo al

piso superior, al segundo; tocó la puerta de la señora Golfoni. Esperó a que entrase y se marchó.

Paseó hasta la Vespa. En esa calle, Via Giulia, paralela al Trastevere, no podía aparcar cerca. La acumulación de coches era tan grande que tuvo que dejar la moto en una pequeña calle, después del Palazzo Cisterna, justo a la izquierda. Via in Caterina.

Subió y, antes de arrancarla, se quedó pensando con el casco a medio poner.

Venía de comer en casa de su madre y había programado irse a la comisaría. El tiempo apremiaba, pero hubo algo que el conserje, con su manera patética y patosa de hablarle poco antes, encendió una bombilla.

Había un detalle que se le había pasado.

La vía profesional estaba viendo que no tenía más trascendencia, pero la personal cada vez estaba cogiendo más peso.

Arrancó la moto y no fue a la comisaría, fue a ver a Carmè. En la autopsia se había olvidado de algo. Un detalle que no era poca cosa.

Gildo había conocido a personas que ven el mundo como un Excel.

Resumían el mundo y su vida en unas secuencias de columnas y filas de casillas con números. Estos también sostenían que Dios, cuando creó la Tierra y la vida, usó un Excel.

Cuadriculados y maniáticos de ese programa, sin duda. Que si tenían que ir al lavabo, pero no lo ponía en sus tareas del Excel, no iban.

Entre ellos había un profesor de la escuela de hostelería: el profesor Randazzi.

Un personaje.

Un hombre con poco pelo, gafas de pasta y lentes de culo de botella, y un agudo sexto sentido para pillar a los alumnos en los fallos. Un ser reprobable. Una serpiente, frustrado y baboso. Uno de esos profesores que los alumnos se preguntaban, ¿qué hace este tío aquí?

Misterio. Nunca pudieron responderse.

El señor Randazzi de la escuela de cocina de Roma no era uno de los profesores preferidos de Gildo. Desde luego. Sobre todo, cuando se metía con él sobre detalles de su ejecución de recetas.

El hombre, corto de vista, todo lo encasillaba en su maldita hoja de Excel.

Gildo, llegando al instituto de medicina legal de Roma, se acordó de él.

No por el tema de las hojas de cálculo, sino porque se sintió como Randazzi, viendo la vida como una receta.

La vida era una receta, se repetía.

Y una autopsia también. Pero en el caso de la concejala de urbanismo, se había dejado un tema importante. Imperdonable.

Aparcó la Vespa y se juró no distraerse con las faldas cortas de las universitarias.

El problema era que, ese día, las faldas eran demasiado cortas y se distrajo. En el vestíbulo de la universidad y en la cafetería, había demasiada «gracia divina». Sintió unas ganas irrefrenables de tomarse un café, pero siguió recto, hacia las mazmorras. Se metió una ramita nueva de jengibre en la boca y continuó.

Entró en la morgue de Carmelo. Era media tarde y el hombre estaba haciendo una autopsia.

Gildo, sin importarle el cartel de «No entrar» cuando estaba realizando una autopsia, atravesó la puerta.

El forense miró por encima de las pequeñas gafitas rectangulares con una montura estrambótica que le daba la vuelta a la cabeza.

—¿Quién cojones es? —preguntó, y, al ver al inspector, siguió con un tono más irritado aún—. ¡Solo tú podías ser!

—Lo siento, pero necesito hablar contigo.

—¿No ves que estoy en medio de una autopsia?

El forense estaba sacando de una caja torácica un órgano con filamentos y venas enganchadas. La imagen le dio una arcada que consiguió contener.

Gildo sintió tristeza ante la visión del cadáver, de una tonalidad azulada, tendido en la mesa de autopsias, abierto como un pollo listo para ser asado.

—Por todos los demonios, Carmè. Esto es asqueroso.

—Así aprendes a no entrar sin pedir permiso —espetó—. ¿Qué coño quieres ahora?

—Por favor, ¿has guardado eso? —dijo con las manos tendidas hacia adelante y la cabeza torcida.

—Ya está. Dime qué quieres.

Gildo se giró.

—El otro día me pidió el comisario devolver el cadáver de la concejala de urbanismo, Virginia Ruota.

—Sí. ¿Y?

—¿Lo has devuelto?

El hombre levantó la cabeza e hizo en el aire un «no» típico del sur, similar a un chasquido de la lengua.

Gildo suspiró.

—Tenemos que ver una cosa.

Carmelo rotó la cabeza hacia un lado y le hizo el signo de la piña con los guantes ensangrentados.

—¿Qué pasa ahora, Gi? ¿Otra vez? Si lo tienes todo apuntado en el informe.

—No, falta una cosa, algo clave que se nos ha pasado. Y es muy importante.

Teresa Falcone, una *mamma* como pocas.

Todos los días hubiera preparado la comida para su «pequeño». Pequeño, entendido como un hijo que siempre hay que alimentar con el babero y comida casera. Hiciera lo que hiciera, siempre le parecía poco. A pesar de que una persona normal comería dos días con lo que ella ponía en el plato de Gildo, nunca era suficiente. Gildo siempre estaba delgado y tenía que comer más. Siempre se vestía con poca ropa y tenía que abrigarse más para no pillar un catarro. Siempre tenía que trabajar menos.

Sin embargo, cuando «el niño» no estaba, ella se preparaba un bocadillo de embutido, una *pizza* o, simplemente, comía lo que había sobrado de las comidas.

A pesar de llevar bastante bien la ausencia del marido y del hijo, volcaba el tiempo con las amigas. Bueno, a decir verdad, desde que la pandemia la confinó y se autoproclamó habitante del edificio de donde vivía. Todo lo que salía de la puerta hacia afuera era el extrarradio, y en el extrarradio solo había problemas, virus... y lo desconocido.

Habiéndose prometido no salir al espacio exterior, encontró una amiga en el edificio, la madre de Aurelio, «la mujer del segundo piso».

Con ella pasaba todas las tardes jugando a las cartas mientras arreglaban el mundo.

Esa tarde, como de costumbre desde la pandemia, la señora Andreola Mancini había subido al piso de Teresa.

—¡Venga, juega, Teresa! O se va a hacer de noche y no habremos hecho ni dos manos —refunfuñó la señora.

Jugaban a *scala quaranta*, que consistía en acabar sin cartas y cuarenta puntos, además de muchas reglas más. Un juego viejo, de la época del *babyboom*

o incluso anterior. De cuando aún no se había inventado internet y las redes sociales.

—No sé quién se ha lucido en dar estas cartas —respondió Teresa.

—Yo no sé nada, he dado las que han salido.

—Pues son las peores de toda la semana. Te lo confirmo, desde luego.

—A Terè, siempre quejándote.

—Mira, te enseñaría las cartas para que vieras que no tengo nada.

—Sí, claro, como siempre. Dices no tengo nada, no tengo nada, y luego cierras a la segunda mano —afirmó Andreola.

—Esta vez es verdad. Esto es una vergüenza. Dimito. Dejo esta mano.

—Ni se te ocurra, a las duras y a las maduras. Si te soporto cuando cierras, soportas cuando yo tengo buenas cartas.

—*¡Porca miseria!* Entonces, confirmas que tienes unos comodines —afirmó Teresa.

—Tú sigue jugando —dijo Andreola con tono irónico—. Venga, que te toca.

Teresa cogió la carta de la baraja depositada en la mesa y, después de controlarla y hacer la mueca pertinente, la colocó con las que sujetaba entre las manos.

—Teresa, eres más lenta que un caracol —espetó la otra—. Cuando era joven, yo era, además de la más guapa del instituto, la más rápida en las pruebas atléticas. Ahora, aún sigo rapidísima, incluso con las cartas.

La otra la miró con cara de póker y le hizo un ademán con la mano.

Andreola aún era una mujer atractiva a pesar del paso del tiempo, de las arrugas y del pelo blanco; lo único que quedaba de Andreola era recordar eso, un borroso recuerdo de una edad ya superada. Pero vivían de recuerdos y de criticar lo que hacían los demás.

Recuerdos y críticas.

Así pasaban las tardes.

Muchas veces, dejaban de fondo algún telediario si había sucesos de actualidad trascendentes y los comentaban.

Según la madre, las noticias giraban alrededor de su hijo, Aurelio. Periodista en pleno auge, parecía que solo él era un verdadero periodista y que sabía dar las noticias.

Las partidas más interesantes, lentas y animadas, eran precisamente esas en las que comentaban sucesos de actualidad y crónica.

En ese momento, apareció una noticia, un turista atropellado por un romano en patinete, que lo envió al hospital. La discusión empezó encenderse cuando Teresa opinaba en contra de Andreola, a favor de los patinetes solo desde hacía poco y coincidiendo que el hijo se había comprado uno.

La discusión se alargó y, como siempre, las dos, cabezotas, no querían dar el brazo a torcer, hasta que la señora del segundo piso levantó una mano.

—¡Alto! Teresa, un segundo.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Has cerrado? —dijo Teresa, refiriéndose al juego de cartas, por si ya había ganado.

—No, no. Es que me ha venido un poco de hambre.

—¿Hambre? —preguntó Teresa, sorprendida.

—No sé, ¿no tienes un plátano, una mandarina?

—¿Un yogur? —sugirió Teresa, recordando que le habían llevado la compra hacía pocos días.

—Bueno, si no tienes otra cosa.

Teresa dejó las cartas en la mesa y se levantó.

—No te atrevas a mirar las cartas —dijo, señalándola—. ¡Que te conozco!

—*Dai Terè*. Solo faltaría esto —respondió Andreola.

La anfitriona se acercó a la nevera a coger el lácteo que le había propuesto.

«Esta siempre viene a jugar, siempre tiene hambre y nunca trae nada de comer, *porca miseria*», dijo en sus adentros Teresa.

Abrió la puerta del refrigerador y entonces tuvo una idea.

—Andreò, tengo una idea, algo mucho mejor —dijo, mirando a la amiga.

Los sicilianos son muy expresivos.

Cuando un siciliano piensa algo, se ve, no consigue contenerlo, es un lienzo transparente.

Carmelo había comenzado a gesticular y a no contener el enfado. Odiaba ser interrumpido y cambiar lo que estaba trabajando. No tenía medias tintas. O sereno o muy enfadado. Era como si tuviese un interruptor, el cual estaba o encendido o apagado.

Muy enfadado o normal.

En ese momento, ese hipotético interruptor estaba posicionado en encendido.

Carmelo Zanatta estaba muy enfadado.

Pero a pesar de eso, cerró el cadáver en una nevera y recorrió la sala hasta el fondo, donde estaba el cadáver de la política. Lo sacó y abrió la funda de plástico negro.

La mujer seguía aún allí, con los ojos cerrados, de la misma tonalidad cutánea que el cadáver que había guardado. Su pelo estaba peinado hacia el costado y el tórax mostraba una cicatriz en forma de Y a todo lo largo.

Gildo se acercó. El fuerte olor que desprendía, a pesar de haber estado en la cámara frigorífica, era tremendo. No se había puesto ningún tipo de protección. Tampoco tenía la intención de quedarse allí mucho tiempo.

Le explicó al forense qué necesitaba y este, entre imprecaciones y palabrotas que lanzó al viento, aceptó. Gildo salió de la estancia. Se sentó en una silla, se metió una rama de jengibre y pensó en las opciones, en las pistas, en las conversaciones que había tenido con el conserje y con la señora Golfoni.

Todo ese maremágnum de ideas era una nebulosa espesa que no conseguía ni descifrar ni menos aún digerir. Era una receta de la muerte que no entendía.

Una concepción extraña y que era más compleja de lo que se imaginaba. O al revés, era mucho más sencilla de lo que creía. Muchos delitos son más fáciles de entender de lo que pensamos, otra cosa es demostrarlo.

Pasaba casi una hora desde que Gildo había salido cuando el forense, con su voz profunda y amplificadora por su cuerpo bien alimentado, lo llamó.

Estaba en su escritorio. Se había quitado los guantes y la mascarilla. Había abierto un cajón lateral y sacado delante del inspector un paquetito plateado de aluminio.

Lo abrió por un extremo y sacó el contenido. Era un sándwich de cuatro rebanadas y tres pisos generosos, no, muy generosos, y de una pasta de color negro.

—¿Quieres un poco? —ofreció el forense, y justo después le dio un mordisco, ayudado con los dedos aplastando los pisos de pan para que le cupieran en la boca—. ¡Mmmm! Es Nutella. ¿Seguro que no quieres? —repitió con la boca llena de trozos blancos y negros que se movían como si fuera una lavadora centrifugando.

Gildo alargó el no y dio las gracias.

—¿Qué has encontrado?

—Interesante —respondió, lanzó un trozo de pan tintado sobre un informe y, sin miramientos, lo cogió y se lo volvió a meter en la boca—. Ven, que te lo enseñe.

El forense lo acompañó hasta la mesa donde había una serie de utensilios, entre ellos, un microscopio.

—En el quimo lo hemos encontrado.

—Espera, ¿en qué?

—El quimo, es como llamamos nosotros al contenido gástrico.

Gildo hizo un gesto algo desesperado con las manos, magnificado, como hacía justamente Carmelo.

—A Carmè. Venga ya, habla en cristiano o nadie aquí te va a entender —espetó, sarcástico.

El médico bufó y dio otro mordisco al sándwich. Esperó a tragarlo y siguió. Gildo sentía asco, pero intentaba contenerse. Habría sido maleducado decirle algo o darle lecciones de comportamiento a alguien en su propia casa y que encima le acababa de hacer un favor.

—Bien, ¿qué has encontrado?

—Como dice el informe, había comido entre media hora y una hora antes de la muerte. Esto nos ha permitido detectar más o menos lo que pudo haber comido.

—¿Y bien...?

—Pues mira, creo que el vino y el veneno nos confundió al principio. Pero la señorita Ruota comió una mezcla entre pasta, carne y mucha salsa de tomate. Esto es una receta bastante normal y extendida, ¿no? ¿Quién no come eso? —dijo Carmelo mientras engullía el sándwich, y lo animó a mirar a través del visor del microscopio.

Gildo se atrevió a mirar mientras el forense, como si estuviera en la cafetería del pueblo, hacía sus pronósticos, parecidos a la quiniela.

—Podría ser una pasta con tomate de primero y luego, un bistec de segundo. O si no, más fácil, una *lasagna*. Unos *tortellini* con ragú. *Tagliatelle* al huevo con salsa *bolognesa*. O mejor aún, *tagliatelle* con ragú de jabalí y tomate fresco —fantaseaba, mirando al techo y con una mano en el aire, como si fuera Pavarotti en una ópera, pero en lugar de notas y versos de *Turandot*, eran recetas y platos de comida—. Incluso unos *ziti* con salsa de tomate y salchichas, ¡mmm! Me acuerdo cómo las hacía mi abuela. Aún puedo escuchar el ruido del chup-chup de la olla en la estufa de leña y el fantástico olor a salchicha —decía, y se le estaba haciendo la boca agua.

Gildo se separó de la mesa y del microscopio.

Un *flash*, una idea, la receta del asesinato perfecto. Bueno, pensó que casi perfecto.

El círculo se había cerrado. Pero ahora se había presentado otro problema más importante y, sobre todo, más urgente. Y todo venía de una frase: «Dime qué tal te han parecido con este ligero cambio, ¿de acuerdo?».

¿Por qué comer un yogur si se puede hacer una merienda digna de un emperador?

Al abrir la nevera, los ojos de Teresa cayeron en un túper rojo de plástico.

Con unas bolitas de carne y un aspecto del todo seductor. Como si tuviera un neón luminoso que indicara el túper con el rótulo «pruébame».

Se giró con el botín y lo enseñó a la amiga, orgullosa.

—¿Qué demonios es eso?

—Albóndigas de carne en salsa de tomate.

El contenido, a pesar de no ser muy atractivo, le despertó el interés.

El contenedor, pensando un poco mal, parecía un bote de algún asesino en serie con órganos o trozos de alguna materia orgánica que flotaba. La presentación era lamentable. Pero cuando Teresa abrió la tapa, el olor era maravilloso.

—¿Mira cómo huele esto? —se deleitó Teresa.

Se acercó a Andreola y le acercó el contenedor. La amiga subió solo una ceja, tampoco era muy expresiva. Una de esas personas a las que les cuesta dar satisfacción a los demás.

—¿De dónde diablo has sacado esa cosa... roja?

—Huele como el cielo, ¿o no?

—No está mal.

—Esto es un manjar —afirmó Teresa, y se dio la vuelta para regresar en la cocina—. ¡Vamos a probarlo!

—¿Y cómo piensas probar esa salsa?

—Pues sacaré unas lonchitas de *focaccia*, las calentaré en la tostadora y las acompañaremos con esta delicia.

—Pero si eso es una cena, no es una merienda.

—Ya, tienes razón, pero ahora me ha entrado antojo y tenemos que tomarlo —afirmó sin dejar opción a cambio, como si estuviera hablando con su hijo.

—¿Dónde lo has comprado? ¿En una tienda de platos para llevar? ¿Cuándo has ido? Yo no te he visto. ¿Has ido sin mí? Cómo te atrevas a salir sin mí, dejo de hablarte —amenazó Andreola a la amiga con el dedo bien recto, apuntándola, como si con eso sus amenazas fueran de verdad autoritarias.

—No, no. ¡No! Cálmate. No he salido. Simplemente, es de mi hijo. Me lo ha traído él. Seguro que es suyo —dijo mientras lo preparaba.

Vertió el contenido del túper en una sartén, las lonchas de *focaccia* las metió en la tostadora.

Empezó a removerlo con movimientos dulces para que se fuera calentando homogéneamente.

—¿Cómo que seguro que es suyo?

—Sí, vino aquí diciendo que se había encontrado con un viejo amigo y que se lo había regalado. Esto, ¿tú te lo crees? Yo no. ¿Cómo es posible que un amigo se lo haya regalado? Que se lo dio anoche, lo cenó y le ha vuelto a dar hoy. Era muy bueno. Además, dice que es la receta de una abuela. ¡Blablablá! —espetó Teresa mientras indicaba a la amiga con el cucharón que usaba para mover las albóndigas en la sartén—. ¿Quieres saber la verdad? —concluyó casi susurrando, como si fuera un secreto, un chismorreo.

—A ver, Teresa.

—Yo creo que está preparando un bocadillo nuevo y esta receta es suya. ¿Sabes? Cuando quiere hacer un bocadillo nuevo para el Porco Miseria, siempre me lo hace probar a mí primero. Esto es normal, yo soy la *sua mamma*, ¿sabes?

—Ah, sí, ese localucho de bocadillos callejeros.

—No es un localucho. Es uno de esos bares o *tuut trat* o algo así, más de moda de Roma —espetó Teresa en defensa de su hijo.

La tostadora hizo saltar la *focaccia*, desprendiendo un olor a pan caliente y romero por toda la estancia.

Puso la *focaccia* en un plato y la salsa con las albóndigas en un cuenco.

—Venga, quita todo eso. Esto está listo.

—¿Pero seguimos luego?

—Bueno, mañana seguimos.

Teresa rio.

—Entonces, tenías unas cartas pésimas, si no, hubiéramos seguido seguro.

—Siempre piensas mal —dijo, apoyando los platos.

—Sabes que tengo razón —confirmó mientras quitaba las cartas de la mesa, dejando espacio para los platos.

Quitó el tapete verde y se quedó el mantel. Teresa acercó unos tenedores y un par de cuchillos.

Puso una ración de albóndigas en cada plato y un par de rebanadas de *focaccia*.

—¡Mmm! —emitió Teresa con gusto—. Tiene muy buena pinta, ¿verdad?

—Sí. Tienen buena pinta, sí —afirmó Andreola, sin ganas de dar satisfacción a la amiga.

Teresa, ya imaginándose el sabor de esa delicia que estaba convencida de que había cocinado su hijo, se la preparó para comer. Un buen trozo de *focaccia* con media albóndiga y con un buen chorro de tomate.

Abrió la boca, ya con la idea de lo que iba a probar. Una idea alimentada por el olor y la textura que tenían esas albóndigas divinas.

Estaba a punto de clavar los dientes en el pan aún crujiente cuando la puerta de casa casi se derrumbó.

Entró Gildo con la agilidad de un jaguar y el ímpetu de un bisonte.

Al entrar, se dio cuenta de que la televisión estaba a un volumen tan alto que era imposible que hubiesen escuchado el teléfono.

Dio unas zancadas y llegó a la mesa justo para interrumpir el banquete y dos muertes más.

Palazzo Cisterna, el día después.

El *palazzo* se despertaba tranquilo.

Los coches circulaban por la Via Giulia como cada mañana. Transeúntes pasaban por la calle y las primeras actividades de la mañana eran marcadas por el barrer de la acera y posterior y diaria limpieza con la fregona.

El conserje siempre había pensado que con hacer el ritual solo un día a la semana era suficiente. Pero la señora Golfoni lo quería así. Y así lo hacía el conserje.

El hombre, después de haber realizado su tarea, se quedaba unos instantes a mirar la calle y a las mujeres con faldas o con lo que fuera que llevaran. Sus preferidas, con vestido. Siempre pasaban un par de abogadas con cafés para llevar, una empleada del correo y su preferida, una mujer joven que trabajaba como policía urbana, que controlaba los *tickets* del aparcamiento de los coches. Más o menos, siempre pasaba por la mañana a esa misma hora.

Esa mañana iba con retraso. Había decidido decirle algo más esa mañana. Un «*ciao*, cómo estás», un «*ciao*, qué haces» o incluso, si iba bien la cosa, «¿quieres tomar un café?».

Pero llegaba tarde esa mañana, demasiado tarde.

Mientras estaba fuera, con la nariz levantada, orgulloso de ser el conserje de ese *palazzo*, pasó una Vespa de color rojo con alguien con una forma y dimensiones que le resultaban demasiado conocidas.

Siguió la vista hasta que aparcó. Se quitó el casco y confirmó que era él, Gildo Falcone, el inspector. Otra vez.

Esa mañana, Gildo llevaba una camisa de un color rojo vivo, casi como los de los cócteles que sirven en los cruceros por las islas paradisíacas con el

brazalete del todo incluido. Entre el rojo, había papagayos, palmeras y flores de varios colores; al conserje le pareció una hortera.

Camisa hortera o no, el inspector volvía al Palazzo Cisterna a primera hora de la mañana, y eso no era una buena señal.

—Buenos días, conserje.

—Inspector —contestó con un cierto aire de preocupación.

El policía se dio la vuelta unos ciento ochenta grados para tener la misma vista que estaba teniendo el conserje.

—¿Qué tal la vista por aquí? —preguntó el policía.

El otro hombre encogió los hombros, sin entender por qué se lo preguntaba.

Gildo, aunque eran las ocho de la mañana, se metió una rama de jengibre en la boca. Dio un buen mordisco y se giró.

—Qué le parece, conserje, si subimos a ver a la señora Golfoni.

—¿Cómo? La señora estará durmiendo.

Gildo miró el reloj a pesar de que ya sabía la hora que era.

—Bueno, entonces me parece que es una hora perfecta para despertarla —exclamó con una sonrisa brillante, y empezó a caminar hacia el interior del edificio.

Cuando llamó a la puerta, apareció la mujercita, vestida con el traje de asistenta.

—Necesito ver a la señora.

—La señora está durmiendo.

—¿Quién es?! —gritó la dueña desde un extremo de la casa.

Gildo dio un paso hacia adentro y, antes de que la mujercita hablara, se encargó de presentarse.

—Policía, señora, inspector Gildo Falcone. Necesito hablar con usted.

La mujercita cerró la puerta y fue a buscar a la señora.

Gildo entró e invitó al conserje a la casa de la señora. Él se señaló, perplejo.

—Sí, sí, venga usted también, hoy nos vamos a divertir.

El conserje se quedó de pie una vez dentro. Observaba callado y confuso al policía que, como si fuera su casa, abrió las pesadas cortinas, dejando entrar la luz del día. De repente, se iluminó la sala de estar, convirtiéndola en otra cosa, no en la cueva vampiresca que era desde vete a saber cuándo.

Llegó la señora Golfoni, maldiciendo todo y a todos, cubierta con un precioso batín de terciopelo verde botella. Seguramente, hecho a medida para su viejo y arrugado cuerpo.

—¿Quién le ha autorizado a abrir las cortinas? ¿Cree que está usted en su casa o qué? —gritó la señora mientras Gildo miraba por la ventana que justo daba a la calle principal, Via Giulia.

—Buenos días, señora Golfoni, es un placer volver a verla. Por favor, ¿puede tomar asiento? —dijo, indicando el sillón en el que siempre la había visto sentada con su manta encima.

La expresión de la señora pasó de estar enfadada a estar enfurecida, cabreadísima. Una olla a presión a punto de estallar. Llegó caminando lenta, sin prisa. Aunque ella prisa tenía que tener, ya que tenía una edad en la que todo se aceleraba y se acercaba el ponerse un definitivo pijama de madera.

—¿Qué se ha pensado, inspector, que puede mandar en mi casa? —gritó, avanzando.

—Por favor, señora Golfoni, siéntese y lo entenderá —confirmó Gildo mientras la señora se iba acercando y se sentaba en su sillón de mando.

Mientras, Gildo miraba el reloj y se quedaba en la ventana, observando el paso de los coches y los peatones.

—¿Qué es esta irrupción matutina inesperada? No me gustan para nada las sorpresas —gritó, mirando primero a la mujercita, que no movió la mirada del suelo, y luego, al conserje—. ¿Tú sabes algo de esto? ¿Qué pasa?

—La verdad es que yo...

—¡Cállate! Más vale que...

—¿Más vale que qué? —preguntó Gildo—. Que se quede callado, ¿verdad, señora Golfoni? Pensaba que no nos enteraríamos, ¿verdad, señora?

—Escúcheme bien, ¡joven! —ladró al mismo tiempo que se daba la vuelta para hablar con el policía—. Usted no puede venir a mi casa y hacer lo que considere.

—Señora Golfoni, le tengo que ser sincero. Usted casi me convenció.

—¿De qué?

—De que no tenía nada que ver con la muerte de Virginia Ruota —dijo Gildo, y eso sonó como un disparo en el aire.

Por suerte, era solo emocional, un disparo psicológico. Porque habría sido un desperdicio arruinar los altos techos con frescos del Palazzo Cisterna. El apartamento del segundo piso de la señora, señorial y lujoso, al final, era un bien cultural de la ciudad.

La mujercita, al escuchar eso, primero, subió la vista con los ojos salidos de sus órbitas y luego, regresó a mirar el suelo como si estuviera buscando en las vetas del mármol algún subtítulo que tradujera a su lengua materna los diálogos y no perderse ni un solo detalle.

—Vete a la cocina —ordenó la señora Golfoni a la sirvienta como si fuera un perro.

La mujercita se dio la vuelta, pero, inmediatamente, fue salvada por el policía.

—No, ella se queda. Es más, empezaré por ella. Me engañó diciendo que no entendía nuestro idioma y, en cambio, lo entiende muy bien —dijo Gildo, mientras que ella tomaba una expresión casi rebelde, sin mirar a la dueña.

Luego, Gildo echó otro vistazo por la ventana, mordió el jengibre y siguió.

—Me lo había casi creído, señora Golfoni. Pero todas las mentiras tienen las patas cortas y caminan poco.

La sirvienta se estaba divirtiendo; el conserje, un poco menos. Empezó a cambiar de color, de rosado a aclarar la tonalidad de su piel hasta un pálido cándido, parecido al folio de una impresora.

—Está muy equivocado, y sin pruebas.

—Hasta ayer por la noche sí, pero ¿sabe una cosa, señora Golfoni?, en la academia de policía aprendí que no existe el crimen perfecto, existe la investigación imperfecta. Sin embargo, yo le añado que la suerte siempre tiene un papel importante. Quiero decir, que, sin un poco de coincidencia de las cosas, no habríamos tardado tan poco en entender la confabulación que habéis tenido entre vosotros.

—Está usted delirando.

—Bueno, lo que usted diga. Pero déjeme decirlo, lo han hecho muy mal y muy mal orquestado. Siento decirlo —afirmó el policía mientras el conserje y la señora se lanzaban una mirada de complicidad—. Todo empezó cuando confirmó que el cuerpo sin vida de la «pobre» señorita Virginia Ruota cayó a media mañana. La pericia forense confirmó que la muerte fue la noche

anterior. No podía morir por la mañana bebiendo vino y con la cena aún en el estómago. La consideraba más inteligente. Más precavida. Más conspiradora.

—Confirmó que escuchamos el mismo ruido, ¿verdad? —preguntó, mirando al conserje, y este afirmó; luego, miró a la mujercita y esta apartó la vista de ella y la dirigió al policía negando—. Maldita traidora.

—Esta es la actitud, ¿verdad? Seguramente, ya no sabía qué hacer para echar a la señorita Ruota, ¿verdad? —imaginó el inspector, y lanzó la estocada final—. ¿Por qué la han matado? Me lo he preguntado. Tuve una ligera sospecha desde el principio. Pero pensé: no, no pueden ser ellos, son buenas personas, son personas normales, sencillas. ¡Ja! ¿Por qué, señora Golfoni? ¿Por el ruido? ¿Porque tenía un carácter más fuerte que el de usted? ¿Porque era una mujer que no se merecía vivir aquí como usted? ¿Porque es usted vieja y ella era joven y guapa?

—¡Porque era una fresca! —gritó con prepotencia—. Era insoportable ese ruido del diablo en su cama cada noche. Ca-da no-che. Y con hombres diferentes. Era la vergüenza de nuestro edificio. Furcia. ¡Putas! —gritó.

El conserje emitió un suspiro y se desabotonó el primer botón de la camisa para respirar mejor. Después, se dejó deslizar por la butaca de piel, rendido.

—Pero algo más tuvo que ser. Un agravio, un encontronazo, una discusión final que desencadenó todo, ¿verdad?

—Hace dos semanas dio una fiesta y nos dejó el *palazzo* patas arriba. Música hasta las cuatro de la madrugada. Hombres. ¡Qué digo! Reductos de la sociedad vomitando por nuestras escaleras seculares de mármol. Botellas tiradas por las ventanas internas. Drogas y orgías. Fue la gota que colmó el vaso.

—La entiendo, pero matar no es la respuesta —dijo Gildo, y miró por la ventana, esa vez con la vista puesta sobre un objetivo; pasó por delante y se detuvo. Sonrió y siguió—. Pero, claro, ¿quién mejor que un cómplice como el conserje, que también tenía un móvil válido? El despecho. Probó la miel y luego le dieron calabazas. Es duro probar el paraíso y volver al purgatorio, ¿verdad, conserje?

El hombre no contestó, no hacía falta, pensó Gildo, su rostro y el silencio eran la confirmación más inequívoca.

—Claro, necesitaba un cómplice que le cubriera las espaldas. Nadie tenía que haber venido por la noche y nadie tenía que haber visto nada por la mañana.

La señora Golfoni seguía con su expresión de general del ejército que se había autoproclamado. Era dura de pelar, pero confesó enseguida, eso le extrañó a Gildo y lo hizo pensar. Seguramente, era más grande su ego que el *palazzo* entero. Pero tenía que seguir con su plan.

—Pero esto no es todo, ¿verdad, señora Golfoni? ¿Conserje? Faltaba un ingrediente para la receta perfecta del homicidio. La mano ejecutora, un tercer elemento, un tercer cocinero —dijo, y se quedó observando de pie en la sala de estar con un silencio sepulcral que parecía irreal.

Hasta que llamaron a la puerta.

—¿Puede abrir, por favor? —indicó Gildo a la mujercita.

Ella fue directa y obedeció. Tiró de la enorme puerta de madera maciza gastada por el tiempo. Le llegaba a la mitad y la maneta, a casi la altura de la yugular. Tiraba con energía, pero era una persona de baja estatura y con poca fuerza. Cuando la puerta hizo el recorrido, apareció delante de todos Raffaele Esposito.

—Adelante, comisario, entre, haga pasar al tercer ingrediente de la receta.

Entonces apareció el ejecutor, el que había matado físicamente a Virginia Ruota, dejando aún más silencio en la sala.

El brazo y la mente.

En muchas recetas de la vida, está quien piensa y quien ejecuta. El pensador de un atraco y el ejecutor. El criminal ideólogo y el que lo comete. En muchas ocasiones, son la misma persona, pero para la concejala de urbanismo del Ayuntamiento de Roma no eran la misma persona. No, no fue la misma. Allí estaban las dos personas, mejor dicho, las tres.

El comisario no entró, se hizo a un lado e hizo pasar al que llevaba consigo. Había recibido indicaciones claras de Gildo. No porque el jefe acatara órdenes de nadie, sino porque Gildo le había pedido ayuda el día anterior. En Vespa no podría haber llevado a nadie y menos atravesando Roma. Sobre todo, en contra de la voluntad del sujeto. Una cosa era llevar a Marzia a una visita fuera de la ciudad, y otra transportar a un testigo o a un criminal; eso sí que no.

Tuvo que lidiar otra vez con el comentario de siempre del comisario: «¿Por qué tengo que ayudarte cuando deberías tener un coche y no una maldita vieja Vespa de las narices?».

Pero, pasado ese momento, el comisario accedió a ayudarlo.

Apareció en el umbral el tercer ingrediente, el secreto, o no tan secreto: el cocinero, nunca mejor dicho. Marco, del restaurante Spaghetti & Polpette.

Alargó la mano y le dijo que se acercara.

—Ven, Marco, pasa, como si estuvieras en tu casa.

Este, aún sin llevar las esposas, entró.

Primero, miró a la señora con una mirada que era una mezcla entre rabia y decepción. Él, que hacía posiblemente los mejores espaguetis con albóndigas de toda Roma y tenía ideas de montar una franquicia, fue engatusado por un plan que esa señora había ideado.

—*Buongiorno*, Marco.

—*Buongiorno* una mierda.

—Bien, esa es la actitud —susurró Gildo, frotándose las manos—. Bueno, no creo que hagan falta presentaciones porque ya os conocéis, ¿verdad?

Nadie dijo nada. El conserje estaba callado, mirando el suelo; levantó por un segundo la mirada y la bajó enseguida. No hacía falta ser muy inteligente para entender que eso era el inicio del fin.

—La señora Golfoni quería deshacerse de la inquilina del ático, antes nos explicó qué pasó en su última fiesta. El problema era que, siendo un apartamento del ayuntamiento, no conseguía deshacerse de la inquilina, era inamovible. Podía esperar a que acabase la legislación del equipo de gobierno actual del ayuntamiento, ¿verdad, señora Golfoni? Pero acababan de empezar, ¡dios mío! —dijo Gildo mientras caminaba entre las butacas de la sala de estar.

Todos lo escuchaban. El comisario, acostumbrado a gritar, aún no había dicho nada. Solo se limitó a escuchar y a contemplar la escena que tenía delante.

—Entonces se le ocurrió un plan genial. El conserje tenía sus motivaciones para guardar silencio cuando se ejecutara. Así que, por la noche, tuvo que venir el cocinero trayendo las albóndigas para que se las comiera, ya que la señorita Virginia era una asidua clienta del restaurante de la mafia que lleva Marco, y la envenenó —explicó con voz calmada y pausada; luego, de repente, subió la voz, casi gritó—. Y aquí el plan maestro de la señora y del cocinero: la botella de vino de la bodega Villa der Colli. ¿Por qué ese vino? ¿Por qué esa decisión de poner una botella de ese vino allí? Porque ese vino era actualidad. Lo estuve pensando mucho. Siendo reciente la muerte del señor Pappalardo, era una ventaja. Podíamos caer en el error de dirigir la investigación hacia la bodega. Además, Marco sabía que Virginia había firmado el permiso para la construcción del centro comercial. Era perfecto. ¿Verdad, Marco? Tú lo sabías.

—¿Cómo demonios te has...?

—¡Cállate! —gritó la señora con rabia—. ¡Inútil!

—Si no me hubieras regalado las albóndigas, no lo habría descubierto. Habría seguido con la investigación por la línea que llevaba, sin más.

—¿Cómo? —gritó de nuevo la señora.

—Sí. Me regaló albóndigas y, además, la segunda vez, envenenadas. Por cierto, casi matas a mi madre y a la señora del segundo piso.

—Eres un inútil. ¿Cómo se te ocurre hacer eso? Eres un idiota —gritó la señora.

El cocinero sonreía mientras negaba con la cabeza.

—No se puede confiar en los viejos amigos.

—Eso digo yo, que me querías matar. Pero te ha podido el ego —replicó Gildo, señaló a la señora—. Si hubieses seguido estrictamente el plan de la señora Golfoni, ahora no estarías aquí. Pero te ha podido tu ego, tus ganas de remarcarte. Y la verdad sea dicha, son las mejores albóndigas.

El cocinero suspiró y movió los hombros hacia delante.

—Era asidua del restaurante. Esa noche me llamó al móvil personal, pensé que era para cenar juntos, no sé, una oportunidad, una noche con ella. Era tan guapa, tan inalcanzable. *Bella ma impossibile*. Soñaba con ella.

«¿Qué tenía esa mujer? ¿Los embaucaba? ¿Los hechizaba?», pensó Gildo sobre la concejala.

—Pensaba que me llamaría para concederme una oportunidad, pero me dijo que si le podía llevar pasta con albóndigas a casa —espetó con rabia—. Me sentí usado, como ella sabía que le iba detrás como un puto perro faldero, se estaba aprovechando.

—Y así nació la ocasión perfecta —concluyó Gildo—. Y aquí tenemos el brazo ejecutor, el cerebro y el silencio, ¿verdad?

—Usted, señor policía, se está equivocando con todo esto —sorprendió la señora Golfoni.

—¿Ah, sí? ¿En qué me estoy equivocando? —quiso saber Gildo.

—Se equivoca en que debería haber dejado esto. No tenía que haber sido parte del problema, sino de la solución —afirmó, abarcando a la banda criminal de castigo que formaban ellos tres.

—No la sigo.

—¿Es usted tonto o qué? Esa furcia tuvo su merecido. Merecía morir, era una plaga de la sociedad. ¿Piensa que no veo cómo está yendo la vida con estos jóvenes? Son unos inútiles. Solo están enganchados al móvil. No consiguen dejar ese chisme del diablo. Que si tetas rehechas, lo último de la moda, que si fiestas y sexo. No dejan de ser una generación perdida y es mejor que mueran antes de que se reproduzcan en unos pequeños futuros minidepravados —gritó, gesticulando.

Los demás se habían callado con el veredicto personal de la mujer, que, como un general, había ordenado a su equipo ejecutar una sentencia como si fuera un pelotón de fusilamiento.

—¿Se da cuenta de lo que ha dicho, señora? ¿Se cree dueña y señora de este piso, de esta ciudad, de esta sociedad? ¿Cree que evitará la depravación con más depravación? —indicó Gildo—. Esto no le tocaba a usted decidirlo, sino a un juez. Lo que sí sucederá ahora es que un juez la juzgará a usted y a los demás —dijo Gildo ante la risa malévola de la señora—. Y no solo eso, sino que investigaremos la muerte por «ataque al corazón» de sus tres maridos. Qué extraño, ¿verdad? Los tres muertos por causas naturales o, mejor dicho, no tan naturales.

—Usted, joven, no sabe dónde se ha metido.

—Lo que usted diga, señora, pero llegamos al final de esta función. Comisario, son todos suyos.

—Erme, gran trabajo —afirmó, dejándolo sorprendido, y avisó para que entrasen los agentes que habían llegado después de él con varios coches de policía y una furgoneta para llevárselos a todos.

Cuando las manos de los policías tocaron los brazos de la señora Golfoni, ella los riñó y los echó. Los policías insistieron y ella cogió el bastón como si los quisiera ahuyentar.

—Esperad —indicó Gildo a los compañeros, y llamó a la mujercita—. ¿Prefiere acompañarla usted?

La chica del servicio enseñó el dedo corazón a la señora Golfoni.

—Tú también, traidora, fea, que eres más fea que el hambre. Estúpida camarera —gritó, y la señaló—. Vigilen que no se lleve nada, es una ladrona.

—Señora Golfoni, váyase tranquila. Precintaremos su casa —tranquilizó a la mujer—. Nadie tocará nada. Pero espere, solo una última cosa —dijo Gildo, y fue al lado de Marco.

Miró a los ojos a su supuesto amigo, que había intentado envenenarlo el día anterior.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Gildo, indicando a la señora Golfoni y al cocinero.

Los agentes la ayudaron a levantarse. La acompañaron hasta Marco y cuando estuvo frente a él, la señora lo miró con desprecio.

—¿A este inútil? —dijo con una risita amarga—. Este es el hijo de mi hermana —espetó, y ya bajo el dintel, acabó—. De tal palo, tal astilla —concluyó, y desapareció bajando por las escaleras.

«Silencio, soberbia y venganza: la receta de ese homicidio», pensó Gildo cuando vio bajar por las escaleras elegantes y señoriales del Palazzo Cisterna a los tres criminales.

Desaparecieron gritándose entre ellos, echándose la culpa el uno al otro. El que menos vociferaba era el conserje, quien se había llevado el gato al agua al conseguir una noche con Virginia, por lo menos.

Sus voces siguieron aun después de desaparecer por el patio interno.

Se dio la vuelta y regresó a los aposentos de la señora Golfoni. Seguía oliendo a laca y bigudíes, a mentiras y a desprecio. No podía imaginarse lo que podía haber pasado entre esos libros, tapices y bustos renacentistas. Un apartamento tan bonito y lleno de venganza.

Se acercó a la ventana, el comisario regresaba a su normalidad, gritando a los agentes qué hacer. Estos metieron a los tres criminales en una furgoneta y el vehículo desapareció entre el tráfico con las sirenas puestas, como si llevaran terroristas peligrosos. En cierto modo, así era.

Otros agentes indicaron que tenían que sellar el apartamento. La mujercita fue a hacer la maleta y, de pronto, solo quedó silencio, dejando espacio a una sensación, una pregunta, una cuestión.

A pesar de haber cerrado el círculo, metiendo a los tres entre rejas, Gildo sintió que solo había conseguido hacer justicia en parte. Su sed de justicia no estaba del todo saciada.

Gildo sentía que aquello no podía acabar así. La verdad, toda la verdad, no se cumplía al desaparecer esa furgoneta. Cogió el teléfono y la situación por el mango, como si fuera una sartén. Tenía un plan, aunque conllevaba riesgos, como todo en la vida. Toda receta puede salir mal, aunque sea la más sencilla del recetario.

Como cada sábado, Gildo fue al gimnasio.

Después fue a comer a casa de su madre. Pasó por el quiosco y compró un periódico.

Cruzó Roma con la Vespa. El sol hacía que esa mañana pareciera menos fría.

La capital, en preparación de un jubileo, se engalanaba en vista de las masas de personas que estaban a punto de llegar.

Aparcó la Vespa en el callejón al lado del Panteón. Subió a casa de Teresa y dejó la bolsa de entreno y el casco en la entrada.

Vivaldi lo recibió. Las notas de *Las Cuatro Estaciones* se extendían en el aire. Olor a *guanciale* se propagaba por la casa.

Dejó el periódico en la mesa y bajó el volumen. Su madre se giró.

—Llegas pronto.

—*Ciao, mamma* —dijo mientras se acercaba a darle un beso en la mejilla.

—¿Quieres? —preguntó, levantando la copa.

Él dijo que luego. Se acercó a los fuegos para ver lo que ya sabía que iban a comer ese día: *spaghetti alla carbonara*.

La sartén llevaba la panceta y los *spaghetti* ya estaban listos para escurrir. Todo estaba preparado.

—Hoy carbonara —anunció mientras en un bol removía con un tenedor huevo, sal, pimienta, un poquito de leche y mucho queso *pecorino* rallado—. Recuerdas los ingredientes, ¿verdad?

—Sí, *mamma* —espetó Gildo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Has entendido? ¡*Pecorino*, no *parmigiano*! —espetó la madre—. Por cierto, ¿sabes qué me dijo la vecina del segundo piso? —preguntó la madre, escurriendo la pasta.

Teresa le explicó la teoría de la vecina sobre los patinetes eléctricos y cómo podrían salvar el planeta si todos fuesen con esos trastos endemoniados.

Añadió la pasta a la sartén con el *guanciale* crujiente. Enseguida, vertió el contenido del bol con el huevo y los demás ingredientes. Removió y tapó la sartén, había que esperar unos minutos para que los sabores se unificaran.

Entonces, mientras que la madre aprovechaba para ver unos mensajes de su teléfono, Gildo se sentó en la mesa. Cogió el periódico y lo abrió.

En la primera portada del *Rome Tribune*, salía la foto de Virginia Ruota con Giuseppe Cavalletta entrando en el restaurante.

El titular era: *Spaghetti, albóndigas y vendetta*.

Debajo había una frase que ponía: «Destapamos una nueva corrupción en el ayuntamiento en el seno de Il Partito della Mozzarella».

El artículo hablaba de todo lo que se había descubierto y de lo que, casualmente, había descubierto Gildo. Páginas y páginas de entramado de sociedades, financiaciones y favores. De lencería a medida y comidas con japoneses. De muerte y venganza. Fotos y datos. El reportaje estaba servido y se podía leer entre líneas que la ola del tsunami arrasaría a más personas y actividades. No se quedaría en un simple artículo de un sábado. Sintió esa sed de justicia más apagada. Más justicia, más allá del asesino, se había cumplido. Sintió que Roma podía ser mejor después de ese artículo.

Suspiró y cerró el periódico. Teresa había servido los *spaghetti alla carbonara* y rallado por encima más queso *pecorino*.

Gildo volteó el tenedor en el aire después del primer bocado. No hacía falta decirlo, estaba buenísimo. Extraordinario. Posiblemente, la receta mejor de las que había hecho su madre esa semana.

El inspector chef no dijo nada más, solo comió el plato de pasta en silencio, saboreando la receta. Y en ese momento entendió que el mejor ingrediente no era ni la pasta al dente, ni los huevos camperos, ni el famoso queso *pecorino* con el que tanto lo había taladrado la madre toda la semana, confirmando que la receta original de la cocina romana se basaba en ese ingrediente.

Sin embargo, la clave no era ninguno de esos, sino el amor que ponía su madre en cocinar.

Ese era el ingrediente secreto.

Ese era el ingrediente principal para que los platos, sin saber por qué, supieran mejor.

Necesitó que el destino matara a Virginia Ruota para descubrirlo y valorar más a su madre y a las personas que lo amaban. Porque cocinar, al final, aunque las recetas no lo indiquen, es un acto de amor y de altruismo.

Gildo sonrió mientras pensaba eso y miraba cómo hablaba su madre de teorías alocadas y conspiranoicas. Decidió que algún día le diría cuánto la quería y cómo se notaba en sus platos ese ingrediente secreto.

¿Te ha gustado?

[Funeral en Roma: Un Thriller Culinario de Gildo Falcone es la siguiente investigación de Gildo Falcone.](#)

[IR AL LIBRO](#)

Un funeral que debería ser el final... pero resultó ser solo el comienzo.

Cuando un influyente miembro de la alta sociedad romana es asesinado en circunstancias misteriosas, su funeral se convierte en el evento del año. Políticos, empresarios y viejas figuras del crimen organizado desfilan por la majestuosa Basílica, mientras la ciudad murmura entre secretos y sospechas.

Pero lo que nadie imagina es que entre las flores y los discursos, alguien ha dejado una advertencia: **Roma aún tiene deudas que saldar.**

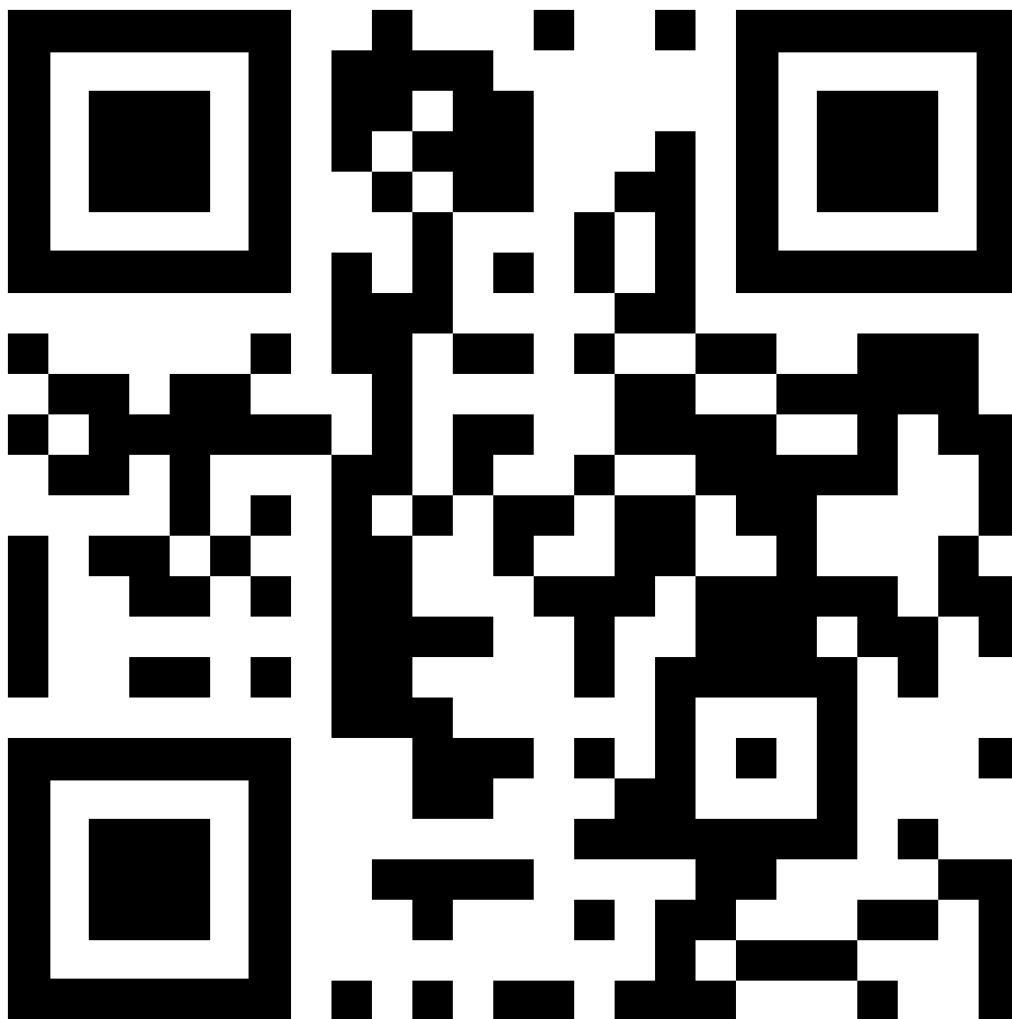
¿Logrará Gildo Falcone desenmascarar al culpable antes de que Roma lllore otra muerte?

“Funeral en Roma” es una novela que mezcla misterio, suspense y gastronomía en el escenario único de la Ciudad Eterna. Un thriller culinario donde la

verdad se cocina a fuego lento y los secretos se sirven con guarniciones de peligro.

[IR AL LIBRO](#)

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Aquí tienes los dos capítulos de mi nueva saga, ***El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*** el primer thriller policíaco de Fosco Merrell,

ambientado en la ciudad Akeron City.

LA VIDA Y LA MUERTE SE UNEN EN SUS MANOS

EL FORENSE



RICCARDO
BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la novena investigación de Álex Cortés, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO

Akeron City.

Algunos años antes.

La primera bala cruzó los doscientos metros de distancia, haciendo estallar el cráneo de su objetivo. Cayó al suelo, junto a su paraguas de color lila y su alegría. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Desde que el gatillo accionó el primer disparo hasta dejarla sin aliento. Cayó rígida, en medio de un charco de lluvia que no tardó en mezclarse con su propia sangre.

Pocos instantes antes, el asesino lo había preparado todo.

La habitación del lujoso hotel estaba lista. Había colocado una mesa delante de la ventana. Una caja llena de alargadas balas estaba lista. Era una noche fría en Akeron City, y muy lluviosa.

El asesino se secó el sudor con su propia toalla. Llevaba unos guantes negros de látex y un gorro de ducha que le recogía el pelo corto.

Miró el reloj; faltaba poco para las ocho de la tarde.

Estaba sentado en posición de loto, encima de una toalla apoyada en el suelo, extendida sin una sola arruga.

De los auriculares salía una música de meditación, con viento suave entre bambús para evitar que disparase su frecuencia cardíaca.

Su único pensamiento era lo que tenía que hacer desde esa habitación del hotel.

Nada más ocupaba su mente, entrenada a eliminar el ruido y focalizarse en su objetivo.

Su reloj sonó y abrió los ojos: era la hora.

Dio una profunda respiración.

Se levantó de la toalla y la enrolló, metiéndola después en su mochila.

Se acercó a la ventana y con una punta de diamante hizo un agujero en el cristal, a la altura de la cintura. El rascacielos tenía acristalamiento que iba desde el techo hasta el suelo.

Sujetó la primera circunferencia de cristal con la ventosa y la dejó en la cama.

Luego repitió la operación con el segundo cristal de la ventana. Al quitarlo, entró el aire del exterior.

Un viento de tormenta penetró en la habitación.

La lluvia salpicaba la moqueta y la punta del arma preparada.

Apoyó el ojo en el visor y vio al otro lado a su objetivo.

El reloj emitió un segundo sonido. Faltaba un minuto.

La cruz del visor telescópico estaba desenfocada. Fue ajustándola hasta que tuvo un blanco nítido.

Al otro lado de la plaza, azotada por la lluvia, estaba el polideportivo de la ciudad. La luz de las farolas iluminaba la cola de acceso al concierto. Tocaba un grupo local, que hacía furor entre los jóvenes.

Los paraguas cubrían las caras de la gente. Desde la altura del rifle, solo se veía una estela de paraguas que serpenteaba por la enorme plaza.

Respiró profundamente.

En pocos segundos habría comenzado su trabajo.

Volvió a mirar por el visor. Fue buscando su primer objetivo: un paraguas sujetado por un extraño. Seguramente un joven que solo estaba luchando contra las inclemencias del tiempo para ver a sus ídolos musicales.

Rojo, verde, a topos o a rayas. El azar iba enfocando uno u otro sin sentido, sin ningún orden de coherencia de decisión.

Quitó el seguro.

Entonces la tercera alarma sonó y apretó el gatillo sobre el paraguas lila.

En el tiempo que tardó en caer el primer objetivo, el asesino quitó el casquillo e introdujo la siguiente bala.

«Uno», pensó.

Buscó al azar otro paraguas, este de color verde, y apretó el gatillo de nuevo. El objetivo cayó.

Sacó el casquillo y metió otra bala en la recámara.

«Dos», pensó.

Luego buscó otro paraguas, uno negro. Sin embargo, para entonces ya se había desmontado la fila casi militar del público y el caos se había desatado. Los paraguas, como átomos enloquecidos, se dispersaron en todas direcciones.

Otro paraguas azul, otro rojo y otro.

«Seis», pensó.

Miró la hora y se secó la frente.

Siguió con los paraguas atrapados en el centro de la cola, los primeros en llegar al concierto y los últimos en poder escapar.

Un paraguas a rayas, luego uno blanco y otro estampado.

«Nueve», pensó.

Apuntó a un paraguas transparente, y bajo este, un hombre que corría fue atravesado por un proyectil. La clara lona se manchó de rojo, salpicada de sangre. Luego el hombre cayó, obstaculizando la huida de los que iban detrás.

«Diez», pensó.

Retrocedió al primer paraguas lila, donde una señora estaba agachada junto a la muchacha tendida en el suelo, bajo la lluvia. El asesino le colocó la cruz en la cabeza y apretó el gatillo.

«Once», pensó.

Seguía buscando su próximo objetivo en medio del caos, cuando sonó la cuarta alarma.

Abrió el ojo cerrado y se separó del visor: era la hora. Habían pasado solo un par de minutos desde el primer disparo, pero tenía que abandonar ese lugar.

El asesino había calculado el tiempo de reacción de la policía de Akeron. Tenía que marcharse y dejarlo todo tal y como estaba.

Bajó de la mesa. La apartó hasta la marca que había hecho antes, alejándola de la ventana.

Agarró el fusil y lo desmontó pieza a pieza. Colocó las tres partes en una bolsa de lona. Se secó el sudor por última vez y metió la toalla en la maleta. Enrolló el paño sobre el que se había tumbado y lo guardó.

Plegó la mesa, la introdujo en un armario y buscó los casquillos.

Uno, dos, tres.

Los fue contando y metiendo en un bolsillo del bolso.

Entonces sonó la alarma, la quinta.

Nueve y diez, los guardó.

Miró a su alrededor, faltaba uno.

Levantó las sábanas de la cama, debajo no estaba.

Siguió buscando.

Otra alarma; tendría que haber salido por la puerta hacía unos segundos.

Sus pulsaciones se dispararon. Miró a su alrededor otra vez, pero no lo encontró.

Decidió irse.

Arrojó lejía con un espray por toda la estancia. Agarró la maleta, sacó un sombrero de pescador y un chubasquero barato y salió por la puerta, colándose por la salida que había preparado.

La gente corría por los pasillos de un lado al otro. Él cogió el ascensor y bajó a la planta principal.

Las primeras ambulancias llegaban a la plaza. El caos se había expandido por la ciudad. El tráfico se había detenido en los alrededores y las patrullas de policía justo llegaban, con las sirenas encendidas.

Le dio tiempo justo de dar la vuelta al edificio, y después los agentes entraron en masa en el hotel.

Siguió bajo el agua hasta llegar al primer aparcamiento de motocicletas.

Levantó el sillín y cogió el casco del portaequipajes. Una vez colocado se sentó y encendió el ciclomotor.

Enganchó las asas de la bolsa en la anilla, al lado de los pies y se fue entre el caos, en dirección contraria a la plaza de la masacre.

Recorrió un par de avenidas llenas de coches y semáforos. La lluvia azotaba Akeron City una noche más.

Llegó hasta el puente Reynolds y aparcó el ciclomotor. Dejó el casco y se volvió a colocar un sombrero verde de pescador. Agarró el bolso de lona y se fue hacia el otro lado del río. Comprobó que no viniera ningún barco y cuando estuvo justo a la mitad del puente, arrojó la maleta al río Caronte. Esta tardó décimas de segundo en desaparecer entre las negras y profundas aguas.

Siguió hasta el otro lado y caminó hasta la entrada de metro más cercana. Entró y desapareció entre la muchedumbre que habitualmente cogía ese medio

de transporte para moverse por la ciudad.

El asesino desapareció sin dejar rastro, dejando a su paso una masacre de jóvenes vidas y de preguntas que, aparentemente, carecían de respuestas.

SEGUNDO CAPÍTULO

Hoy en día.

Rompió el estuche azul de los instrumentos quirúrgicos.

Sacó el bisturí y todos los otros utensilios que necesitaba. Los colocó sobre la mesa de manera pausada y ordenada: siempre igual, siempre en el mismo orden. De forma maniática, como si fueran cubiertos de una mesa en un restaurante con tres estrellas Michelin.

Pero esa mesa no era para comer, sino para analizar cadáveres: para abrirlos y determinar por qué habían muerto.

Ese día tenía delante el cuerpo inerte de un joven desafortunado. Alguien que había muerto antes de hora. Eso, en Akeron City, no era una excepción. Morir entre bandas o por sobredosis era un caso normal para la policía. La violencia en las últimas décadas se había incrementado hasta niveles difíciles de controlar. Las últimas elecciones dieron paso a candidatos a la alcaldía que hacían cada vez menos.

Esa tarde la morgue estaba silenciosa. Todos los otros forenses lo habían dejado solo ante una urgencia.

Fosco Merrell era el forense jefe de la policía judicial del distrito. En sus hombros recaía la responsabilidad de esa autopsia y del grupo de investigación médica.

Encendió el viejo tocadiscos. Levantó el cabezal y apoyó la aguja en las primeras estrías del disco negro. Comenzaron a salir las primeras notas musicales.

Fosco cerró los ojos. Esos instantes eran los mejores, cuando las notas inundaban el ambiente de riguroso luto. Era La Tosca, de Puccini, interpretada por un joven Pavarotti.

Esperó unos minutos y abrió los ojos; ya podía comenzar.

Las flautas y los violines sonaban de fondo en la estancia.

Se colocó los guantes y rotó el cuello. A pesar de la fría temperatura de la morgue, Fosco sudaba. Llevaba el equipo de trabajo, un mono blanco de plástico que lo cubría completamente.

Miró al chico en la mesa de análisis con compasión; perder la vida tan joven era una tragedia.

Para Fosco, la muerte de alguien a esa edad era como un naufragio. En cambio, cuando un anciano moría, lo veía como una llegada a puerto.

Fosco a sus cincuenta, todavía conservaba su buena presencia y su mirada profunda, aunque las arrugas demostraban el paso de muchas desdichas por su vida y las incontables autopsias que llevaba sobre sus hombros. Las ojeras delataban las pocas horas que dormía para dedicarse a su trabajo. Su vida personal, desde hacía unos años, había pasado a un segundo plano.

Sus compañeros le decían que era adicto al trabajo, pero él se definía a sí mismo como un apasionado de su profesión

Las primeras arias de Luciano se difundieron por la morgue.

Fosco se colocó delante del chico y, como era su costumbre, se dispuso a pedir permiso al muerto antes de estudiar su caso.

No era religioso, a pesar de que sus progenitores lo hubiesen sido, pero sabía que había algo más allá de la vida. Algo que no podía describir con palabras. Él, un hombre empírico y científico, no se dejaba embaucar por las creencias, pero gracias a su experiencia había llegado a la conclusión de que había algo más que la ciencia no podía explicar.

Apoyó la mano en su frente.

Le pidió permiso, con los ojos cerrados.

No era magia; era tan solo un hombre respetuoso y metódico que pedía permiso antes de profanar un cuerpo.

Dijo el nombre del chico y usó las palabras acostumbradas.

Luego abrió los ojos y se quedó mirándolo atentamente.

«¿Quién eres?», le preguntó en sus adentros, a pesar de creer saber la respuesta.

«¿Dónde has muerto? ¿Quién te ha hecho esto?», añadió, aunque era consciente de que nadie, aparte de su estudio, le daría esas respuestas.

«¿Cómo has muerto?», pensó por último y comenzó la inspección.

Apretó el botón de la vieja grabadora que llevaba en el bolsillo, con el micrófono en la solapa, y comenzó.

—Fosco Merrell, autopsia número 342953-FR, individuo de raza blanca, se sospecha la identidad y la autoría de los hechos —dijo la hora y el día y que procedía a operar—. El individuo ha sido encontrado en un coche abandonado en medio de un incidente múltiple en el puente Reynolds. No sabemos quién conducía la furgoneta —dijo y se detuvo mirando las muñecas y los brazos—. Debe rondar los veinticuatro años. Tenemos que averiguar la causa de la muerte.

El cadáver se encontraba en unas condiciones pésimas, menos el rostro, que parecía estar en mejores condiciones. El resto del cuerpo se encontraba lleno de livideces.

Abrió el torso con el bisturí y luego con la sierra. Inspeccionó todos los órganos internos, valorando sus condiciones, y luego lo cerró.

Hizo lo mismo con la cabeza; el procedimiento normal para el forense. Acostumbrado en sus inicios a una sierra manual, hacerlo con una eléctrica era mucho más sencillo.

Analizó las posibles lesiones cerebrales y cerró el cráneo.

Las notas de la ópera seguían al fondo, aunque el médico había dejado de escucharlas debido a la concentración. Llevaba un buen rato encerrado en esa estancia; cogió un chicle de nicotina y comenzó a masticarlo. Era el único remedio que había encontrado a tantas horas sin fumar.

Buscó restos de ADN en el cuerpo, pelos que no fueran suyos y cualquier otro indicio que pudiese llevarlo a descubrir más. Seguidamente le extrajo sangre para un rápido análisis y comenzó a redactar el informe.

Cuando llevaba pocas líneas escritas en su monitor, la secretaria de la morgue lo llamó por el telefonillo interno.

—¿Fosco? —preguntó la mujer al otro lado.

—Dime —respondió seco.

Al otro lado del auricular, la mujer se quedó en silencio. A menudo escuchaba la música y, en base a la ópera que había de fondo, adivinaba el estado de ánimo del forense.

—Lamento interrumpirte —dijo rápidamente—. Pero...

—¿Ya han llegado? —preguntó Fosco.

—Sí.

El forense suspiró.

—Dame cinco minutos y hazlos pasar —replicó y colgó.

Guardó el fichero, apagó la pantalla y se levantó. Fosco colocó al cadáver un gorro parecido a uno de ducha, que disimulara la abertura en la frente. Luego, cogió una sábana limpia y la extendió sobre el cadáver.

Desde la puerta se oyó la señal. Se abrió y apareció la mujer que antes lo había llamado. Seguidamente pasaron dos personas: primero una mujer y luego un hombre.

—Buenas noches, acérquense —dijo el médico—. Lamento la situación, pero les pido fuerza —dijo mientras les estrechaba la mano.

Los presuntos padres del que estaba bajo esa sábana acababan de aparecer. El cuerpo había aparecido sin documentación, pero la policía había deducido que ese individuo podía ser John Méndez. Un exconvicto, metido siempre en numerosos trapicheos y robos. A pesar de su joven edad, su historial era más largo que el río Caronte que cruzaba la ciudad.

Los padres le estrecharon la mano.

—No será una imagen fácil, pero necesitamos que lo reconozcan —dijo Fosco y se acercó a la mesa con el cadáver cubierto.

Solo asomaban los pies y, del pulgar izquierdo, sobresalía un cordel con un cartón colgando. En él había un código alfanumérico y una fecha.

—¿Estás segura, cariño? —preguntó el hombre a la esposa

.

Fosco se percató de que los dos llevaban alianza. La señora tenía el rostro hinchado y los ojos rojos de tanto llorar. Parecían personas de un cierto poder adquisitivo, que no daban la impresión de tener dificultades económicas. Una familia acomodada y sin problemas; excepto uno: un hijo que no habían conseguido educar.

Ella asintió mirando al hombre y luego se giró hacia el médico, que estaba al otro lado de la mesa de autopsias.

Fosco apretó las mandíbulas mientras masticaba el chicle de nicotina.

Levantó una solapa de la sábana y la dobló a la altura del cuello, dejando descubierta solo la cabeza.

La mujer gritó en un llanto desenfrenado y se giró hacia el marido, que la abrazó.

Luego, el forense descubrió los brazos llenos de tatuajes, dejando el torso cubierto.

—¿Lo reconocen? —preguntó el forense.

Los padres asintieron.

—Sí, es John, nuestro hijo —confirmó el padre.

La madre se quedó abrazada al marido un buen rato, mirando a su hijo tumbado, con los ojos cerrados.

—¿Algo más? —preguntó el padre. Miró al forense, que negó con la cabeza —. Mejor nos vamos —dijo y tiró de su mujer hacia la puerta.

Ella dio un paso, pero luego se deshizo de los brazos de su marido y regresó frente a su hijo. Apoyó la mano en su frente y levantó la mirada.

—Doctor, dígame, ¿ha sufrido? —dijo la madre llorando, casi hiperventilando.

Fosco le cogió la mano.

—Señora, quédese tranquila, su hijo no ha sufrido. No se ha enterado de nada —dijo y esbozó una sonrisa tímida.

En ese momento, la mujer suspiró y al acto su expresión se suavizó. Asintió más tranquila y se fue con su marido.

En cuanto salieron, el médico cubrió el cuerpo. Suspiró recordando a la mujer. Se sintió mal; no solía mentir en su trabajo, pero creyó que, si hubiese sido él, habría sabido sobrellevar mejor el luto sabiendo que su hijo no había sufrido. El dolor hubiera sido más llevadero.

No se sintió orgulloso, pero se pasó las manos por el pelo y regresó al escritorio. Encendió la pantalla y siguió con el informe forense.

Al terminarlo lo agregó a un correo electrónico, añadió el email de la inspectora y escribió el texto.

«Olivia, te paso el informe que necesitabas urgentemente. Los padres acaban de irse, han reconocido el cuerpo. Se trata de John Méndez, como te esperabas. Seguramente, cuando leas este correo el informe dactilar también lo confirmará. Las analíticas del ADN más completas me llegarán en unos días. Te adelanto lo que leerás en el informe: el chaval presenta hematomas por haber sido golpeado y brutalmente apaleado. Pero la muerte ha sido provocada por una hemorragia interna que le causó el accidente. Parece que el chico estuvo consciente mientras lo torturaban, y el accidente le ha ahorrado más sufrimiento. Los índices de cortisol en sangre lo demuestran. No te puedo ayudar más, espero que te sirva. Nos vemos pronto. Fosco.»

El médico forense comprobó que el mensaje había sido enviado y apagó el ordenador. Era tarde; tenía que irse a casa, ducharse y arreglarse para la gala de esa noche. Cogió las llaves de su coche y las latas de sus puros con sabor a café, cuando alguien entró por la puerta.

—Maldita sea, hoy solo me faltaba esto —dijo uno de la policía judicial.

El hombre llevaba un chubasquero goteando y el compañero, que lo ayudaba a empujar una camilla, estaba en las mismas condiciones.

—Mi mujer me va a matar, si es que no me pone los cuernos con algún vecino —dijo el hombre a su ayudante mientras se rascaba el culo—. Joder, estoy empapado, que ganas de irme a la ducha. ¿Dónde te dejó este fiambre, jefe? —gritó el policía.

Fosco arrugó el ceño: no le gustaba que entraran con esos modales a su lugar de trabajo.

—¿Quién es? —preguntó Fosco.

—No lo sabemos, jefe. Lo han encontrado bajo un puente del distrito oeste. Ahora ya es cuestión tuya —dijo el hombre mirando a su alrededor para ver dónde podía dejarlo—. El comisario dice que es urgente, ya te llamará.

El policía dio un paso.

—¿Ferdinand? —dijo Fosco llamando su atención—. ¡Quieto!

El policía se detuvo y la camilla con él. La víctima estaba envuelta en una bolsa negra con cremallera.

—Mesa cuatro —dijo Fosco tomando el control de la situación.

Ferdinand bufó.

—Sí jefe, claro —contestó y miró a su ayudante—. Venga, que es para hoy.

Se acercaron y dejaron el cadáver encima.

—Todo tuyo. Nos vamos —dijo el policía y en cuanto iba a salir al pasillo estornudó y a la vez se le escapó un sonoro pedo.

—No te rías —dijo Ferdinand a su ayudante—. Esto es la edad... —dijo y siguió hacia la salida.

—No me extrañaría que tu mujer tuviera un amante... —susurró el forense.

Miró el reloj y comprobó que llevaba demasiado retraso.

—Urgente... —dijo el forense—. Para el comisario todo lo es —dijo y justo cuando fue a abrir la cremallera se abrieron de nuevo las puertas de la morgue.

—Nos olvidábamos esto —dijo el ayudante de Ferdinand.

—¿Qué es? —preguntó el forense.

—Parece un sombrero. Estaba al lado del cuerpo. Creemos que era suyo, está manchado de sangre.

Fosco se acercó y cogió la bolsa transparente. En su interior había un sombrero de pescador manchado de rojo, aplastado y de color verde oscuro. Parecía impermeable, con las letras “L.A.” bordadas: las iniciales del equipo de fútbol de Akeron.

Algo le llamó la atención de ese sombrero, pero no supo qué. Lo dejó encima del cadáver sin abrir la cremallera. Introdujo el cuerpo en la nevera y se fue. Ya era demasiado tarde.

¿Te ha gustado?

[Descubre “El Forense”, la primera entrega del forense Fosco Merrell](#)

[IR AL LIBRO](#)

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

Una exhumación revela un indicio que no tiene nada que ver con la causa de la muerte.

El caso no resuelto de una vieja masacre vuelve de actualidad.

Los secretos no entienden de compasión, solo de verdades.

Fosco Merrell, acompañado por la tenaz inspectora Olivia Wolf y el enigmático detective Donati Vihëls, en una carrera contra el tiempo para resolver un enigma que entrelaza el pasado con peligrosas mafias en guerra y una corrupción que devora todo a su paso.

¿Hasta dónde llegarán para desvelar la verdad detrás del crimen que conecta su pasado con el presente turbulento de Akeron City?

En Akeron City, los secretos no mueren; se entierran hasta que alguien como El Forense Fosco Merrell consigue desenterrarlos.

Con una trama que teje suspense, misterio, y una red de traiciones, esta novela te arrastrará a las profundidades de la investigación forense.

Haz clic y adéntrate en el misterio.

Descubre el “*El Forense: La vida y la muerte se unen en sus manos.*”, donde cada cadáver cuenta una historia de traición y poder en las sombrías calles de

Akeron City.

El Forense es un thriller policiaco que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá Fosco vengar su pasado antes que sea demasiado tarde?

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policiacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer El Forense.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

[IR AL LIBRO](#)

¡ADELANTO GRATIS! - Saga Álex Cortés



Comienza a leer gratis la saga del sargento Álex Cortés con:

A continuación puedes leer los primeros capítulos de la primera investigación
de Álex Cortés:

PRIMEROS CAPÍTULOS GRATIS

PRIMER CAPÍTULO

Álex Cortés no estaba preparado para lo que estaba a punto de ver.

Necesitó respirar varias veces antes de seguir avanzando por el despacho. Su carrera como agente de la policía científica lo había llevado hasta esa habitación, pero de pronto sentía que la situación le iba grande.

Hacía relativamente poco que había llegado a la comisaría central de Barcelona como nuevo agente del grupo de investigación criminal. Para él, originario de Tarragona, aterrizar en la capital fue un gran logro. Se había sentido importante, pero solo hasta ese momento.

El estado del cadáver que tenía delante le estaba haciendo replantearse muchas cosas.

¿Qué clase de persona cometía semejantes atrocidades?

¿Por qué torturar así a un hombre?

Hasta entonces había pensado que eso solo sucedía en las películas.

Al parecer, la maldad era un virus más difundido de lo que Álex había pensado.

Se encontraba en una oficina poco iluminada. Tenía sofás rojos de terciopelo y espesas cortinas que atenuaban la luz. La vieja moqueta verde tenía algunas manchas. En el aire flotaba un aroma siniestro; una energía insana más propia de un cementerio.

En el pequeño escritorio había pocos documentos, ni siquiera un ordenador. Los flashes de las cámaras iluminaban el ambiente, que olía a muerte y a nidos de ácaros.

En las paredes colgaban cuadros baratos con imágenes explícitas: una decoración más propia de algún prostíbulo de Castelldefels o de la Junquera

que del barrio del Poble Sec.

Junto a Álex se encontraba otra agente, la oficial Karla Ramírez, de la misma promoción de la academia. Ella se detuvo también, mientras los dos intentaban asimilar lo que estaban viendo.

Un flash los alcanzó de pleno.

El compañero de la científica se dio cuenta de su presencia y bajó la réflex, dejando ver su cara.

—¿Qué narices hacéis aquí? —les espetó el hombre, autoritario—. ¿Pensáis que por ser de investigativa podéis hacer lo que queráis? ¡Fuera de aquí! Si queréis entrar, id a vestiros con los elementos de protección.

Los dos agentes sacudieron la cabeza, dándose cuenta de que habían entrado en la estancia sin bata, gorro, cubrezapatos, o mascarilla.

Retrocedieron y se vistieron con trajes blancos. A Álex le costó que todos sus rizos negros cupieran debajo del gorro. Cubrió con la bata su atuendo, que lo hacía parecer una estrella de rock más que un policía. Una vez listos, los dos agentes volvieron a entrar.

La víctima estaba en el centro de la estancia, mirando a la puerta y sentado en una silla. Tenía las manos atadas por detrás del asiento, impidiéndole moverse. La cabeza yacía sobre la barbilla. La sangre, que ya había dejado de gotear de la boca, había ensuciado su traje, caro pero mal conjuntado. Era negro, a rayas, combinado con una corbata oscura y camisa color vainilla.

Karla y Álex se acercaron al muerto. Seguía con los ojos abiertos, como si quisiera decir algo a su verdugo. Petrificado en el momento de su muerte.

Álex levantó la mirada: el despacho no disponía de cámaras, y el pasillo tampoco.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Karla.

Ella se arrodilló, colocándose a la altura del rostro del cadáver.

—Desde luego, querían que este hombre sufriera —contestó observando el rostro.

—En la academia no te enseñan cosas así...

—Supongo que nuestros compañeros del FBI tienen casos como este a diario —replicó ella.

Álex se alejó del cadáver y se acercó al compañero que estaba realizando las fotos. Le alargó la mano con timidez y el hombre bajó la cámara de fotos, le

miró a los ojos y se la estrechó.

—Mario, de científica.

—Álex, investigativa, grupo homicidios.

—¿Nuevo?

—No, llevo unos meses en la comisaría.

—Eso ya se ve, pero me refiero con cadáveres así —dijo mientras señalaba con la cabeza al muerto.

Álex enarcó las cejas en un gesto irónico.

—Ya veo —contestó Mario.

—¿Qué habéis descubierto?

—De momento poco. Nada de huellas aparentes, ni pisadas: el asesino ha sido pulcro. Os pasaremos el informe más tarde.

Álex asintió.

—¿El teléfono móvil?

—Estaba en un cajón del escritorio, lo llevaremos a informática forense —contestó Mario.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El conserje del edificio.

—¿Y dónde está ahora?

—En el hospital. Tuvieron que auxiliarle los del SAMUR porque al ver todo esto tuvo una crisis de ansiedad. Sigue en estado de shock.

—¿No puede haber sido él?

—No creo, aunque tampoco lo podemos descartar a priori. Pero eso es cosa vuestra. Suerte con esto, sabueso —concluyó Mario justo cuando alguien aparecía en la estancia.

—¿Qué? ¿Estamos de cháchara? —les espetó el recién llegado—. ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar! Venga, al curro.

En cuanto apareció el sargento Ortega, el ambiente en la escena del crimen se enrareció.

El sargento era el punto flaco del primer destino de Álex.

Lo vio entrar por el rabillo del ojo, sin dignarse a mirarle. Luciano Ortega era un hombre hecho a sí mismo, de la vieja escuela. Llegó de la benemérita cuando el cuerpo de los Mossos d'Esquadra absorbió varios agentes de otros cuerpos de policía.

Su reputación le precedía. En los vestuarios de la comisaría se vociferaba que había pasado por una época de alcoholismo que supuestamente había superado. Se decía que estuvo a punto de ser expulsado del cuerpo.

Vestía una camisa color gris claro con un botón abierto. Por debajo asomaba una camiseta originariamente blanca, que se había vuelto ya del mismo color que la camisa. La corbata, con un estampado floral, solo podía provenir de alguna tienda de ropa de segunda mano de *Els Encants*. La gabardina mostraba manchas y rozaduras y, en días de lluvia, le añadía un sombrero borsalino negro. De su boca siempre colgaba un pequeño caliqueño, que en la escena del crimen había tenido la delicadeza de apagar.

El sargento se detuvo en el umbral de la habitación.

—¿Usted también? ¡Póngase de blanco! —gritó Mario.

—Tranquilo, hombre, ¿no ves que me he quedado en la puerta?

—Da igual, puede contaminar la escena.

—Sigue con tus fotos, rata de laboratorio.

Mario apretó los dientes y, con mucho esfuerzo, siguió con la inspección ocular.

Ortega no era conocido por sus modales y todos esperaban, casi más que él mismo, que se jubilara y se fuera. Su poco compromiso con el cuerpo y su manera de trabajar le habían impedido avanzar en la jerarquía.

Álex observó la escena, a distancia, con expresión de desprecio.

—*Mare meva* —dijo el sargento sin vocalizar del todo, sujetando entre los labios el pequeño puro—. Le han cerrado la boca, ¿eh?

El comentario no le gustó a Álex: le pareció una falta de respeto hacia la víctima.

Pero el sargento, en cierto modo, tenía razón: el asesino le había cosido la boca a su víctima, literalmente. Una cuerda le pasaba del labio superior al inferior, como puntos de sutura. A ese empresario le habían cosido el hocico.

De los orificios, alargados por la fuerza de la mandíbula y de su desesperación por pedir auxilio, había salido sangre a borbotones.

Álex miró a su jefe con desdén.

—Tenemos que gestionar esto —dijo Ortega—. Abajo está la prensa y no pueden saber que es la segunda víctima que encontramos así.

SEGUNDO CAPÍTULO

Cuando Álex y Karla llegaron a la escena del segundo crimen, los periodistas todavía no habían llegado. Pero las noticias en Barcelona volaban y, cuando había un muerto de por medio, se convertían en pólvora.

Ortega podía ser muchas cosas, pero tenía razón. Si trascendían detalles de lo que habían hallado en esa habitación, a las pocas horas, primero en las webs de noticias y al día siguiente en los periódicos, tendrían la noticia de que había un asesino en serie por las calles de Barcelona.

Y eso tenían que evitarlo a toda costa.

Karla seguía mirando con distancia la situación, pero su expresión era un volcán a punto de explotar.

—Esperamos el informe hoy mismo —dijo en voz alta el sargento, para que lo oyera el de la científica—. Oye, tú...

—¡Se llama Mario! —soltó Karla sin mirarle.

Ortega miró a su subordinada como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Lo sé —contestó—. ¿Crees que no lo sé, mocosa?

—¿Entonces por qué no le llama por su nombre? —replicó ella, sosteniéndole la mirada.

—Está bien, Karla —dijo Álex, interponiéndose físicamente entre los dos, con las manos en alto—. Estamos aquí por un asesinato y nada más. Mario nos lo enviará lo antes posible, ¿verdad?

Este afirmó con la cabeza sin decir nada.

—¿Qué nos quería decir de la prensa? —continuó Álex.

La expresión de Luciano Ortega mostraba el desprecio que sentía hacia Karla y Álex.

—Su señoría ha dictaminado el secreto de sumario. Por lo tanto... —dijo y concluyó acercándose el índice a la boca—. Ni se os ocurra decir nada.

Álex se giró hacia donde estaba Karla.

—Bien, yo creo que hemos acabado aquí —le dijo.

—Tenemos que ir a la comisaría, el subinspector Rexach quiere vernos. Quiere que analicemos los dos casos juntos —dijo Ortega. Después se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

—¿Te has vuelto loca? No hace ni seis meses que estamos aquí y nuestro jefe nos odia. Tu actitud desde luego no ayuda —dijo Álex a Karla.

—Ese engreído cree que nos puede tratar como títeres y es el primero que se pasa las normas por el forro.

—Shhh —dijo Álex, mirando hacia la puerta y dando a entender que Ortega aún podía oírlos.

—¿Y tú? Eres peor que él. Bajas la cabeza y te dejas insultar —dijo ella.

—¿Insultar? No, se llama mando.

Karla soltó una risa cínica.

—¿Mando? O... ¿mando a distancia?

Álex tragó saliva y declinó contestar.

Fue hacia Mario y le preguntó en cuánto tiempo tendría el informe. Este le contestó que las fotos se las podía mandar inmediatamente, pero que para el resto necesitaría casi todo el día.

Al despedirse de Mario, Álex sintió por primera vez una cierta afinidad con alguien del otro departamento de la comisaría, la científica. Mario tenía algo más, aunque aún no sabía qué era.

Al volver hacia la puerta pasó al lado del cadáver, que seguía allí, sentado como un espectador silencioso de su propia muerte y de los juegos de poder del cuerpo.

El cordel que juntaba sus labios no era la única anomalía de aquel cadáver ya endurecido: su frente mostraba una profanación, que podía haber sido un

mensaje. La piel de la frente había sido incisa con un objeto punzante, como un bolígrafo en una hoja en blanco:

AP98

¿Qué podía significar aquello?

¿Un mensaje cifrado?

¿Una firma?

Álex lo miró por última vez, arrugando las cejas. Si era una firma, ¿quién era AP98? ¿Un seudónimo, o unas iniciales?

Aunque aún no lo entendieran, aquello era una pista, y sin duda los acercaría al asesino.

Karla y Álex pasaron entre los periodistas sin decir palabra. Entraron en el coche y fueron hacia la comisaría. A Karla le gustaba conducir y prefería hacerlo ella.

Álex miraba los rótulos de las tiendas a través de las ventanillas, mojadas por la insistente lluvia invernal.

La cuerda y la incisión ocupaban los pensamientos de Álex. Ese asesinato era muy parecido al anterior.

¿Se encontraban frente a una serie de asesinatos? Y, si así era, ¿cuántos más vendrían?

Se dirigieron a la cita con el subinspector, en la que analizarían los detalles y similitudes entre las dos muertes. Esperaban que aquella reunión arrojase algo de luz sobre ese caso, el primero tan complejo para Álex Cortés.

¿Te ha gustado? TE REGALO EL LIBRO

[Descubre “El Sastre del Diablo”, la primera entrega del inspector Alex Cortés.](#)

[DESCARGA AL LIBRO](#)

**Un nuevo caso sacude la ciudad de Barcelona.
Todo empieza con un cadáver quemado en un túnel, en una noche de
primavera.**

Álex Cortés no tardará en darse cuenta de que ese es solo el primero de una larga cadena de asesinatos.

Todos los cadáveres presentan las mismas marcas en las muñecas, lesiones similares y el mismo *modus operandi*. Es la firma del nuevo asesino de Barcelona.

[IR AL LIBRO](#)

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este

código:



¡ADELANTO GRATIS!

La serie de **Gildo Falcone** continúa **también** con:



A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** del Cuento de Navidad, un pequeño adelanto:

PRIMER CAPÍTULO

Roma.

Una tranquila mañana de principios de diciembre.

El grito cruzó el pasillo.

Una llamada desesperada convertida en una flecha que partió el aire.

No había acabado de pisar el último escalón cuando su nombre retumbó en el ambiente.

—¡Ermeeee! —gritó de buena mañana el jefe.

Cerró los ojos el inspector, aún con el sabor del café en la boca. Siguió caminando hasta la puerta de donde provenía la llamada. Se detuvo y miró con un ojo, sin decir nada.

Ese hombre, el jefe de la comisaría de Trastevere, tenía un radar o una cámara oculta. No fallaba ni una vez; era llegar y llamarlo. En cada ocasión, se preguntaba si era por la manera de caminar, porque oía cómo hablaba con Lillo justo al entrar, por una simple intuición o porque tenía poderes telepáticos.

El jefe estaba apurando el cigarrillo y esperando a que contestara. A pesar de ser un diciembre frío, el hombre mantenía las ventanas abiertas para disimular el humo.

La brisa que venía del Mediterráneo se colaba por la puerta.

—Voy, jefe —respondió, desviando la voz con la mano hacia el lado de las escaleras.

Al escuchar esas palabras, apuró la última calada y metió la colilla en una caja que parecía hermética. Acto seguido, intentó disipar el humo en el ambiente con un movimiento de la mano.

En ese momento, entró el inspector Gildo Falcone.

—¿Me llamaba, jefe? —dijo con retintín mientras abría la puerta de repente —. ¿Qué está haciendo?

Raffaele Esposito, llamado entre el resto de policías como Er Bufo, detuvo al instante su inútil movimiento de disimulo.

—Nada, Erme, había una mosca que molestaba.

—¿Moscas en diciembre?

—Debía de ser alguna mosca asiática rara —refunfuñó mientras le indicaba que se sentara en la silla.

—No había escuchado nada de eso, hasta ahora, claro.

—Da igual, Erme. Tengo un caso importante para ti.

El inspector levantó las cejas con una expresión preocupada.

—¿Qué ha pasado, jefe? Tengo muchas cosas por hacer, solo me...

—Da igual, el resto puede esperar. Han denunciado amenazas sobre una conspiración para estas navidades.

Gildo arrugó el ceño como si eso le sonara a película barata de Hollywood, de domingo por la tarde.

—¿Una qué? —respondió.

—No te rías, esto es serio, Erme —ladró el comisario, acercándose al escritorio de madera con una cierta dificultad al moverse debido a su complexión demasiado robusta.

El inspector levantó las manos.

—Mírate esto... —dijo, y le acercó un folio.

Lo cogió con un cierto escepticismo en los ojos.

Oye, Fabrizio:

Sabemos que te está yendo bien con tu panettone también este año. Nos alegramos por ti. Pero escúchame bien: en esta ciudad, nada se mueve sin que nosotros lo sepamos, y menos aún sin nuestra parte. Así que aquí va la cuestión: como no sueltes cien mil euros en una cuenta en Suiza, tu siguiente tanda de panettones podría venir con una «sorpresa» que no le va a gustar a nadie. Tú decides. Pero decide bien, jeh!

Esperamos tu respuesta escrita en un papel expuesto en tu escaparate de postres: Sí o No, mañana por la noche, después del cierre.

Nos volveremos a poner en contacto contigo.

La Familia.

Gildo levantó la vista. En su mirada había perplejidad.

—¿Es una broma? —preguntó el inspector mientras se sacaba una rama de jengibre y le daba un buen mordisco.

—No —dijo, tajante y serio.

—¿Quién es este Fabrizio?

—¿No lo sabes? —preguntó el jefe, sorprendido.

—¿Debería?

—El famoso Fabrizio Carasole, ¿en serio no conoces al pastelero más famoso de Roma?

Gildo asintió y se rascó su pelo largo, luego se colocó un mechón detrás de la oreja.

—¿Cómo la recibió?

—Llegó por correo a su pastelería de Via dei Condotti. Fue entregada anónimamente.

—Sí, conozco esa pastelería, está al lado de Louis Vuitton. ¿Nadie vio quién era?

—Fue enviada por correo.

—¿Huellas?

—Solo del cartero.

Gildo se acomodó en la silla y se rascó las cejas. Dio la vuelta a la carta, por detrás no había nada. Un folio blanco que daba la impresión de que se acababa de sacar de una impresora.

—¿El matasellos?

—De Roma —respondió sin dar importancia a ese dato.

—¿Cuándo se recibió? —preguntó cada vez más intrigado Gildo.

—Ayer, la respuesta es esta noche.

—¿Y qué piensa hacer este hombre?

El comisario encogió los hombros. Gildo pensó que ese gesto de que le daba igual era muy típico de Er Bufo.

—Se ha dirigido a nosotros. Tendrás que ir a investigar, es tu trabajo.

—Pero su pastelería está bajo otra jurisdicción, otra comisaría... —dijo Gildo con reparo.

—Da igual, el jefe de la policía de Roma quiere que te ocupes tú; un inspector con experiencia en gastronomía y chef sabe más que uno que solo come —dijo, pasándose la mano por su enorme barriga cervecera, que le habría costado hacerla Dios y ayuda y muchos bidones de cerveza.

—Ya... —susurró Gildo—. Así que su jefe le ha endiñado el caso porque soy un experto en gastronomía.

—Eso es, Erme. Vete a hablar con Fabrizio Carasole y a ver qué más averiguas.

Gildo se levantó y cogió la carta. La plegó y se la metió en la cazadora. Dio un paso hacia la puerta y se giró de nuevo.

—¿Qué es lo que le hace pensar que no es una broma o una falsa alarma? —preguntó Gildo.

—Porque no ha sido el único en recibir esta amenaza. Otros pasteleros también la han recibido, pero nadie se ha atrevido a denunciar.

—¿Quiénes? —preguntó Gildo con el ceño arrugado.

—No lo sabemos, seguro que Carasole lo sabrá —respondió el comisario.

Gildo asintió y apretó la maneta de la puerta. No le dio tiempo a tirar de ella, el comisario dijo lo que se esperaba.

—Erme, por favor córtate ese pelo, que pare...

—Que pareces un guitarrista de San Francisco —acabó él la frase con un tono sórdido y molesto—. Ya me lo ha dicho, jefe, ya me lo ha dicho —concluyó, cerrando la puerta.

¿Te ha gustado?

[Descubre “Conspiración en Roma \(Cuento de Navidad\)”, la siguiente entrega del inspector Gildo](#)

[ENLACE A AMAZON](#)

Cuando la Navidad llega a Roma, todo debería ser paz y alegría... hasta que un famoso pastelero es encontrado muerto en su propia pastelería, y la receta de su legendario panettone desaparece sin dejar rastro.

Un asesinato en plena temporada navideña.

El inspector Gildo Falcone, amante de la buena comida, no puede resistirse a investigar un crimen que mezcla tradición, postres navideños y una conspiración que amenaza con arruinar la temporada festiva de la Ciudad Eterna. Mientras Roma se cubre de luces y decoraciones, Gildo se sumerge en el misterioso mundo de los grandes maestros pasteleros, donde las envidias, los secretos familiares y las traiciones se esconden detrás de cada dulce tentación.

¿Podrá Gildo Falcone salvar la Navidad y resolver el asesinato?

“*CONSPIRACIÓN EN ROMA*” es una deliciosa novela corta navideña que combina la magia de las fiestas, el suspense de una investigación y el irresistible aroma de la repostería italiana. Un regalo perfecto para los amantes del crimen, la cocina y las historias de misterio.

[ENLACE A AMAZON](#)

RECETAS DE LA NOVELA

Este es un apartado dedicado a las recetas que aparecen en este libro.



1. Spaghetti Cacio e Pepe

Ingredientes (para 4 personas):

- 400 g de espaguetis
- 150 g de queso Pecorino Romano rallado muy fino
- Pimienta negra recién molida (al gusto)
- Sal gruesa (para el agua de la pasta)

Preparación:

1. Cocina la pasta:

2. Pon a hervir una olla grande con abundante agua y añade sal gruesa. Cocina los espaguetis al dente según el tiempo indicado en el paquete (normalmente unos 8-10 minutos).

3. Prepara la pimienta negra:

4. Mientras la pasta se cocina, tuesta la pimienta negra en una sartén grande a fuego medio. Este paso intensifica su aroma. Cuando empiece a desprender su fragancia, retira la sartén del fuego.

5. Crea la crema de Pecorino:

6. Ralla el queso Pecorino Romano lo más fino posible. Colócalo en un bol y añade poco a poco agua caliente de cocción de la pasta (no hirviendo), removiendo constantemente con un tenedor hasta obtener una crema suave y sin grumos.

7. Une la pasta y la salsa:

8. Escurre los espaguetis (reserva más agua de cocción por si es necesario). Añádelos a la sartén con la pimienta y mézclalos bien. Agrega la crema de

Pecorino poco a poco, removiendo con energía para que la salsa se adhiera y quede cremosa. Si está demasiado espesa, añade un poco más de agua de cocción.

9. **Sirve:**

10. Coloca los espaguetis en platos, espolvorea más pimienta negra recién molida y, si quieres, un toque extra de Pecorino rallado. ¡Sirve inmediatamente para disfrutar su cremosidad!

2. Spaghetti alla Gricia

Ingredientes (para 4 personas):

- 400 g de espaguetis
- 200 g de guanciale (papada de cerdo curada) cortado en tiras finas
- 150 g de queso Pecorino Romano rallado
- Pimienta negra recién molida (al gusto)
- Sal gruesa (para el agua de la pasta)

Preparación:

1. **Cocina la pasta:**
2. Lleva a ebullición una olla grande con agua y añade sal. Cocina los espaguetis al dente.
3. **Dora el guanciale:**
4. En una sartén grande y sin aceite, coloca el guanciale a fuego medio-bajo. Deja que se dore lentamente en su propia grasa hasta que esté crujiente. Retíralo del fuego y reserva el guanciale, dejando la grasa en la sartén.
5. **Prepara la salsa:**
6. Añade un poco de agua de cocción de la pasta a la sartén con la grasa del guanciale. Esto ayudará a emulsionar la salsa.
7. **Mezcla la pasta con el guanciale:**
8. Escurre los espaguetis y agrégalos a la sartén con la grasa. Mezcla bien para que absorban todo el sabor. Añade el guanciale dorado.
9. **Incorpora el Pecorino:**

10. Retira la sartén del fuego y espolvorea el Pecorino rallado poco a poco mientras remueves. Añade agua de cocción si es necesario para crear una salsa cremosa y sedosa.
11. **Sirve:**
12. Coloca la pasta en platos, añade más Pecorino Romano y pimienta negra al gusto. ¡Listo para disfrutar!

3. Spaghetti alla Carbonara

Ingredientes (para 4 personas):

- 400 g de espaguetis
- 200 g de guanciale, cortado en tiras o cubos pequeños
- 4 yemas de huevo grandes (a temperatura ambiente)
- 150 g de queso Pecorino Romano rallado
- Pimienta negra recién molida (al gusto)
- Sal gruesa (para el agua de la pasta)

Preparación:

1. **Cocina la pasta:**
2. Pon a hervir una olla con agua salada y cocina los espaguetis al dente.
3. **Dora el guanciale:**
4. En una sartén grande y sin aceite, dora el guanciale a fuego medio-bajo hasta que esté crujiente y haya soltado su grasa. Retira del fuego y deja enfriar ligeramente.
5. **Prepara la crema de huevo:**
6. En un bol grande, mezcla las yemas de huevo con la mitad del Pecorino rallado. Añade una generosa cantidad de pimienta negra.
7. **Combina la pasta y la salsa:**
8. Escurre los espaguetis (reserva agua de cocción) y añádelos a la sartén con el guanciale aún tibio. Retira del fuego. Incorpora la mezcla de yema y queso, removiendo rápidamente para que el calor de la pasta cocine las

yemas sin que se cuajen. Añade un poco de agua de cocción si es necesario para lograr una textura cremosa.

9. **Sirve:**

10. Espolvorea con el resto del Pecorino Romano y pimienta negra recién molida. ¡Sirve de inmediato!

4. Spaghetti alla Amatriciana

Ingredientes (para 4 personas):

- 400 g de espaguetis (o bucatini)
- 150 g de guanciale, cortado en tiras finas
- 400 g de tomates pelados (en conserva o frescos)
- 50 ml de vino blanco seco
- 100 g de Pecorino Romano rallado
- Pimienta negra recién molida o peperoncino (al gusto)
- Aceite de oliva virgen extra (opcional)
- Sal gruesa (para el agua de la pasta)

Preparación:

1. **Dora el guanciale:**
2. En una sartén grande sin aceite, dora el guanciale a fuego medio hasta que quede crujiente. Añade el vino blanco y deja que se evapore. Retira el guanciale y reserva.
3. **Prepara la salsa de tomate:**
4. En la misma sartén, añade los tomates pelados y aplástalos con una cuchara. Cocina a fuego lento durante unos 10-15 minutos, removiendo de vez en cuando. Añade una pizca de sal y peperoncino si quieres un toque picante.
5. **Cocina la pasta:**
6. Cocina los espaguetis al dente en agua con sal. Reserva agua de cocción.
7. **Combina todo:**

8. Añade el guanciale a la salsa de tomate y mezcla bien. Escurre los espaguetis y agrégalos a la sartén. Remueve para que se impregnen de la salsa.
9. **Sirve:**
10. Sirve en platos y espolvorea Pecorino Romano y pimienta negra.
¡Disfruta caliente!

5. Spaghetti con Albóndigas

Ingredientes (para 4 personas):

- 400 g de espaguetis
- **Para las albóndigas:**
- 300 g de carne molida (mezcla de ternera y cerdo)
- 1 huevo
- 50 g de pan rallado
- 2 dientes de ajo picados
- Perejil fresco picado
- Sal y pimienta al gusto
- **Para la salsa:**
- 400 g de tomates triturados
- 1 cebolla picada
- 2 dientes de ajo picados
- Aceite de oliva virgen extra
- Sal, pimienta y albahaca fresca
- Queso parmesano rallado (para servir)

Preparación:

1. **Prepara las albóndigas:**
2. Mezcla la carne molida con huevo, pan rallado, ajo, perejil, sal y pimienta. Forma albóndigas del tamaño de una nuez y dóralas en una sartén con aceite de oliva.
3. **Cocina la salsa:**

4. Sofríe la cebolla y el ajo en aceite. Añade los tomates triturados, sal y pimienta. Cocina a fuego lento 15 minutos y agrega las albóndigas.
5. **Cocina la pasta:**
6. Hierve los espaguetis al dente. Escúrrelos y mezcla con la salsa y las albóndigas.
7. **Sirve:**
8. Coloca la pasta en platos, añade albóndigas encima y espolvorea Pecorino. ¡Disfruta!

Mi Podcast

LA COSA MEDITERRÁNEA

Un pódcast dirigido por los escritores independientes Pablo Poveda y Riccardo Braccaioli donde hablamos de libros, escritura, estilo de vida mediterráneo y mucho más.

En esta página web, encontrarás todos los links a los episodios y a nuestros libros gratis.

[ENLACE AL PODCAST](#)



[ENLACE AL PODCAST](#)

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller

policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava*.

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

También comparto con Pablo Poveda el Podcast LA COSA MEDITERRÁNEA, donde hablamos de escritura, de novelas y sobre todo de lo que hacemos cuando no escribimos.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Lista de obras:

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

[El Sastre del Diablo \(Gratis en este link\)](#)

[El Hedor de la Verdad](#)

[Asesino a Bordo](#)

[El Diablo Nunca Duerme](#)

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura](#)

[El Vampiro de Barcelona](#)

[El Último Criptograma](#)

[Un Cadáver en Llamas](#)

[El Secreto del Pantano](#)

[Vivo Porque Mato](#)

[A Rey Muerto, Rey Puesto](#)

Serie Bruno Malatesta

[La Muerte del Mentor \(Gratis en este link\)](#)

[Asesinato en el Rally Costa Brava](#)

[El Plan Mónaco](#)

[Los Secretos del Coleccionista](#)

[Malatesta Contra Malatesta](#)

[El Secuestro Ferrari](#)

[Festival de Muerte](#)

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Serie El Forense

El Forense

Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras

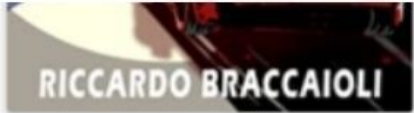
Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia



Además, si seleccionas el botón “+ SEGUIR”, Amazon te enviará mis

novedades cuando las publique:



RICCARDO BRACCAIOLI



[Ver las 2 imágenes](#)

Sigue al autor



[Riccardo Braccaioli](#)

+ Seguir

Comprar por **2,99 €**

¿Accidente O asesinato?

Una perpetua enemistad entre dos pilotos la inesperada traición convertirán una can

Un acontecimiento dramático lo cambia Malatesta, el famoso director deportivo de

[Leer más](#)

Longitud de impresión

1.

554 páginas

Idioma



Español

Los clientes que vieron este producto también vieron

NOTA DEL AUTOR

A mi tía Luisa.

He acabado los últimos capítulos de esta novela en un AVE y en un avión, rumbo a Italia.

Durante este viaje para despedir a mi tía decidí que esta novela se la tenía que dedicar a ella.

La receta central de esta novela, la de los *spaghetti alla carbonara* la probé en su casa por primera vez. Mi tía era una extraordinaria cocinera. Tanto me gustó que el recuerdo de ese momento de infancia ha perdurado hasta el día de hoy.

Espero que te hayan gustado las recetas y que, sobre todo, hayas disfrutado de la novela.

A presto, Zia Luisa. Buon viaggio.